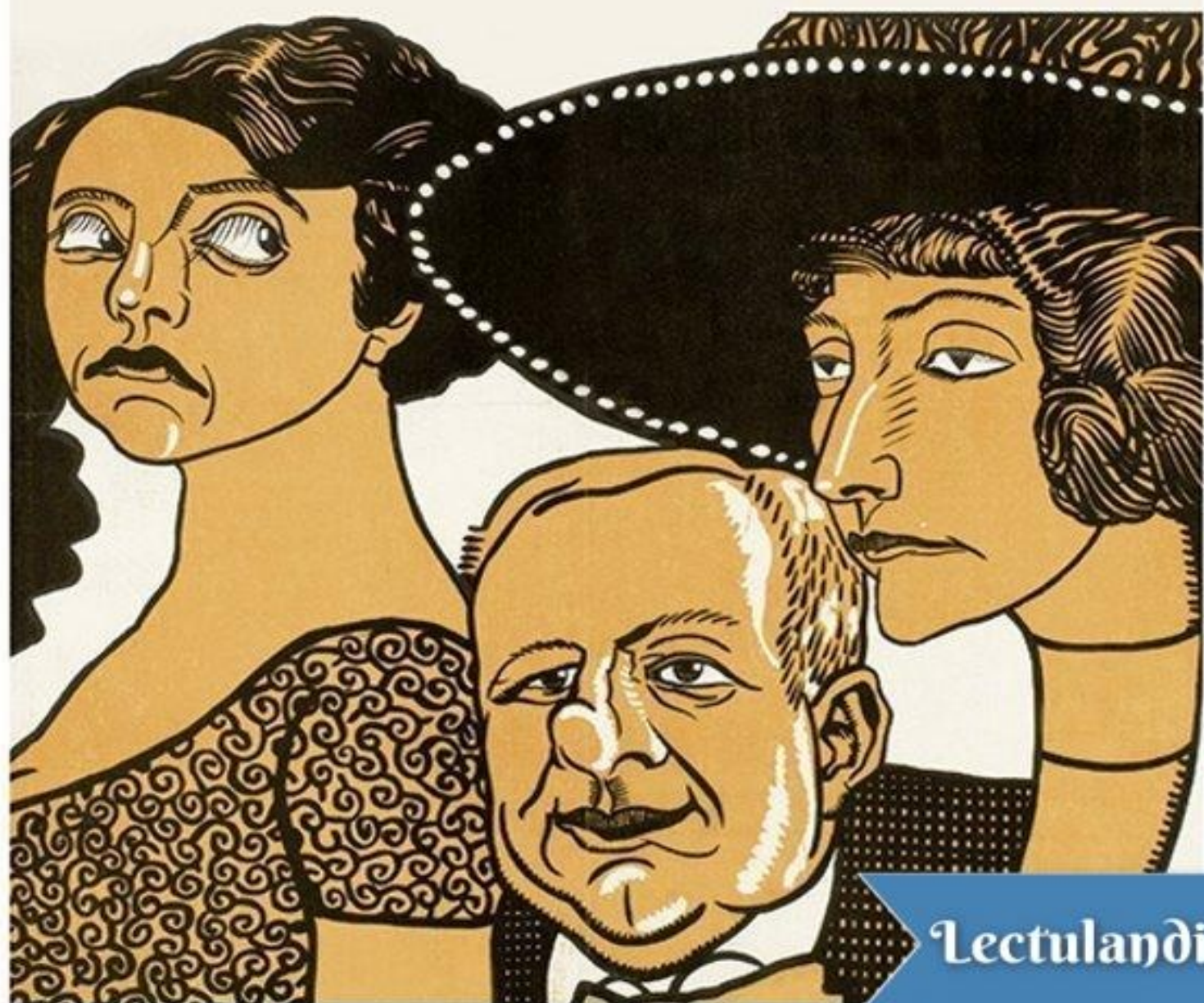


Luis Mateo Díez
El hijo de las cosas

se



Lectulandia

Dos hermanas y un hermano forman un trío familiar tan habitual que apenas nos llama la atención. Dos hermanas que asumen, con frecuencia, una responsabilidad afectiva que cobra todavía mayor relieve cuando los padres faltan. Ellas son dos personajes cruciales en esta novela con la que Luis Mateo Díez vuelve a sorprendernos con un giro humorístico llevado a sus últimas consecuencias, intensificando el aliento desorbitado de su escritura expresionista. A las dos hermanas les ha caído en esta historia, que no concede sosiego al lector, un hermano tarambana, disoluto, lo que podríamos considerar una penosa herencia que puede llevarlas a la ruina moral y material, si se descuidan. Otros personajes las amparan y ayudan o, en el peor de los casos, las ponen de los nervios. La historia nos lleva por derroteros sorprendentes, inusitados o absurdos. Ellas no cejan en el empeño de salvar al hermano, un hijo de las cosas que tanto merece lo que no es capaz de ganar, como si en su vida todo se lo debieran. Estamos ante una fábula, tan verdadera como inquietante, entre la risa y la melancolía, sobre los sentimientos manipuladores, la impostura de los afectos, las coartadas de los bienes familiares, la desgracia de lo que tan penosamente se reparte en las responsabilidades de las hermanas y los hermanos. Ésta puede ser la novela más divertida de un autor del que conocemos muchos registros, un prolífico novelista dueño de un mundo inagotable.

Lectulandia

Luis Mateo Díez

El hijo de las cosas

ePub r1.0

Titivillus 21.10.2018

Título original: *El hijo de las cosas*

Luis Mateo Díez, 2018

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

I. Las hermanas encantadas

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

II. La mazmorra del cautivo

12
13
14
15
16
17
18
19
20

III. EL ardid ortopédico

21
22
23
24
25
26
27

IV. Pesquisas y componendas

28
29
30
31

V. La jaula de oro

32
33

34
35
36
37
38

Sobre el autor

para Carmen Toledo y Tomás Val

I

LAS HERMANAS ENCANTADAS

1

Las hermanas Corada decidieron llamar al juez Beraza cuando después de cuarenta y ocho horas su hermano Cano no había dado señales de vida.

Lamo Beraza ya estaba en su despacho pero todavía no había tocado ninguno de los papeles que colmaban la mesa, distribuidos en un orden equivalente de diligencias, demandas, recursos, autos y providencias, sin que existiera un criterio para comenzar a revisarlos.

Al juez Beraza le gustaba apurar los plazos y le entretenía dejar de lado los asuntos que mayores consecuencias contuvieran, como si en la importancia de las razones procesales residiese la desidia con que la ley mejor alimentaba sus úlceras y padecimientos renales.

—Cuarenta y ocho horas en la vida de Cano, queridas amigas —dijo el juez Beraza, cuando las voces de las hermanas Corada duplicaron los suspiros en el auricular del teléfono, que había descolgado con la misma desgana con que observaba los ordenados y renuentes papeles— no tienen causa ni instrucción. ¿Cómo podéis preocuparos de ese modo, cuando el tiempo de Cano nunca obtuvo medida ni solvencia...? ¿Es que a estas alturas de la película todavía no conocéis a vuestro hermano...?

—Cano está enfermo —afirmó Fruela, la hermana mayor, consternada—. La sinusitis le inflama la cabeza. Lleva varios días con el pañuelo en la nariz y con las amígdalas irritadas, y en las últimas semanas se le salió tres veces la hernia. Además, y esto podemos decírtelo por la confianza que tenemos contigo, no se le cura la infección y no hay modo de que consulte al urólogo.

—Mira, Fruela, no andemos con recetas y no olvidéis que Cano es un cuarentón. Ni nervios ni histerias, por favor. La amigdalitis se cura con pastillas, los mocos no van a ahogarlo y unas purgaciones las padece cualquiera. Yo mismo las sobrellevé, y no soy sospechoso de falta de higiene.

La voz de Mila, la hermana pequeña de Cano, llegó a los oídos del juez Beraza, mientras éste se rascaba con cierto esfuerzo la entrepierna y separaba del oído el auricular con la intención de rascarse la oreja.

—Cuarenta y ocho horas son muchas, Lamo. Ya sabemos que no es la primera vez pero, en casi todas, supimos algo: una llamada, un recado. Y lo que dice Fruela es verdad, hacía tiempo que no estaba tan malo. Esa infección que apenas le deja hacer pis se agrava con la lumbalgia y unos dolores de cabeza que lo hacen aullar, y es que da miedo ver cómo mancha las sábanas, no puedes ni imaginártelo.

—Mira, Mila —dijo el juez Beraza, que había conseguido rascarse la oreja y volvía a hacerlo en la entrepierna, mientras observaba ahora con desprecio los papeles acumulados en la mesa, con el pensamiento puesto en una sentencia que se quedaba corta, uno de esos delitos de mierda, según sus valoraciones, que merecían, como los pecados veniales, mayor castigo que los mortales, entendiendo que en la comisión del delito existían componentes tan pusilánimes como propios de una voluntad feminoide—, las sábanas a la edad de vuestro hermano ya es difícil mancharlas con una ilusa polución, seamos serios, que ya somos todos suficientemente mayores, incluidas vosotras, que no sois bobas por mucho que estudiarais en las Madres Consultivas. El flujo de la herramienta viril suele provenir de haberla usado con menos cuidado del debido, pero no pasa nada, no seáis mojigatas. ¿Qué va a decirle el urólogo, y me da lo mismo el doctor Cuevas que Manolo Saravia, además de que les será difícil contener la risa al verle el pingajo con la mucosidad...? Pues lo que todos sabemos: que hay que meterle penicilina a la membrana de la uretra... Así de sencillo, Mila. Un antibiótico y adiós purgaciones.

El juez Beraza alcanzaba con la mano derecha un bolígrafo e intentaba dibujar en la cabecera del expediente más cercano un falo enhiesto, el que habitualmente calibraba en los folios procedimentales cuando, cansado de leer lo redactado, bostezaba alzando el bolígrafo y recordando con apacible petulancia el pene de su propiedad, que cada vez le costaba más alzar y cada día le picaba de modo distinto.

—No pasa nada, no os pongáis nerviosas. Ya es el colmo que Cano tenga todavía la capacidad de enervaros, sois dos tortolillas en manos de un inconsciente. Anda, pásame a Fruela y ocúpate de tener a punto la lavativa.

Además de la oreja, el juez Beraza hizo el esfuerzo de rascarse la calva, y entonces sintió la pelusilla erizada y, del modo más inesperado, tuvo la sensación de que la voz de Mila, la hermana menor de su amigo Cano Corada, sostenía un arpegio menos suplicatorio que sensual, como si la voz exhalase alguno de los ingredientes con que en más de una ocasión filtraba el pensamiento de sus masturbaciones.

—Son cuarenta y ocho horas, Lamo —dijo Fruela Corada, con el timbre reincidente de una circunspección dramática— y aunque no sea la primera vez, tampoco se trata de una circunstancia banal, no somos alarmistas. Cano está malo, y lo sabes de sobra. Malo de todo aquello que echa a perder a cualquiera que ni se cuida ni se toma en serio. Las dolencias tienen en su caso la agravante de la mayor negligencia. ¿Dónde puede meterse un ser humano de tan precaria catadura en tanto tiempo, sin dar señales ni decir ni mú...?

—Vamos a esperar las setenta y dos horas reglamentarias, por Dios, seamos razonables, no salgamos disparadas a las urgencias y a las comisarías. La vida que lleva Cano es la que presumimos y sabemos, no hay otro carril, qué se le va a hacer. Quedaos tranquilas, yo me encargo, no hagamos de un roto un descosido.

Las hermanas Corada se miraban menos consoladas que confiadas, y el juez Lamo Beraza tachó en la cabecera del expediente lo que intentaba configurar un fallo enhiesto, y recordó que el expediente pertenecía al sumario de un asunto de malversación de fondos públicos, donde cuatro encausados jugaban con la perniciosa estrategia de inculparse con las mismas pruebas, lo que dejaba al aire una impunidad compartida de la que los cuatro querían prevalecerse, con el consiguiente cabreo del fiscal que no era capaz de adjudicar a cada cual lo suyo.

La culpa se lame la herida, y en estos asuntos es como en los religiosos, pensaba Beraza, que iba a guardar el expediente en el último cajón de la mesa para que durmiera el sueño de los justos: no hay contrición donde las contradicciones son tan flagrantes como las culpabilidades, aquí el que no corre vuela.

—No sé, Lamo —dijo todavía Fruela Corada, mustia y desasistida—. No sé lo que podremos resistir, por muchas pastillas que tomemos. La tila la tenemos desterrada desde que Cano se hizo adolescente.

—¿Habéis oído algo de la malversación de fondos en la Diputación Provincial, exactamente en el proyecto comarcal de vías y desagües...? La realidad es otra, Fruela. Las hermanas Corada apenas suponen un ínfimo tanto por ciento en la contabilidad presupuestaria y en la realidad administrativa. No seamos tozudos, la vida contabilizada apenas pertenece a la intimidad de las personas, es la pública la que se lleva la palma. Hay que estar a las duras y a las maduras. Mira, amiguita, ahora mismo tengo ante mis pupilas un expediente que pone patas arriba la condición de cuatro perillanes, quiero decir de cuatro sinvergüenzas que hacen con el dinero público lo que cualquiera de nosotros con el que de niños le sisábamos a la abuelita. Las hermanas Corada no podéis prevaleceros de la inquietud de un hermano tarambana, eso apenas son domésticos quebraderos de cabeza, no nos subamos a la parra. La realidad es otra, y el mundo no cabe en la mesa camilla. Hay que atender a la sociedad en sus necesidades perentorias. Los Canos del universo son pan comido.

Fruela suspiraba, y lo que del suspiro le llegaba al oído de Beraza resultaba compatible con el arpegio de las filtraciones que alteraban la pelusilla de su calva, teniendo en cuenta que entre las hermanas de su amigo Cano Corada, a las que conocía desde hacía mucho tiempo, existía una extraña y paralela conmoción que solía expresarse en sus ensoñaciones. Una conmoción de irremediables matices sensuales, con variada expresión y parecidos resultados, ya que las dos hermanas

mostraban la sintonía, apenas distanciada por la edad, de un singular atractivo, expuesto con parecida delectación en el espíritu que en el cuerpo.

Lo que uno ejercita en la previsión y en la holgura, decía el juez cuando, al rascarse la entrepierna, sentía el inquieto cosquilleo de las advertencias más lascivas, y en el suspiro de Fruela invirtió algo de su malevolencia, un recuerdo reprimido de otros suspiros que atentaban contra el imperio de la justicia, y todavía siguió tachando el falo en la cabecera del expediente, imaginando que los cuatro encausados iban a correr la benigna suerte de una fraudulenta prescripción.

—Vamos, vamos —animó entonces a las hermanas, distanciando el auricular del teléfono para, con cierto cuidado, reprimir el bostezo y estirar las piernas que se escurrían por debajo de la mesa—. Me llamáis cuando ese barbián asome la gaita, mientras yo hago algunas pesquisas, y le corto el pelo a un estuprador que tiene el garito en los probadores de Confecciones Mediodía. Un juez, queridas amigas, se las ve y se las desea para que el mundo sea de verdad redondo y no cuadrado.

2

Décimo, el ujier, jamás asomaba al despacho del juez Beraza sin dar tres golpes en la puerta.

Las dos chicas de la Secretaría ni siquiera asomaban y hasta tenían la sensación, que ninguna de ellas confesaba a la otra, de que tras los meses transcurridos en aquel Juzgado de Oceda el juez Beraza supiera sus nombres o, al menos, por ellos distinguirlas.

La única vez en que Décimo el ujier abrió sin llamar a la puerta del despacho, creyó distinguir al juez en calzoncillos, con las manos en la cabeza y acaso haciendo unas extrañas flexiones.

Las dependencias del Juzgado llevaban medio año en los bajos de un edificio comatoso de la calle Arbolio, muy lejos del centro de Oceda donde, en los años anteriores, la sede judicial se fue desmoronando al ritmo de una aplazada declaración de ruina, entre las grietas palaciegas y los estucos derretidos, hasta que en una vista se desplomó la lámpara aplastando al inculpado y dejando mutilados a dos testigos de la defensa.

—Aquí no quiero que nos pase lo mismo —dijo Lamo Beraza, cuando llegó con el secretario Verino y el guardamuebles al bajo del edificio comatoso de Arbolio y comprobó lo que las humedades le robaban a los zócalos y las mamposterías—. Aquí ni vistas ni comparencias, la judicatura se mantiene en sus trece hasta que haya suficiente decoro. Un muerto y dos lisiados ya son bastantes. Son las autoridades quienes deben tomar las medidas pertinentes, y este bajo tampoco reúne condiciones.

Hubo algunos arreglos y la firme promesa de provisionalidad que, al fin, ablandó al juez Beraza. Los asuntos se fueron amontonando a un ritmo más pausado. Beraza ganaba en indolencia lo que otros jueces invertían en probidad y desvelo, y en los juzgados de Oceda se remansaron las funciones quedando aquel islote de Arbolio con la rutina desmejorada, y el respetuoso comentario corporativo a un juez que siempre mantuvo que la justicia bien puede impartirse entre inquinas y desavenencias pero sin cascotes ni goteras y, mucho menos, con la fatalidad de un reo espachurrado y dos testigos que en vez de ser dueños de su testimonio, lo fueron de su mutilación.

Los tres golpes del ujier Décimo en la puerta sacaron al juez Beraza del entresueño. Aquella noche había dormido mal, aunque no se había acostado tarde. La llamada de las hermanas Corada también concernía a la costumbre de compartir con Cano tantas salidas y los más diversos encuentros, sobre todo en las noches que se perpetuaban por los antros de los extrarradios de Oceda.

Ellas apenas tenían un conocimiento aproximado de lo que la amistad de su hermano y el juez daba de sí, pero hacían alguna presunción derivada de las pocas

cosas que Cano comentaba, y en la figura del juez resumían lo poco bueno que al hermano pudiera influirle, habida cuenta de la vida desvariada que llevaba, y la multiplicación de los disgustos que sobrellevaban desde la ya lejana muerte de sus padres.

—Comparece doña Ariana Mercado Nistal —anunció el ujier Décimo, impostando la voz y desviando la mirada, como un mayordomo escamado— si usted da la venia.

Lamo Beraza se llevó la mano a la pelusilla de la cabeza, al tiempo que ajustaba el desmadejado cuerpo al sillón y buscaba en la mesa el bolígrafo con el que había dibujado en la cabecera del expediente el falo que goteaba. También acercó algunos papeles del montón de las diligencias e hizo el esfuerzo de mirarlos, como si en ellos estuviese enfrascado.

—Que pase —musitó, con la cabeza todavía entrevelada y un borboteo insistente en el oído, donde las palabras de las hermanas Corada repetían algo que no acababa de entender.

Era una mujer alta, de mediana edad, vestida con discreción y que sujetaba en las manos un bolso negro de llamativo tamaño.

—Lo había llamado —dijo, cuando atendió la indicación de sentarse—, si usted tan amablemente se acuerda, porque quería decirle algunas cosas, pero no sólo del asunto en el que estoy implicada, ya lo sabe usted. No se puede imaginar lo que le agradezco que me reciba de esta manera. Necesitaba que usted supiera quién soy, qué hago.

Lamo Beraza vio el rostro de la mujer como en una nube lejana, con esa difuminación con que la memoria disuelve la incertidumbre de un recuerdo, sin llegar a borrarlo.

—Lo que usted diga —sugirió, sin que el esfuerzo de despejar la nube surtiera el mínimo resultado.

La mujer asintió. Había colocado el bolso sobre las rodillas y Lamo percibió el gesto de abrirlo, mientras fijó los ojos en el rostro de ella y hubo una liviana alerta: lo que los labios pintados atraían de una revelación de carmín oscuro, lo que probablemente le sugería un lugar en el que anteriormente hubiese visto unos labios pintados como aquéllos.

La mujer extrajo del bolso un paquete que puso con cuidado encima de la mesa. Era un paquete compacto, perfectamente envuelto, con una cintilla que lo anudaba con el lazo de un regalo; lo que pudiera presentirse como un inusitado obsequio, aunque en la lógica del juez eso no fuera posible. Nadie, en ningún interrogatorio, en las más someras diligencias, se había atrevido nunca a ofrecer una dádiva, y la lógica del juez orientaba al observar el objeto sobre la mesa una dosis mayor de inquietud que de curiosidad.

Los labios de la mujer iban a despegarse con una rara turgencia que suscitaba otras aperturas no menos inquietantes y curiosas, de las que la lógica del juez nada determinaba. Era el entresueño de Beraza el que todavía hormigueaba en sus ojos, la carnosidad de un carmín nocturno, el gusto en la pelusilla con la trémula voz de Mila Corada, y de nuevo la necesidad casi imperiosa de rascarse la entrepierna.

—Es la prueba —dijo la mujer, que también tenía muy oscurecidos los ojos, con un rímel nada ajeno al color del carmín de los labios—. Lo que ustedes llaman, según creo, el cuerpo del delito.

Lamo Beraza asintió desconcertado.

—¿Qué prueba, señora, y de qué delito me habla...?

—Lesiones. No lo negué en ningún momento, ni en el atestado policial ni en las anteriores declaraciones. Lesiones. La cabeza rota de mi esposo, sin autodefensa posible, pillándolo por la espalda y, tampoco lo niego, con la intención de reventarle la nuca.

Lamo Beraza pensó que Verino el secretario estaría al tanto de lo que la mujer decía; sería Verino quien le hubiera tomado declaración, él apenas recordaba, mientras los labios, e imprevistamente los ojos, se inmiscuían tanto en su ánimo como en su cabeza igual que ráfagas nocturnas que alentaban un inusitado placer variado entre las cosquillas y las espinas.

Esas reminiscencias del regusto de lo entresoñado le apetecían a Beraza casi tanto como los placeres abruptos, y pertenecían a lo más secreto de una experiencia que en tantas ocasiones delataba al juez como un ser misterioso, lo que podía contabilizarse entre los atributos más preciados de su personalidad, sobre todo entre las mujeres, observadoras perspicaces de lo que llegaba a intrigarlas, cuando la mirada de Beraza las alcanzaba esquiva, igual que si las fichase con cierta altanería que, en el fondo, también podría disimular un grado muy atractivo e impredecible de timidez.

—Es un paquete que parece un regalo.

—Yo quiero que usted lo vea. La agresión la hice con él, pero lo mantuve escondido y, tengo que serle sincera, es la prueba, hasta mantiene las manchas de sangre de mi esposo. Ábralo, se lo suplico.

Lamo Beraza tuvo dudas. Entre el paquete y la mujer detectaba una correspondencia recelosa, como si lo que pudiera contener, al margen de la prueba anunciada, lo que no dejaba de ser algo bastante insólito, resultara inadecuado, impropio de cualquier procedimiento y absurdo en una relación que carecía de sentido.

Atrajo el paquete y se dispuso a deshacer el lazo, quitar la cintilla, desplegar el papel que no era el apropiado para un regalo pero sí bastante escogido.

La mujer bajaba los ojos, posiblemente los cerraba. Mantenía su postura, las manos sobre el bolso que había acercado a su regazo.

El paquete contenía un ladrillo que, al separar el papel que lo envolvía, quedó sobre la mesa, no como el hallazgo que transpira la fascinación de lo que está oculto y se descubre con sorpresa, sino como el objeto con que se tropieza a la vuelta de la esquina y al que se achaca la contrariedad de que alguien lo haya dejado allí tirado.

—Es mi herramienta de trabajo —dijo Ariana Mercado Nistal, mientras Lamo Beraza ni siquiera se encogía de hombros, simplemente abría las manos y las retiraba lo más lejos posible, sin entender de ningún modo lo que el ladrillo pudiera suponer, asombrado por su aparición, frustrado por la estúpida remisión al cuerpo del delito o a la mera prueba de lo que menos podía esperarse, como un arma adecuada o un capricho contundente.

»Soy adivina —dijo la mujer, y en su mirada se acrecentaba la resignación de lo que el juez, si no estuviese en ese momento tan sorprendido, hubiera percibido como un designio de su tribulación, lo que se reconoce de uno mismo entre los avatares de una desgracia profesional.

—No la entiendo.

—Trabajo con las manos posadas en el barro cocido. La mente se concentra con el tacto y así fluyen primero los presentimientos y en seguida, si hay suerte, los pronósticos. El barro cocido es el que me incita a la clarividencia, no olvide usted que fue del barro de lo que Dios hizo a nuestros progenitores.

3

—Acompaño a la señora —indicó el juez Beraza, cuando media hora después cruzó con ella la Secretaría, mientras las chicas se inmovilizaban cabizbajas y el ujier Décimo atendía respetuoso—. Le dices a Verino que me deje en la mesa las diligencias de doña Ariana.

Fue el perfume lo que determinó que Lamo Beraza tomara aquella decisión que nunca lamentaría en su vida, ya que en las ocasiones sobrevenidas en sus actuaciones profesionales con frecuencia solía sacar algo en beneficio propio, sobre todo cuando alguna compareciente le intrigaba o preveía que intentaba llevarlo al huerto, siempre convencido de que la ocasión la pintan calva.

Los labios no acababan de sustentar una coincidencia con el rímel que pusiera de relieve un pálpito en la oscuridad de la memoria y, sin embargo, el perfume de la mujer se expandió como un fluido reconocible y contundente, cuando ella se acercó a la mesa, recogió el ladrillo entre el papel con el que procedió a envolverlo, rehízo el lazo con la delicadeza del regalo y con igual compostura, sin decir nada, alzando apenas el rostro y diluyendo lo que en la comisura de los labios se hubiera perfilado como una sonrisa, lo guardó en el bolso, sin que el último y liviano gesto mostrara claramente la distinción entre la súplica y la disculpa.

Salieron a la calle Arbolio. La media mañana mantenía el aire tibio de la primavera en ciernes. La mujer dio unos pasos decidida y en el aire se impregnaba el perfume como un halo que proviniera de sus cabellos, ahora con el brillo azabache de la luz natural.

—Toda negra, toda oscura, hasta de luto la lencería —pensó Lamo Beraza, aspirando el perfume del que obtenía un aliento embriagador, que aunaba la imaginación y el instinto, mientras iba tras ella como un perro de aguas.

La alcanzó en seguida, caminó a su lado. El perro se reconvertiría inmediatamente en un dogo sin collar. Eran las perrerías uno de los mayores alicientes en la vida del juez, en cuya infancia y adolescencia siempre mostró la condición del niño caprichoso que se pone al mundo por montera.

—¿O sea que es usted una adivina profesional...? —quiso saber Lamo— y el ladrillo una herramienta de trabajo.

—Quería que usted lo supiese. Mejor la prueba que el cuerpo del delito, como ustedes dicen, aunque me parece que con el cuerpo se refieren a otra cosa, pero, en

cualquier caso, el arma con que me gano la vida y me defiendo.

—¿Y es usted capaz de averiguar algo de lo que pueda sucederme, el futuro que no hay manera de atisbar asomando a la ventana o pensando en lo que más se desea...?

—Lo intentaría.

—Me interesa tanto que casi me siento embrujado. Una cábala, un paradero, lo que podría pasar a la vuelta de la esquina, menuda bicoca para un pardillo.

—No parece usted muy necesitado, pero puedo echarle una mano, hacerle alguna revelación que lo sorprenda.

La mujer llevaba el bolso colgado del brazo izquierdo y, a la vuelta de la primera esquina, donde la calle Arbolio se cruzaba con la calle Alabastro, tomó del brazo con la derecha a Lamo, que sintió en ese momento el ramalazo del perfume como una vaharada de flores secas.

—Cogemos un taxi, si usted quiere que vayamos más de prisa, y llegamos en seguida al barrio de la Tercena, es en el número catorce de la calle Espineda donde vivo, según consta en los datos que de mí tienen en el Juzgado. Una adivinación siempre necesita un consentimiento y un lugar donde nadie moleste.

—Como guste —se avino Lamo—. Estaré encantado de acompañarla hasta donde quiera. Yo no soy un hombre que tenga la voluntad a flor de piel y las decisiones, incluso las judiciales, las pongo a remojo. ¿Me adivinaría lo que fluye en los sentimientos con parecida indecisión que en los deseos...? ¿Sería usted capaz de decirme si una enfermedad venérea puede ser la causante de mis peores expectativas...?

—Por supuesto, sería una tarea muy sencilla. Puedo hacerle una demostración que lo deje asombrado. Mire, ese taxi nos espera, vamos a tomarlo. ¿O tiene usted la mañana comprometida con sus deberes...?

Lamo Beraza abrió la puerta del taxi. La mujer se subió y, por un instante, percibió la decisión con que él la seguía, adivinando sus intenciones y muy segura.

Las flores secas parecían haber sido regadas. El perfume tenía un sabor de mantillo, y en el azabache de la melena de la mujer se vislumbraba un tacto de nocturnidad y alevosía. No era posible que la lencería no fuese negra.

—Vamos, no tardaremos ni un cuarto de hora en llegar —dijo la mujer, haciéndole sitio a su lado—. Sabía que usted iba a escucharme, que el delito no tiene el cuerpo apropiado y la prueba es un instrumento que se puede falsear. Ése fue mi pronóstico.

Los labios de la mujer dejaron entrever la lengua entre el carmín espeso y oscuro, y Lamo Beraza recordó una declaración en la que la imputada sofocaba cada una de

las palabras con la angustia de quien está a punto de desmayarse, consiguiendo, al fin, que la exculparan.

—La vida está llena de tentaciones, y el que se deja llevar por la corriente tiene más posibilidades que el que se conforma con ver pasar los barcos desde la orilla. Cuando dicté el último auto, hace cuatro días —recordó Beraza, melancólico— tuve un corte de digestión. Me falla la salud cuando asumo la responsabilidad de un acto judicial. Es tan costoso dirimir las cuestiones previas, incidentales o de ejecución.

La mujer movió la melena y el juez Beraza sintió que la velocidad del taxi imprimía en ella un vértigo de plumas, no muy distinto al que en sus sueños batían las alas negras de los vencejos. En su mente cabían todas las veleidades caninas y hasta se complacía en ser un perro amaestrado.

—De la vida podría yo contarle lo que no viene a cuento, pero voy a hacer otra cosa, voy a mostrarle lo que el único hombre que de veras me quiso me dejó para que no lo olvidara. Un ser humano que cantaba dormido y que de día, despierto, daba las horas con la satisfacción de un reloj de pared. Un hombre de rompe y rasga en proporción a una mujer de bandera, si usted me permite la licencia.

La mujer alzó la falda, estiró la pierna derecha, hasta sujetarla en el respaldo del asiento delantero, recogió la media y, al separar la liga, mostró lo que podía semejarse a una huella digital en la piel blanquecina.

—Un poco más arriba —confesó arrobada, sin que Lamo Beraza se atreviese, nervioso, a efectuar la comprobación pericial que ella solicitaba— queda la de sus labios, la intimidación imperiosa del beso inguinal. Ese hombre, que cantaba y daba las horas, no era un pájaro de cuenta, era un ser perseguido por la fatalidad y el simulacro. Los hombres de verdad, y usted que muchas veces tiene que juzgarlos bien lo sabe, se miden por la temeridad y el desacato.

La mujer se recompuso y volvió a mover la cabeza, sin que ahora las alas del vencejo revolotearan en el sueño, aunque Beraza cerró los ojos y sintió que la velocidad de la carrera, cuando el taxi apretaba la marcha como si tuviera más prisa que ellos, le hacía sentir un cosquilleo que subía de los pies a los muslos, paliando al tiempo los picores de la entrepierna.

—Haremos la adivinación —aseguró la mujer, que se ajustaba la falda— no se preocupe y, por lo que más quiera, no se haga ideas raras sobre el ladrillo y, si usted considera que debe confiscarlo, no dude en hacerlo. Yo no me conduelo de romperle

la crisma a mi marido, comprobé que la sangre estaba mezclada con serrín y así pude percatarme claramente del engaño de nuestro matrimonio. Hay mentalidades en las que está de más una idea o un pensamiento o una noción. Hay cabezas que ni siquiera duelen al quebrarlas.

Lamo Beraza se llevó satisfecho la mano a la frente. El taxi incrementaba la velocidad por la avenida de los Abades y la voz de la mujer había adquirido un timbre de recato y cordialidad.

—De la prueba, ni se preocupe —dijo—. Nadie podría entender que un ladrillo sirviese para otra cosa que para hacer una pared. Esas cabezas, a las que usted se refiere, no constan en el conocimiento de ninguna causa razonable, quiero decir que son cabezas de chorlito.

Mila Corada, la hermana pequeña de Cano, le pidió permiso a don Marcial, el notario, para ausentarse. Había llegado tarde a la oficina y le resultaba imposible permanecer en ella. Los errores mecanográficos en la escritura de compraventa que le habían encomendado ilustraban, mejor que nada, su disipación.

Cano seguía sin dar señales de vida, las horas desde que hablaron con el juez Beraza iban discurriendo sin resultado, y las hermanas se llamaban continuamente acrecentando la mutua preocupación.

—Cúidese, querida —le dijo don Marcial, que sostenía en la mano derecha la pluma estilográfica que era como la repetición de su dedo pulgar, mientras Teno el oficial recababa la rúbrica en las hojas de papel barba de un documento—. La matriz es la redoma femenina y hay que protegerla. Repose, querida, que no hay pleito sin aplazamiento ni poder notarial que expire antes de tiempo.

Mila estuvo a punto de confesarle a don Marcial lo que les sucedía. Don Marcial había sido amigo de su padre y conocía lo que Cano había supuesto para la familia desde la alborotada adolescencia. Fue la presencia de Teno lo que la contuvo. Teno era esa especie de reptil viscoso que siempre roza con el vientre los zócalos de los pasillos y los archivadores de los despachos.

—La redoma, don Marcial es la vasija que mejor manejan quienes tienen manos de vidrio —dijo sibilino, sin que la sonrisa expresara otra cosa que el afán codicioso de su vientre arrugado.

—Anda, anda, querida, el caldo y la manzanilla, y cuando veas a tu hermano Cano le tiras de mi parte de las orejas.

Salió a la calle Menta y se sintió despistada. Lo que Oceda diluía en la luz de la mañana se parecía demasiado a la disolución de su ánimo, como si al caminar por la acera se incrementase la sensación de una ausencia y un vacío que debilitaba sus piernas.

Iba hacia casa, donde Fruela, la hermana mayor, aguardaba al lado del teléfono la llamada de Cano que no acabaría de producirse, o la llegada del mismo, probablemente con los signos del deterioro que hacía predecir todo lo contrario de lo que él confesase: algunas palabras irritadas y un gesto intransigente ante las solicitudes y las recriminaciones. Solía llegar más descamisado de lo debido, con el tufo de las tres copas de más y el cabreo de verse reducido a la mínima expresión, como si lo hubieran vapuleado o le hubiesen quitado la cartera en la que las fotografías familiares estaban ajadas y el carnet de identidad borroso.

—Poco hay que hacer y menos que decirte —repetían una y otra vez las dos hermanas, sin que Cano ofreciera ya, después de tanto tiempo, ninguna condescendencia, ni se aviniera a lo que tan reincidentemente se le reclamara—. Nada que pedir, nada que reprochar. Lo que buenamente nos proporciona la vida en sí misma, la que nos cayó encima.

Mila cruzó la calle Menta, llegó a los soportales del Cerrado y, cuando quiso salir del empañamiento que contraía su ánimo, vio la cafetería Composta y en la luna amoratada del ventanal percibió lo que la desazón revolvía en sus emociones, como si fuera posible que en Oceda se extraviara la luz de la mañana, el color de los espacios urbanos o de cualquier establecimiento, igual que un mendigo se extraviaba en el sueño reincidente con que Mila se veía asediada por quien en el sueño le pedía limosna. Siempre parecía el mismo mendigo y tendía su mano sin que ella lograra evitarlo, como si el mendigo no fuera a cejar en su petición.

Entró en Composta, se sentó a una mesa al pie del ventanal. La luna amoratada tenía la rayadura con que alguien la había rasgado sin lograr romperla.

El mendigo que reiteradamente le pedía limosna en el sueño acababa de cruzar al otro lado del ventanal, y en el ánimo contraído de Mila hubo un estremecimiento.

La mendicidad era un componente de sus desazones morales, indicativo no ya de la mala suerte sino de la inclemencia de la pobreza de espíritu que ella asumía, con parecida contrariedad a la de su hermano, pobre también de espíritu y pusilánime a pesar de sus bravatas.

—Estaba ocupada, pero no se mueva, por Dios. Me vale esta silla y, si a usted no le parece mal, compartimos la mesa. ¿Yo había pedido un café con leche, y no sé si usted desea lo mismo...?

El hombre que le hablaba, sin que Mila todavía se percatase a lo que se refería, se había sentado, casi tan comprensivo como halagador.

Cuando Mila logró fijarse en él distinguió, antes que nada, un ojo derecho que en su impasibilidad reflejaba el mismo destello morado de la luna del ventanal, el ojo de vidrio que subyace en el rostro de quien perdió el verdadero como un adorno sustitutorio.

—No soy el tuerto de la inquina —dijo el hombre, muy acostumbrado a que quienes le echaban la vista por vez primera se viesan atraídos por aquel cristal ocular que nada disimulaba— ni el cojo de la mala uva, aunque también llevo un artilugio ortopédico en la izquierda. Pero no se sofoque, estoy hecho a estas situaciones. Mire, se va usted a tomar mi café, que yo aguardo al otro. La vida tiene parecidas

contusiones que extremidades aunque, en mi caso, no conviene confundirse: no soy un mutilado bélico, lo soy laboral.

Mila hizo un inconsciente gesto de levantarse, aunque no se enteraba de lo que el hombre estaba diciendo. Estaba confusa. El ojo de cristal emitía el reflejo morado como un residuo metálico.

—Por Dios —solicitó el hombre— no quiero conturbarla, debe disculparme, igual desea estar sola.

—No —dijo, al fin, Mila, aceptando el café— no es eso, le agradezco su atención, soy yo quien debe disculparse.

El hombre esbozó la media sonrisa que lograba propiciar su ojo sano y, al tiempo, su pierna ortopédica rastreó el suelo para estirarse, como si de una erección compungida se tratara.

—La veo preocupada.

—Angustiada —confesó ella, sin pensarlo.

—A veces el alivio está en que alguien nos escuche, aquello que predicaban del consuelo de las palabras. Yo, si le soy sincero, encontré el equilibrio de mi mutilación en una peña de compinches dicharacheros. Y no se olvide de los alcohólicos anónimos, que a base de largar y darse la tabarra ponen veto a la adicción.

Mila sorbió el café, al tiempo que al hombre le servían el suyo. En ese instante ella no pudo reprimir una lágrima, y el ojo morado del hombre pareció recibir un reflejo más intenso, mientras la extremidad ortopédica se contrajo con la renuencia de un gatillazo.

—Mi hermano —confesó Mila, y supo al instante que sus palabras no venían a cuento, que lo que las hermanas sufrían con Cano era un asunto privado, tan íntimo como la polución vercosa con que él manchaba las sábanas desde que comenzó la infección venérea— lleva más de dos días sin aparecer por casa.

—¿Es un chico aventurero? —quiso saber el hombre, que acaso recordaba lo que en su adolescencia la aventura tenía de desatino o inconsciencia.

—Tiene cuarenta y dos años.

—Entonces esos días será mejor contabilizarlos como inocuos, cualquier vicisitud los justificará. Vamos, vamos, un hombre hecho y derecho puede ir y venir a su aire, otra cosa es la desatención de no llamar a casa. Mire usted, yo que no tengo familia, de cuando en cuando marco a voleo un número de teléfono, de cualquier Ciudad de

Sombra o de las Islas Galápagos, y digo a quien se pone: Toño Ventilla sigue estirando la pata y guiñando el ojo en las estaciones provinciales.

Mila comprobó que el esfuerzo de la media sonrisa del hombre era un acto tremendamente voluntarioso, y también sintió el ánimo levemente relajado, cuando el hombre siguió relativizando la ausencia de quien tenía cuarenta y dos años, bastantes más, decía, de los que tuvo Cristo cuando se echó a la calle.

—Hágame caso y no le dé más vueltas. La ausencia tiene más pinta de descuido que de tropiezo, ¿o es la primera vez que sucede...?

—La primera que no llama, y la mayor preocupación es que está muy malo.

—¿A qué se dedica su hermano, si no es indiscreción el querer saberlo...?

Mila Corada dejó la taza en el platillo y movió la cabeza como un pájaro que reprime el vuelo en la jaula donde lo abandonaron.

—Nunca tuvo nada fijo —musitó cohibida, y sin poder evitar la sensación de que Cano le echaría en cara aquellas palabras si pudiera oírlas.

—Lo que a uno más le hubiera gustado, no lo dude. Sin nada fijo es como mejor se menea el cuerpo. Lo que te ata te atasca. A lo mejor su hermano es un vividor, y eso ya son palabras mayores. La vida pletórica que es mucho más rentable que la eterna.

—Un vividor que se sostiene en el sinvivir de quienes le atienden, mi hermana y yo —dijo Mila con improvisada valentía, de la que inmediatamente se arrepintió.

—¿Y cómo se llama esa alhaja, si no es indiscreto querer saberlo...?

—Cano.

La pierna ortopédica volvió a estirarse y tropezó bajo la mesa con el pie de Mila.

—No lo conozco, pero creo que he oído hablar de él —dijo el hombre con la taza en la mano—. Hay algunas timbas en Oceda en las que con la mitad de la vista se juega con mayor ventaja. Los que concurren a ellas suelen ser hijos de familia que ya cenaron y adictos al naípe que esperan cenar al acabar la partida.

Cuando Fruela Corada no logró soportar el mutismo del teléfono y que el hermano no regresara, decidió llamar a Vilo Cuevas, el novio que con mayor conformidad había asumido la condición de exnovio entre sus sucesivos pretendientes.

A Cano algo grave le sucedía y el consejo disuasorio y tranquilizador del juez Beraza no la sosegaba. Cano podía llamar, debía llamar para dar cuenta de cualquier incidente o de la decisión penosa de no volver por cualquier imprevisto, sabiendo que en su vida ningún imprevisto sería razonable.

Vilo Cuevas tenía la farmacia en la cercana plaza del Atrio. Su amistad con las hermanas Corada se mantenía incólume por encima del naufragio del noviazgo con Fruela.

Era un hombre que había hecho de la paciencia una contraseña vital y de la resignación un límite de la felicidad. Las relaciones con Fruela habían durado tres años y, en ellos, jamás se suscitó el futuro matrimonial. Los novios tenían una suerte de compromiso fraterno que no parecía necesitar de otros alicientes y, en las contadas ocasiones, en que Vilo forzó la máquina, Fruela lo sosegó sin hacerse cargo del cambio de velocidad, como si la solicitud de Vilo proviniera de un desquiciamiento instantáneo.

Fue en el cine Dorado, en alguna de las sesiones nocturnas, con la platea reducida y una murmuración que contaminaba la banda sonora de la película, y los gemidos podían incitar a los malos pensamientos de los espectadores más ajenos y propicios a los acontecimientos de la pantalla. Fue en alguna de aquellas sesiones cuando Vilo Cuevas se salió de su ser, como agitado por la exaltación de las butacas postreras, los gemidos que en la oscuridad del tecnicolor y el ozonopino hacían estallar el celuloide con un fuego tan íntimo y sudoroso que hasta recalentaba las bobinas.

Entre las razones de Fruela Corada para que el novio diera un paso atrás y se transformara en el exnovio, persistían los desatinos, casuales es verdad, en que Vilo se había sobrepasado, a veces de un modo menos tangencial, casi virulento, como el del malhechor que al pie del precipicio, sujetaba desabrido y codicioso a la actriz indefensa, poniendo en peligro sus vidas, y en el límite de la esforzada reyerta amorosa, la atribulada actriz se desprendía del abrazo y caía por el precipicio gritando como una posesa.

Era una situación excitante ante la que Vilo Cuevas no logró contenerse, probablemente envalentonado por los gritos y las desgarraduras, y Fruela supo entre sus brazos, tan torpes como codiciosos, que el farmacéutico tenía, como cualquiera de los que la habían requerido en otras salas oscuras, un fondo de malhechor, un alma de cuatrero, y el riesgo cinematográfico de los salidos de madre.

Vilo no contestaba. El teléfono sonaba en la rebotica, donde Fruela le había acompañado en muchas ocasiones en aquellos tres años de noviazgo. Precisamente fue en una de ellas donde se puso por vez primera de relieve el desánimo de la relación, y lo que Vilo percibía como sustrato de lo que podía considerarse una visible carencia en el compromiso de un amor más o menos llevadero.

—Yo te quiero, Fruela —dijo entonces Vilo Cuevas, que con la impoluta bata blanca parecía más joven, y tenía el gesto alelado con que probablemente hubiera hecho la primera comunión—, y no necesito otra medicina que la de tu consentimiento, que me digas que sí, y que no volvamos a leer los prospectos para saber lo que hay que hacer para casarse. Te quiero para que el destino de un farmacéutico no se quede en las recetas y las fórmulas magistrales.

—Vilo, Vilo —dijo Fruela, cuando al fin el farmacéutico cogió el teléfono—, tienes que echarnos una mano. Cano lleva dos días sin dar señales de vida, algo malo debió de pasarle. Estamos desesperadas.

Vilo tardó un instante en reaccionar. A su lado estaba Batista el mancebo, desgredado y con los pantalones en los zapatos.

—¿Qué necesitas, Fruela, no sé lo que puedo hacer...?

—Lo que te parezca, Vilo, cualquier cosa, un ansiolítico ahora mismo, y un somnífero para cuando todo haya pasado, si es que a Cano no le sucedió algo irremediable.

—Voy en seguida —decidió Vilo, intentando que Batista el mancebo se alejara y no le besase en el cuello.

Fruela colgó suspirando, la mano temblorosa.

En el cine Dorado el cuatrero había perdido los estribos, y daba pena verlo cabalgar como el forajido que jamás lograría rehabilitarse después de la fechoría.

Fruela lo había denunciado al *sheriff* y sollozaba en la platea, más contrita que vejada, como si el arrebató lujurioso se correspondiera con la estampida de las reses que pisoteaban todo lo que se les ponía por delante.

Todos los hombres son iguales, repitió convencida y frustrada en aquellos días en que el novio perdió la condición de tal y se dedicó a romper los prospectos de los fármacos, con la misma desesperación con que lo hiciera con las cartas de la prometida.

—No le tengo tirria —afirmó Batista el mancebo, con la voz sibilina de una serpiente del desierto, mientras se ajustaba los pantalones y atusaba el cabello—. A fin de cuentas, soy el beneficiado del despecho. Yo sufría callado y con parecida resignación a la de la pobre rana en la prueba del embarazo. Era un amor que no iba a tener recompensa, la desventura del que padece al homófobo que se traga las recetas como si con ellas se hiciera dueño de todas las enfermedades, y sin estar dado de alta siquiera en la Seguridad Social.

—No te quejes, Batista —dijo Vilo—. Eras el ave carroñera que aguardaba a la sombra del árbol del ahorcado.

Batista el mancebo hizo otro intento de besar en el cuello al dueño de la farmacia, que lo rechazó con desprecio.

—Esa mujer de quien está enamorada es de su hermano —dijo, con la voz venenosa de la serpiente de cascabel—. Ella y la otra, las dos al mismo tiempo. No habrá otro hombre en la vida de ninguna. Es al hermano al que quieren, a ese pájaro que siempre voló arrastrado.

Vilo Cuevas contuvo la indignación con que el cuatrero había huido, quemado por la vergüenza y el desafuero.

Lo que Batista decía, venenoso y enojado, se correspondía sin remedio con el oprobio de haberse sabido siempre relegado en el amor y el aprecio de las hermanas, al menos en esa media distancia en que Cano reinaba, como si la dedicación y devoción que ellas le profesaban rebajase sin remedio su consideración.

—No digas disparates, y no pienses que olvidaré jamás aquella vileza tuya de echarme bromuro en la ensalada.

6

Mila salió confusa de la cafetería Composta y, por un momento, pensó que la comprensiva insinuación de don Marcial, el notario, secundada por el viscoso Teno, respecto a la dolencia menstrual que la aquejaba, podía ser cierta, e incrementar el nerviosismo y desasosiego por la desaparición de Cano. Una cuenta rápida la hizo constatar que no eran las fechas aproximadas de la regla, y recordó con mayor aversión al oficial de la notaría como el reptil que rozaba con el vientre los zócalos del pasillo y los archivadores.

—Hoy hueles con la mensualidad —solía decir el reptil, cuando en esos días pasaba a su lado—. Tienes ojeras y el pelo te brilla menos.

En la plaza del Atrio la luz de Oceda había disuelto a quienes a ella se acercaban o intentaban cruzarla. No quedaba nadie, y Mila tuvo la sensación de que la soledad formaba parte de la desazón que la embargaba, y en ese instante presintió el aviso del flujo entre las piernas.

Volvió a entrar a la cafetería.

Observó la mesa, al pie del ventanal, bajo el reflejo morado que emitía el ojo de cristal de aquel hombre que la había invitado al café, y la desazón que la oprimía irradió un mayor desaliento, como si el flujo sentido entre las piernas acrecentara su debilidad, y hasta corriera el riesgo de desvanecerse.

El hombre ya no estaba sentado a la mesa, también podía haberse disuelto en la luz de Oceda.

Mila contuvo el desaliento y lo buscó sin resultado por el resto del local.

Se acercó a la mesa, donde todavía quedaban las dos tazas y una pequeña porción de azúcar derramado. Intentó sentarse, podía venirle mejor tomar una infusión que repetir otro café. La desazón alimentaba también el vacío de la cafetería, ya que cuando, al fin, se sentó en la misma silla, comprobó que tampoco había nadie en la Composta, y el gesto casi indeciso de llamar al camarero le pareció inútil.

Tardó unos momentos en darse cuenta de que al lado de la taza en la que el hombre había tomado el café había un objeto redondo, algo parecido a una bola que difícilmente podía mantenerse inmovilizada, sin resbalar sobre el mármol de la mesa. El descubrimiento redobló la inquietud con la paralela emoción con que el mendigo cruzaba ante el ventanal en el sueño reincidente o, cuando menos lo esperaba, se detenía para mirarla. En esas ocasiones el mendigo abría la boca, movía los labios, decía algo, y ahora se percataba de que no era exactamente para pedir limosna, aunque tendiese la mano.

Mila cerró los ojos, su mano derecha temblaba sobre el mármol de la mesa, inquieta al acercarse al objeto redondo, y pudo escuchar lo que la voz del mendigo solicitaba en el sueño, como si el sueño se hubiese adueñado del mediodía de Oceda y fuese en esa evanescencia del mismo donde el vacío se apoderara de la ciudad, hasta el punto de que ya tampoco quedaba nadie en la cafetería Composta.

—Sea usted piadosa, señora mía —dijo el mendigo, acercando la cara a la luna del ventanal morado, sacando la lengua y esforzándose por chupar el cristal con un gesto enmohecido—. Enséñeme las tetas y acerque los pezones a mis labios que tengo sed.

Mila se recobró, golpeó con la mano el mármol de la mesa, la alzó para llamar al desaparecido camarero, desvió la mirada del ventanal y del sueño.

—Una infusión de manzanilla —solicitó con energía, volviendo la cabeza.

—No sabe usted lo que lo siento, es imperdonable el descuido —dijo a sus espaldas el hombre, que hacía un esfuerzo para sentarse de nuevo en la silla de al lado, estirando la pierna ortopédica.

El hombre cogió el ojo de cristal que, al lado de la taza, era como uno de esos objetos abandonados que pierden la identidad, igual que una bola de billar que rueda por la calzada o la bola de acero desprendida de los cojinetes que lo hace sobre el tapete sin que nadie acierte a identificarla.

—No sabe usted lo premioso que a veces resulta el ojo, el prurito y hasta la molestia que provoca. Si pica no hay otro modo de aliviarse que sacándolo, y por la noche es aconsejable quitarlo como habitualmente hacen quienes, como yo, también tienen la dentadura postiza. Lo dejo encima de la mesilla, un ojo así de solitario, tan ajeno y triste porque para nada vale, apenas para disimular la pérdida del verdadero. ¿Duerme ese ojo cuando lo hace su dueño o, en parecida vicisitud, mastica la dentadura postiza cuando su dueño no tiene hambre...? Son inocuas divagaciones, pero muy proverbiales para quienes sobrellevamos estas carencias y estos apaños.

El hombre ajustó el ojo en su sitio con tanta habilidad como prontitud, excusándose un instante. Luego volvió a mirar a Mila muy complacido, y ella sintió el desconcierto de no saber cuál de los dos era el bueno, como si el hombre al recoger el ojo y ponérselo hubiese actuado como un auténtico ilusionista.

—Lo dejé ahí mismo sin ninguna prevención ni delicadeza —confesó el hombre— porque el prurito se me hizo de pronto insoportable y, además, me entraron unas ganas terribles de hacer pis. Padezco de incontinencia de orina y ni con las pastillas

hay manera de controlarla. Tuve retención primero, luego estuve sondado mes y medio. La verdad es que soy uno de esos seres humanos que hacen del padecimiento y la mutilación un modo de vida.

—Es usted quien debe disculparme —dijo Mila, cariacontencida y medrosa— ya le dije que mi hermano lleva dos días sin aparecer. Mi hermana Fruela y yo no salimos del atolladero. Yo misma no sé lo que hago, se lo juro. Creo que me estoy poniendo mala, me parece que voy a tener la regla una semana antes de lo debido.

El hombre cerró el ojo bueno e hizo un movimiento de ajuste en el de cristal que, sin embargo, Mila percibió como un guiño comprensivo.

—Ni siquiera me he presentado —dijo el hombre, ceremonioso—. Me llamo Toño Viñales, y voy a hacer todo lo posible por echarle una mano, no en vano le dije que el nombre de su hermano me sonaba, pude escucharlo en el ambiente de alguna timba. En Oceda hay mucho vicio, estoy seguro de que no le descubro nada que usted no sepa, y los tahúres, al igual que los carteristas, vienen por San Sulpicio y Santa Colorada. Unos y otros a hacer caja, si buenamente pueden.

—Se lo agradecería infinito. Dos mujeres compungidas no logran hacer otra cosa que esperar a que alguien llame, o a que Cano vuelva, aunque sea hecho un cristo.

—Supongo que todavía no se les ocurrió denunciar la desaparición a la policía.

—Un buen amigo, que es juez, nos lo desaconseja. Conoce muy bien a Cano y le quita importancia al suceso. Cano está muy malo, y no lleva muy buena vida.

—Es un buen consejo, por ahora, está muy bien pensado. La alhaja que le dije, el vividor que me imagino, los cuarenta y dos años de quien tiene la suerte de unas hermanas tan entregadas a la causa, qué más quisiera uno. Yo tuve dos hermanos siameses que, a pesar de serlo, jamás quisieron ir juntos a ningún sitio, y de ese modo supusieron la mayor contrariedad para una familia muy modesta que no tenía posibles para cortarlos al medio.

Fruela hizo entrar a Vilo Cuevas, que no parecía muy decidido, y Vilo le entregó el ansiolítico y los somníferos, y advirtió de que antes de comer tenía que recibir a uno de los visitantes farmacéuticos y de que, además, Batista el mancebo tenía que ir al hospital de Berma, donde una tía, hermana de su madre, estaba expirando.

—No acabas de echarlo —dijo Fruela con acritud, mientras caminaba hacia la cocina, extraía el ansiolítico del envase y se disponía a tragarlo—. Ese lagarto que nunca hizo otra cosa que ponerte la cabeza como un bombo y sisarte cuanto pudo.

Vilo permaneció sin sentarse en el salón. Fruela volvía con un vaso de agua.

—Nunca te gustó, siempre le tuviste manía.

—Tanta, tanta manía —reconoció Fruela Corada— como celos pudiera sentir una enamorada de la prima carnal del prometido. Esas primas carnales que tantos compromisos echan a perder cuando olvidan lo que son.

—No conozco a ninguna.

—Si lo hubieras mandado a la porra a tiempo, a lo mejor hasta lo nuestro hubiese sido más razonable. Ese lagarto sólo hizo que malmeter, y es que me tenía tirria.

—Qué cosas se te ocurren —dijo Vilo, que ahora se sentía más extraño que nunca en aquel salón, donde tantas horas había pasado en los tres años de noviazgo con Fruela.

—Nunca me gustó un pelo. Ni la pinta que tiene, ni el modo de mirarte, ni la manera en que me miraba a mí, ni la labia que usaba para despachar. Acuérdate de la voz que ponía para atender a los pacientes. A unos casi llegaba a insultarlos, despreciándolos, y a otros les encarecía la calidad de la receta, como si el piramidón fuese una filfa al lado de la aspirina.

Vilo quiso cambiar lo antes posible de conversación.

El último beso de Batista en el cogote le había dejado cierto escozor, muy distinto a las cosquillas con que le daba gusto en las axilas, cuando Batista reiteraba una vez más que las hermanas estaban enamoradas del hermano, y que en aquella familia se escondían como sabandijas las vergüenzas de la devoción y el incesto, igual que en las capillas se mezclan las llagas con las oraciones.

—Al menos lo nuestro es sano —decía, cuando abría la bata tras el mostrador, arriesgándose a que entrara en la farmacia un cliente, y mostraba su desnudez llena de pelos enrevesados, con el gesto furtivo y complacido del sátiro en la colina—. Sano y

sincero, sin tacha ni cortapisas, sin otra componenda que la del deseo y la estima, una receta que podríamos exportar.

Vilo hizo intención de irse, pero Fruela lo obligó a sentarse y le trajo un café.

—Estamos de los nervios —dijo Fruela Corada, y la voz arrastraba un suspiro de amargura—. Cano no da señales de vida. Salió la otra noche, sin ganas de cenar siquiera y, antes de irse, tuvo el habitual detalle de armar la tremolina y llamarnos al orden. Ya le conoces, no se le puede decir nada, a la primera de cambio nos increpa y nos pone a parir.

A Vilo le temblaba la taza de café en la mano. Fruela se había sentado en la butaca de enfrente. Estaba despeinada, sin arreglar y la bata dejaba ver la línea de los muslos desnudos apenas cobijados en el camisón.

Los muslos tantas veces entrevistados de Fruela habían sido un resorte devastador en la imaginación de Vilo, y era el tacto de los mismos en el rapto libidinoso del cine Dorado, que tan fatalmente le hizo arremeter contra ella, lo que quedaba como la espina rota del noviazgo, algo contra lo que Batista el mancebo luchaba con denuedo, como si todavía fuese necesario arrancar esa espina de la piel enajenada.

—Toca aquí —le incitaba Batista, presintiendo que en aquellas ocasiones en que al farmacéutico se le iba el santo al cielo era la piel de ella la que fluía en su pensamiento como una evocación desordenada e imperiosa—. Toca con mayor abundancia, que no se te vaya la cabeza. Me vas a poner un enema y ya verás lo que es bueno...

—¿Qué se te ocurre...? —inquirió Fruela, cerrando las piernas y retomando la voz de mando, el tono que ponía firme al novio desorientado.

—No sé. No es la primera vez que no llama. Cano puede estar donde menos se piensa. No se me ocurre nada, va a acabar apareciendo.

—Fuiste a por él a un establecimiento de la Cárcava no hace tanto tiempo. Es uno de los sitios posibles. No sé si nos quieres hacer el favor o si prefieres que te dejemos en paz de una vez por todas. A la Cárcava y a Borneo y al barrio de la Cerilla, me parece que casi todas las veces en los impares.

Vilo Cuevas materializó en la memoria algunos de los lugares citados donde había ido a buscar a Cano. La imprudencia de subir unas escaleras para tocar un timbre que no sonaba, o de bajar unos escalones hacia una bodega que expandía el olor podrido de la pez y el mal aliento.

—De la Cárcava lo saqué con un ojo morado —rememoró— y a mí me dislocaron el brazo. Lo de Cano casi siempre es peligroso. Yo, Fruela, qué quieres que te diga, ya no soy de la familia.

—Nunca lo fuiste —afirmó Fruela Corada, poniéndose de pie con ímpetu, de modo que sus muslos se percibieron como un escorzo instantáneo que llenó de confusión la cabeza de Vilo—. Siempre me tuviste ganas, siempre fuiste tan silencioso como torpe en los pensamientos, para luego quedarte corto sin importarte que yo me quedara a verlas venir, y luego atacar como un poseso, disparando al aire. Yo no era ni soy la chica pacata del rancho, los hombres me vienen como hormigas y no pienses que duermo la siesta sola, faltaría más. Lo que te perdiste no estaba en la entrepierna de la butaca de al lado, estaba donde se precian las licenciadas de tenerlo, aquí mismo, entérate de una vez...

Vilo Cuevas no fue capaz de asimilar el gesto de Fruela. La taza se le cayó de la mano, los restos del café se derramaron sobre el tapete de la mesita del comedor.

Fruela acababa de abrir las piernas y retiraba la bata al tiempo en que con ambas manos alzaba el camisón y mostraba altanera aquel secreto negro y rizado, un pubis que en los sueños más desatados del cohibido novio jamás había tenido tal profundidad ni dimensión.

—La Cárcava me da lo mismo —dijo Fruela, mientras dio unos pasos hacia la cocina—. Donde te dan un repaso de esa categoría no es normal volver, pero a Borneo y la Cerilla podías ir a echar una ojeada, aunque ya no seas de la familia, y tengas que conformarte con ver lo que no supiste ganarte a pulso. Lo mío que podía haber sido tuyo si no te anduvieras por las ramas o lo buscaras cuando no debías.

Vilo se levantó desconcertado, fue tras ella con pasos indecisos, como si la bombilla que iluminaba precariamente su cabeza estuviese a punto de apagarse.

—No puedes imaginarte lo que me pasó cuando rompimos —dijo, rascándose el escozor del cogote, que el mancebo chupaba—. Lo que un hombre puede tirar por la borda, cuando una mujer se pone como tú te pusiste, echa una fiera, mientras en la fila de los mancos del cine Dorado éramos el hazmerreír, y menos mal que en la sesión de noche no echaban una película de romanos y apenas había nadie en las otras filas.

—Yo la llevo a ver a un hombre que se llama Zapico —propuso Toño Viñales, que hacía un esfuerzo para caminar al lado de Mila, cuyos visibles nervios aceleraban los pasos cuando, al salir de la cafetería Composta, fue por los soportales sin ninguna dirección en la cabeza— pero usted me acompaña antes al taller de reparaciones.

La pierna ortopédica de Toño Viñales era como el remo que no contribuye a que la barca navegue sino a que tropiece en el dique, pero la voluntad de aquel hombre parecía superior a la del avezado marinero que no se resigna a quedar en el puerto.

—Este Zapico —dijo Toño— no tiene la exclusiva de las timbas, pero sí la información de las más sonadas. Son muchas las que él mismo organiza. Si su hermano anda metido en esas aventuras, y me parece que de ello me suena, puede orientarnos. ¿La alhaja es rubia o tiene el pelo como el nombre...? Disculpe que sea tan ordinario, los datos me lo pueden hacer recordar mejor. Hubo un tiempo en que fui contable y tenía que apuntar las particularidades de los que entraban y salían de unos evacuatorios municipales, se trataba de evaluar la cualidad del servicio y no había que andarse por las ramas, de nada valía el tanto por ciento, los datos eran concluyentes.

Mila sintió el hormigueo que presagiaba el flujo menstrual entre las piernas, se detuvo un momento, el soportal que cruzaban llegaba a la calle Madera y el hombre que arrastraba el remo tenía el ojo de cristal apagado y en su rostro podía apreciarse un anhelo que infundía tanta generosidad como reserva.

—Juega —reconoció ella, con emotiva resignación, moviendo la melena y echando leña al corazón baqueteado—. Tiene ese vicio, lo tiene desde la adolescencia. Jugaba a las tabas, se hacía trampas a sí mismo, y la primera vez que vio unos naipes gripó y pilló la varicela. Es un jugador compulsivo. Las raterías se le quedaron cortas en seguida, el dinero se le escurre entre los dedos. Y, además, para que la pena sea completa y la tortura mayor, no tiene suerte. Las peores cartas son las que casi siempre le asigna la fortuna.

Toño Viñales llevó un dedo al ojo ciego. Lo acariciaba con la rara codicia con que el vigía somete a la noche su incapacidad, regodeándose en ella. Un vigía que siempre será el peor centinela, el que deja pasar al enemigo y, al comprobar que lo hace, se solaza con la traición.

—Es lo propio —aseguró, mientras la mitad de su mirada, la sana, la que no estaba conchabada con el enemigo, volvía a posarse en el rostro compungido de Mila Corada, conteniendo la intención de acariciarlo con la mano buena, la que mejor disimulaba lo que Toño jamás quería confesar a nadie: que la otra era la mala, la que estaba agarrotada como un sarmiento donde el brazo izquierdo perdía su razón de ser —. El vicio del juego, la ludopatía propiamente dicha, alimenta la ansiedad y la degradación. Nada te contiene ni en la dicha ni en la desdicha, quiero decir ni en la ganancia ni en la pérdida. Yo me jugué las pestañas, y no es una figuración, las pestañas mismas a la carta más alta, para que me las quemaran al perder, lo que sucedió después de haber perdido las cejas y la coronilla. Después de aquella contabilidad de los evacuorios estuve haciendo números en el pilón de la fortuna, donde tiraban de cabeza a los feriantes que hacían trampa.

Mila cruzó la calle Madera y Toño no supo si era ella la que iba a algún sitio, en un impulso de desnortamiento y quimera, o era él quien llevaba la balsa con el remo cada vez más pesado y el dique como un muro que apenas permitía ninguna maniobra.

—Hay que ir a la avenida Bosquejo, a la portería del treinta y siete —indicó, cuando pudo— y le agradecería que no me hiciese correr. Un poco antes tienen que darme un ligero repaso en el taller de reparaciones. Poca cosa, ajustar y engrasar las bielas.

Mila redujo el paso, Toño fue a su lado.

Entre Madera y el Balto la luz de Oceda se apaciguaba. Una nube dejó una sombra poco duradera en las acacias. El vacío de la mañana se redujo y repicó la campana en San Semes, como si todavía quedara un resquicio en la devoción de una ciudad que albergaba entre los creyentes un notable desánimo.

—No será usted —quiso saber Toño Viñales, prevalecido de acompañar a una mujer tan hermosa, al menos en la valoración con que el mutilado contempla el cuerpo entero y poderoso de quien todo lo tiene en su sitio— de las que imploran a Dios aquello a lo que los santos no se avienen, pongamos por caso el mismo San Semes que niega la muleta al tullido y se mofa de la dioptrias del miope.

—No le entiendo.

—Ni falta que hace, no me haga caso. Yo era un hombre de fe, la esperanza la tenía reservada y con la caridad pretendía hacer algún negocio rentable. La fe la perdí cuando a la linotipia le saltó una tecla y me dio en el ojo. Trabajaba en una imprenta de prospectos subversivos. La esperanza se escurrió cuando nadie volvió a mirarme del mismo modo, incluida una novia que, además del ajuar, tenía perfectamente

calculados los días aprovechables del método Ogino. Fueron unos hermanos caritativos, corolarios por más señas, quienes me buscaron la ruina con una inversión educativa, en la que, al parecer, el más listo de la clase siempre tenía que ser el último de la fila. Yo soy de esos seres humanos que huyeron escamados de las virtudes teologales. No sé si me explico.

Mila se quedó quieta un momento.

El hombre avanzaba ahora con un vaivén tortuoso.

Las acacias del Balto estaban mustias, la sombra de la nube amodorraba a un anciano que parecía petrificado en un banco del parque.

—Si yo le contase —dijo Mila cuando alcanzó de nuevo a Toño, y contuvo la intención de cogerlo del brazo, ya que en el instante de llegar a su lado algo chirrió en la encarnadura del linotipista—. Es mi hermano quien más desgraciada me ha hecho, a él le debo la pena de haber quedado para vestir santos y de no tener otra ilusión en la vida que la de aguardar a que vuelva un día y otro, que no le suceda nada malo y poder plancharle los pantalones, de modo que la raya quede a su gusto, habida cuenta de lo quisquilloso y caprichoso que es.

—No me lo cuente, por Dios —se espantó Toño, alzando la mano derecha como si buscara una compensación a la rigidez ortopédica—. Una chica como usted, una mujer de bandera, permítame la licencia, alguien que debiera estar predestinada a la felicidad en este mundo perdulario. Pero ¿quién es su hermano, qué demonios quiere, qué desatino le nubló las meninges...? Y eso, dejando aparte la responsabilidades mínimas que usted debiera asumir en lo que compete al feminismo agrario.

—Un niño mimado —dijo Mila sin que un puchero se desdibujara mientras movía la cabeza—. Un chiquillo que tenía todas las de ganar, con mi padre entregado a la causa y mi madre adorándolo en la hornacina. El hombrecito de la casa, ya sabe usted, en seguida hecho a las cosas de una vida regalada, al gusto y al capricho de lo que le viniera en gana. Mi hermana Fruela y yo hemos heredado idéntica devoción, con la consabida pérdida, y así nos luce. Y ahora no aparece, lleva dos días sin dar señales de vida, puede haberle pasado cualquier cosa, ya le dije que está enfermo.

Toño Viñales hizo el vano intento de dar una patada en el aire. Era lo que probaba a veces de un modo imprevisto, o cuando algo no del todo preciso le causaba indignación.

—Un niño bien —masculló—. El golfito de mierda que le quema la sangre a quien lo quiere y lo cuida. Yo tuve que salir pitando para que las virtudes teologales no me la siguieran jugando, y no estoy entero, es fácil comprobarlo, pero de la dignidad de mis mutilaciones no cabe la menor duda, aunque ahora, en el taller de reparaciones, va

usted a comprobar el dolor de lo que no se tiene, la pena de lo que nos falta. Si yo le contara lo que para un hombre hecho y derecho supone la atrofia del miembro viril.

Vilo Cuevas llegó al portal.

Mientras bajaba las escaleras del piso de las hermanas, nada convencido de lo que le hubiera prometido a Fruela: ir a echar una ojeada por Borneo y la Cerilla, repetir sin destino alguna de aquellas absurdas búsquedas de Cano, como el perro perdiguero al que usan para lo que no vale, cerró los ojos, tropezó en un peldaño y a punto estuvo de perder el equilibrio y caer como un fardo hasta el rellano.

No era posible que Fruela hubiera separado las piernas, abierto la bata y alzado el camisón, para mostrarle, con la altanería de quien se siente dueña irreductible de lo más secreto de su persona, aquel pubis que deslumbraba lo más recóndito de un sueño inimaginable.

No era posible que la turgencia y el asombro se acompañaran al recuerdo desdichado del cine Dorado, sesión de noche, fila treinta y dos, cuando algún gemido ajeno a los cuatros de la pantalla sublevó al novio mojigato que no se resignaba con darse el lote, apechugando a la novia inadvertida, sino que literalmente saltaba de la butaca para echarse encima de ella igual que la hiena carroñera o el mismísimo león que lo hacía con el cristiano del circo, donde también los romanos gemían y aullaban.

—Yo no he visto jamás en mi vida lo que Fruela pudo enseñarme —susurró Vilo, al llegar al portal de la casa de las hermanas— y lo que por descuido pude palpar en aquella sesión nocturna del Dorado, en nada me recuerda a lo que acabo de ver, si es verdad que he visto lo que he visto, ya que puedo haberlo imaginado.

Fue poco lo que Vilo Cuevas tardó en dar la vuelta, obviar el riesgo de la escalera donde había estado a punto de romperse la crisma con el traspié, meterse en el ascensor y de nuevo, como había hecho al llegar, marcar el tercero.

La ascensión le hizo sentir ese placer ignoto de la velocidad inversa, lo que algunos detallan como el pulso de las ánimas cuando vuelan al cielo, bien sea directamente o deteniéndose un tiempo en el apeadero del purgatorio.

—No es posible —masculló Vilo, cuando el ascensor se detuvo—. Ese descaro, esa demostración, ese vello, ese poderío que no tiene vuelta de hoja. Ni siquiera en las procesiones, cuando voy de nazareno como un alma en pena, logro conmocionarme en tal medida, sea entonces religiosa y ahora profana.

Tocó el timbre. Fruela abrió y no pudo ocultar el vuelco del corazón, convencida de que Cano volvía.

—Tú otra vez aquí —dijo con tanta frustración como desprecio.

Vilo entró y ella cerró la puerta con un golpe desabrido. Fue hacia el salón. Por debajo de la bata se deslizaban los pies descalzos y las piernas esmaltadas, una carne con brillo de escultura que los ojos del antiguo novio reconocieron como el señuelo que jamás había imaginado, o que ella no le había permitido imaginar.

—¿A qué vienes —dijo ella, sentándose en la butaca, donde él había adivinado la línea tierna y oscura de sus muslos, cuando la tuvo enfrente—, qué mosca te picó...?

Vilo Cuevas volvió a sentarse en el mismo sitio.

La miró con una dulzura que le subía por las venas como el azúcar derretido en el líquido que impregna el gusto. La miró con la lentitud de quien observa el objeto que revela su perfección y agrado, cuando entre lo que se ve y se rememora hay un equilibrio de formas y contenidos.

—Tenía que contarte lo que me pasó cuando rompimos, quiero decir cuando, después de lo del cine, me tiraste por la ventana como un trasto al que se aborrece. No te puedes imaginar lo que me sucedió. Un hombre que en su desgracia y arrepentimiento deja de pronto de ser quien es...

Fruela cruzó las piernas y repitió el gesto de extrañeza, desprecio y altanería.

A Vilo se le clavaron las rodillas de Fruela en el vértigo de un movimiento que alargó el esmalte de las piernas desnudas, y sintió otra vez la lejana perturbación de una infancia solitaria, cuando descubrió el oro carnal en los muslos de santa Solapina, la mártir cartaginesa que permanecía medio abandonada en una capilla de la iglesia de San Donato. Ese recuerdo perturbador le había perseguido toda su vida. Los muslos de la santa brillaban dorados bajo un sayal roto, y fueron reincidentes en el sueño de sus primeras poluciones, alcanzando luego una catadura abiertamente pecaminosa y terca.

—El vicio solitario —le dijo indignado el párroco de San Donato al adolescente que, al fin, se decidió a confesar lo que guardaba como un secreto vergonzoso—, que lo es igual de pensamiento y obra, se agrava en este caso por su propia aberración. Dudo de que mi licencia sea suficiente para perdonarlo, acaso haya que plantear el dilema al obispado. Te masturbas con la santa, violas su martirio y pureza, eres un depravado que ni siquiera respetas el sufrimiento que a Cartago le infligió Roma. No hay absolución —remató decidido el párroco, y empujó violento al tembloroso adolescente que cayó de espaldas al pie del confesionario, mientras los feligreses de

San Donato volvían la cabeza amedrentados, comprobando el gravísimo peligro que un pecado mortal podía suponer para la salud.

—¿Y para eso vuelves, para contarme lo que te pasó o dejó de pasar después de humillarme, como a aquella santita con la que te hacías peras en San Donato...? ¿Es que estás mal de la cabeza, qué me puede interesar a mí, a estas alturas, lo que tiraste o dejaste de tirar por la borda...? —le recriminó Fruela Corada, que acababa de encender un pitillo y descruzaba las piernas, de modo que en el puñal de las rodillas goteó por un instante la sangre que brillaba en las de la santa cartaginesa, un derramamiento de rubíes que coronaban la polución entre las sábanas immaculadas.

Vilo cerró los ojos y apretó los dientes.

El dolor que abrasaba su corazón y que, de pronto, le hizo gemir, se mezcló con lo que el deseo estragaba en sus frustrados sentimientos, como si la pena de la pérdida y el arrepentimiento ulterior resultasen al fin inadecuados para el olvido.

No podía escindir el apetito de aquella lejana y perturbadora imagen, tan rentable en sus sueños, y el codicioso anhelo de lo que Fruela mostraba, o de lo que poco antes le había enseñado, si había sido verdad que su pubis era un destello ensortijado de sus imaginaciones y ensoñación, cuando la lengua del mancebo de la farmacia todavía dejaba el cosquilleo en su cuello.

—Me eché a perder —dijo Vilo, sin que ya le importara que Fruela descubriese sus lágrimas.

—Pues yo me busqué otro novio —dijo ella orgullosa— y después otro y otro más, y no serán los últimos, aunque ninguno me va a quitar el deber de cuidar a mi hermano. Cano nos tiene a nosotras para guardarlo, es el hijo de las cosas que más queremos, y los otros se aguantan, si les parece.

—Me eché a perder como hombre —suspiró Vilo, que sacaba el pañuelo para limpiarse los mocos, mientras Fruela daba una calada al cigarrillo sin poder ocultar ahora cierta curiosidad.

—Déjate de pamplinas. Y vete a mirar por la Cerilla y el Balto, conoces los antros y nos debes el favor. Por algún sitio tiene que andar.

—Lo mío no es como lo tuyo. Después de ti ya no hubo más mujeres, otras novias, ni volví a ver ninguna película de vaqueros.

—Volviste a San Donato, como el chico cochino que eras, a mirarle las cachas a santa Solapina.

—Ni se me hubiera ocurrido —dijo Vilo, hipando—. A la santa la quitaron de la capilla y la encerraron en un armario de la sacristía, nadie volvió a mirarla. Yo no era el único pajillero...

—Anda, anda, vete de una vez. Aquí ya miraste todo lo que querías, y yo jamás te volveré a enseñar lo que no te mereciste, y lo que de veras habría sido tuyo, sólo tuyo, si te hubieses reportado, o hubieras sabido pedirlo con satisfacción y honra. Me llamas, si descubres algo de Cano, o lo traes a casa, para que podamos curarlo.

Fruela se puso de pie, aplastó la colilla en el cenicero.

—Estoy amancebado con un hombre —dijo Vilo Cuevas, inclinando la cabeza, como si las cosquillas que le recorrían como hormigas por el cuello se hubiesen detenido de repente.

—Vuelve con mi hermano —ordenó Fruela Corada, impertérrita—. Tráelo sano y salvo, que yo me encargo de ponerte otra vez donde de veras merece estar el hombre que un día fuiste, el desbocado cuatrero que me perdió el respeto sin que yo me imaginara la estampida. Y no seas antiguo, Vilo, por favor te lo pido, no digas que estás amancebado, di que te liaste con un tío.

—Lo digo porque es Batista, el mancebo de la botica.

Era un portal de Tarquinia y Toño Viñales le había advertido a Mila Corada, cuando llegaron a él, que la reparación iba a ser muy rápida y que hasta el treinta y siete de la avenida Bosquejo, donde estaba de portero el hombre que se llamaba Zapico y que era el mayor conocedor de las timbas de Oceda, apenas quedaban diez minutos.

—No es verdad que el que pierde gana, ni siquiera en las valoraciones morales del cristianismo agropecuario —dijo Toño Viñales, el pie del portal de Tarquinia—. El que pierde se amarga y se avergüenza, y en el trámite de esas timbas que Zapico tan bien conoce, y en alguna de las cuales ha podido estar su hermano, el que pierde y no paga se las ve y se las desea. Pero no adelantemos acontecimientos, usted me espera aquí, es un momento, como le digo. Lo he pensado mejor, y me parece impropio mostrarle en el taller el dolor, la pena de lo que nos falta a quienes no estamos enteros.

A Mila se le iba la cabeza.

Lo que el hombre decía, entre el crujido de sus pasos arrastrados, repercutía en un rumor de glándulas metálicas.

La cabeza de Mila asimilaba la disolución de la luz de Oceda, que iba bajando en la quietud del mediodía, o se derramaba con menor intensidad en el vacío de las calles, donde la tarde permanecería quieta con la indolencia propia de una ciudad en la que nadie esperaba a nadie.

Cuando Mila decidió sentarse en el bordillo del portal, la cabeza le dio un vuelco y el pensamiento de la ausencia de Cano alteró la sensación del flujo que se escurría en sus muslos, de modo que supo que ese flujo se lo inventaba como un ardid entre las preocupaciones que la estaban agobiando.

—O se te adelanta o se te atrasa —había comentado Teno en la notaría al verla salir del despacho de don Marcial, y en las palabras del reptil sinuoso había una baba de suciedad sanguinolenta.

¿Dónde estaba Cano, cómo podían seguir discurriendo las horas sin una llamada, sin un aviso...?

En la cabeza de Mila se produjo el paralelo estremecimiento que en el cuerpo compungido.

Había perdido la conciencia de una realidad que podía palpase en la piedra fría del bordillo, pero lo que restaba de desvarío o ensoñación, si es que las preocupaciones la llevaban por ese derrotero sin lograr contenerlas, no oscurecía algunas de las tristes escenas con que Cano se despachaba ante las hermanas, poco

antes de replicar por última vez, más rabioso que nunca, y salir pitando dando un tremendo portazo.

—Nadie me alza la voz, nadie me llama al orden.

—Se te dice lo que se te tiene que decir.

—¿Y a quién le compete, si puede saberse, y con qué autoridad y licencia...?

—La de quienes te alimentamos y vestimos.

—Lo último que puede escucharse. Las amas de la casa, las que administran y hacen lo que les da la gana, como si uno fuese el último mono.

—Como si no supieses estar en tu sitio, y ser alguien en la vida.

—A vosotras os lo debo, a mis padres con la misma culpa. Es lo que entre todos hicisteis de mí, un enfermo y un desgraciado.

—Un hombre que no creció, un niño que se quedó en los bombachos. Sin voluntad ni decisión ni estima...

—¿Es lo que tengo que oír, es lo que me echáis en cara como si no tuvieseis otra intención que la de escupirme...? Nunca estuve vivo del todo, vosotras y ellos os encargabais de que no lo estuviese, de que fuera un guiñapo. La mierda de la vida que me tengo que tragar, sin nada que hacer, sin valer para nada, con todo hecho y decidido antes de que se me ocurra lo más mínimo...

Podía haber sido también la otra noche, hacía ya más de cuarenta y ocho horas.

La cabeza de Mila asimilaba el desvarío de un recuerdo que no acababa de situar, ya que resultaba difícil entre tantas situaciones repetidas en tantos años.

—No es dinero, es aprecio. Lo que vale el que no puede ir a ningún sitio sin que lo señalen con el dedo.

—Te lo ganas o te lo mereces.

—Es el colmo, el colmo de los colmos. Si hubiese tranvías en Oceda, hace ya mucho tiempo que no tendríais estos quebraderos. Un atropello nunca se sabe si fue intencionado, la conciencia se os podía remover pero yo, pasado el golpe, iba a quedarme en paz.

—Las amenazas se te quedan tan cortas como las intenciones.

—El peligro de tener que aguantaros. La mayor de las calamidades que puede sufrir un ser humano, enfermo y desvalido para mayor inri. La familia, ya veis qué aprisco.

—Anda, anda, coge lo que necesites, vamos a acabar con esta monserga que ya huele.

—¿Yo...? Estáis muy equivocadas, yo no tengo por qué dar el brazo a torcer, a mí no se me compra con cuatro cuartos y cambiando de cara. Yo no os necesito, ni os quiero, me importáis un bledo.

—Eso no lo digas ni en broma.

Cuando el hombre llegó al lado de Mila, y ella oyó su voz como una reclamación, todavía en su cabeza resonaban las últimas palabras de Cano, antes del portazo.

—¿Es usted la que se hace cargo...? —preguntó el hombre, que vestía un mandilón que le quedaba excesivamente grande.

Mila Corada se puso de pie con cierta vacilación, como si todo lo que envolvía su cabeza estuviese a punto de dar la última vuelta y hacerla perder el equilibrio.

—No le entiendo.

—Aquí, señora, es que no hacemos reparaciones, hacemos recambios.

Mila seguía sin comprender.

—Ese caballero cambió la pierna y el ojo —dijo el hombre con cierta cortesía y discreción, como si estuviera muy acostumbrado a un trabajo delicado.

El hombre traía en la mano derecha la pierna ortopédica y mostraba en la izquierda el ojo de cristal.

—Supongo que preferirá que se lo envolvamos.

—Da lo mismo —afirmó Mila, todavía sin atreverse a recoger lo que el hombre le ofrecía.

—Tampoco le hemos hecho factura, pero de este modo le sale más barato.

Mila dudó entre abrir su bolso, sacar el billetero, abonar lo que le requería, o tomar primero la pierna y el ojo.

—¿Y él...? —apenas susurró.

—Satisfecho, le juro que el recambio está hecho a la medida, como si el fabricante hubiese pensado exactamente en un cliente ideal.

—Pero ¿se ha ido...?

—Con las prisas que le permite la ortopedia recién estrenada, a la que conviene acostumbrarse, y el consuelo de un ojo nuevo, limpio como la patena. El ornato no reduce la comodidad.

Estaba atardeciendo cuando el juez Lamo Beraza salió a la calle Espineda con la sensación de que la acera se combaba bajo sus pies, y las fachadas de las casas aledañas anunciaban un vencimiento que parecía derivarse más del cansancio arquitectónico que de la mera declaración de ruina.

En el barrio de la Tercena, al que el juez jamás había ido anteriormente, el urbanismo de Oceda mantenía la indolencia de una ciudad con muy poca conciencia de sí misma.

Dio unos pasos medrosos y, al momento, se percató de que estaba descamisado, sin corbata, sin cinturón en los pantalones y con el pelo revuelto. También tuvo dos sensaciones paralelas: la del tufillo del anisete, que era una sensación aromática muy mezclada con el perfume de las flores secas puestas a remojo, y otra que en seguida repercutió no sólo en su ánimo, sino en su conciencia judicial, frecuentemente llena de avisos indagatorios. Lo seguían; alguien venía tras él, con cierta solapada distancia, y midiendo con discreción el cobijo de las esquinas.

Lamo Beraza suspiró e hizo un intento bastante rentable para controlar los pasos, de modo que la acera sostuviese la línea horizontal, sin más ondulaciones que las que en la mente del juez suscitaban los recuerdos de lo que en la piel de Ariana Mercado Nistal eran líneas combadas, curvas y circunvoluciones. La piel y la dúctil carne de otras aceras y motivaciones, tan ajenas a los recovecos urbanísticos de un barrio insignificante.

—No sé de lo que usted es capaz —repitió Beraza, al posar la mano derecha en el zócalo derruido de la pared más cercana, mientras también se percataba de que los pantalones, sin el cinturón, se le caían si no lograba sujetarlos a tiempo— pero con esa boca el miedo supera al deseo.

—Adivina, adivinanza.

—Donde usted me lleva es donde van los caballos desbocados que al correr pierden las herraduras. Un juez como yo no debiera perder de este modo los estribos.

—Predigo que el estamento judicial lleva hoy las de ganar —recordó Beraza, y en la predicción la voz de Ariana Mercado Nistal se derretía con el silbido de la serpiente de cascabel, que le introducía un sonido bífido por la oreja— y que en la prevaricación encontrará el mayor gusto.

Sujetó los pantalones, miró los zapatos y observó que no tenían cordones, tampoco llevaba calcetines. Cuando dobló la siguiente esquina, le pareció que quien viniera siguiéndole apretaba el paso.

En la mente de Beraza había un vértigo de susurros que desorientaban la idea de una dirección y un regreso, pero nada aclaraba aquella constatación de estar tan mal vestido y despeinado, y no resultaba del todo ingrato el sabor saturado que secaba su boca con el regusto del licor y una conmoción apetitosa en las sensaciones.

—Estoy hecho unos zorros —susurró complacido, y la voz que le dio el alto se reafirmó al posar una mano destemplada en su hombro.

—Adivina, adivinanza.

—No se ponga usted tan a tiro, por Dios. No me haga confundir la boca con la vulva. Hagamos la tramitación administrativa, la diligencia, y que conste lo predicho con el otrosí correspondiente.

—Adivina, adivinanza. Lo que tanto le gusta a usía es lo que ahora mismo se merece. De la lencería elija la prenda más apetitosa y, de ese modo, se lleva en el bolsillo lo equivalente a las puñetas.

—Era un bebedizo —reconoció Lamo Baraza— o estoy fumado, o los hechos superan a las circunstancias, y entre las figuras penales no hay ninguna que se acomode a lo que me sucede, me parece que ya no tengo espinillas.

Lo empujaron.

Cayó al suelo con los pantalones en los zapatos, tardó un poco en revolverse y tuvo que esforzarse para ponerse de nuevo en pie, aunque según lo hacía alguien le prestó ayuda.

—A ella le debe el verse así —dijo el hombre irritado, que volvió a ponerle la mano en el brazo, para sujetarlo contra la pared, cuando Beraza todavía no se mantenía firme.

—No sé de lo que me habla.

—¿Qué es lo que más le pesa, lo que lleva encima como la piedra al cuello del ahogado...? —inquirió el hombre, cuando ya Beraza sostenía los pantalones y era capaz de observar el rostro del que le había seguido.

—Déjeme en paz —zanjó con resolución, haciendo un vano intento de volver a caminar—. Váyase a la porra, no me dé la tabarra.

Era un hombre muy pequeño y llevaba un traje oscuro bien planchado, probablemente más amplio de lo necesario. El cordón negro anudado al cuello le daba un punto de luto muy acorde con la camisa morada de penitente. En los ojos llorosos quedaba una salpicadura de llanto y consternación, lo más parecido a lo que Beraza hubiera observado en muchos implicados.

—Mire usted —dijo el hombre—. Hágame caso. Venga conmigo. Sin salir de la Tercena, en el mostrador del Mediavilla, se toma unas hierbas y vuelve a su ser. Lo que ella le administrara comporta mayor intoxicación que lo que le permitió imaginar. Siempre es la pitonisa la que se impone, y lo mejor de su personalidad no lo tiene entre las piernas, por mucho que usted haya porfiado.

Lamo Beraza se detuvo, movió la cabeza, miró al hombre.

—¿Es usted el marido agredido...? —quiso saber.

—Y el acompañante. En el trance de las adivinaciones, en cualquier plaza, en cualquier local, necesita un segundo de abordaje que le pregunte y le dé la réplica. Otra cosa es la consulta particular, la predicción, las cartas, el horóscopo. El negocio se hace a medias. Estamos casados, pero el nuestro es uno de esos matrimonios morganáticos que ya no se llevan. En consumarlo, y esto tiene usted que jurarme no contárselo a nadie, tardamos tres años.

—No se preocupe, la profesión me tiene acostumbrado al secreto sumarial, y jamás digo lo que no viene a cuento.

—Soy pequeño, ya lo ve, y la tengo en la misma proporción. Una talla nada gratificante, un bucle minúsculo.

—Ya le digo que no se preocupe, no sea pesado. ¿A quién voy a ir yo con la pamema de que tardó tres años...?

—Es que hay mucha insidia, y aunque en Oceda nadie mira lo que no quiere, en lo que respecta al tamaño los maledicentes ganan a los discretos. Yo lo del coito no me lo planteaba como una razón de ser, mientras menos se piensa menos ganas se tienen. El coito era para mí una coyuntura, pero no la razón fundamental de mi existencia.

—Pero ella no es una mujer que pueda desaprovecharse, no me joda. Hay que estar a la altura de las circunstancias, y no dar la talla sólo se aprovecha para librarse del servicio militar.

—Ella siempre fornicó libremente —reconoció el hombre, que ayudaba a caminar a Lamo—. Y usted mismo lo ha comprobado, sólo hay que ver el estado en que se encuentra. Pero las desavenencias conyugales no vinieron por ese conducto, eran más graves. Y fíjese usted lo que son las casualidades, y esto se lo cuento con toda confianza, el mismo día en que consumamos el matrimonio saqué el carnet de conducir, después de suspender cinco veces. El utilitario está ahora en el desguace, como mi propia existencia...

Caminaban despacio, Lamo Beraza sujetando el pantalón con la mano derecha, el hombre dejándole apoyarse en su espalda.

—No me dijo cómo se llama.

—Palmero, aunque en la profesión me llaman Palmerín.

—¿No será usted de alguna orden de la caballería andante...?

—Fui del Opus Dei, pero me echaron porque tampoco espiritualmente daba la talla. Yo soy pequeño en todo y, si le digo la verdad, el propio universo me parece una pequeñez y no creo que Dios sea especialmente esbelto y alto, guapo seguro que tampoco. En las órdenes seculares no hay mitad y cuarto.

—Bueno, entonces vamos a tomar esas hierbas al Mediavilla, usted me conduce. Llevo todo el día con unos picores en la entrepierna que no hay modo de aliviarlos. ¿Ella no adivinó el tamaño al conocerlo a usted...? Empiezo a sospechar que en estas profesiones esotéricas hay más simulación que esclarecimiento.

Las hierbas despejaron al juez Beraza y cuando la noche entraba sin otra sorpresa que la de encontrar a Oceda más vacía que en la tarde macilenta y pobre, salieron del barrio de la Tercena y el hombre que decía llamarse Palmero, pero al que en el Mediavilla habían tratado indistintamente de Orencio y Cordelio, se ofreció a acompañarlo a casa, pero el juez dijo que era mejor buscar un taxi.

—Yo le pregunté hace un rato, cuando nos encontramos, si algo le pesaba, no sé si recuerda. Si le pesaba como, por ejemplo, la piedra al cuello del ahogado.

—No.

—Me refería a lo que lleva en el bolso de la chaqueta que, por cierto lo tiene roto, desgarrado por lo que le metieron.

Lamo Beraza comprobó que era cierto lo que decía el hombre. El bolso izquierdo de la chaqueta estaba desgarrado, y dentro de él había un objeto bastante pesado.

—Le ayudo a sacarlo, no se preocupe —dijo el hombre, y tras un leve esfuerzo extrajo el paquete, que estaba envuelto en papel de regalo y tenía una cintilla con un lazo.

—Es un regalo —musitó Beraza, intentando no darle importancia.

—Se lo dio ella.

Lamo asintió.

—El ladrillo, la prueba —dijo el hombre—. Si usted me observa el cogote puede apreciar cinco puntos de sutura. La agresión fue por la espalda, un ataque en toda regla.

—La instrucción está en marcha, la declaración, las diligencias previas. El regalo ya se lo hizo su señora cuando le dio para el pelo, y espero que haya sido la primera vez, no me gustan un pimiento los que reinciden por las mismas fechas. ¿Quién me asegura que no se trataba de un aniversario o de un ajuste de cuentas puramente doméstico...?

—Es muy raro que ella se la entregara sin algún motivo —dijo el hombre, circunspecto—. Igual le contó que se trata de su herramienta de trabajo. Yo lo que quiero es que conste que fue con el ladrillo con lo que me agredió, y que en él hay restos de la escabechina. ¿No será usted capaz de creerse que en mi propio cogote me produje las consabidas autolesiones, que es lo que me echó en cara, cuando recobré el conocimiento...? Le pido por lo más sagrado que no se vaya por las ramas, los aniversarios los celebramos con cerillas.

Lamo Beraza volvió a meter el paquete en el bolso desgarrado de la chaqueta.

—Mire usted, querido amigo —dijo— las inculpaciones y los testimonios en la oficina judicial, de acuerdo a las citaciones, con el secretario o conmigo mismo, según me convenga, y tenga o no ganas. Yo no soy ese juez casquivano al que se le pilla en el reservado, empujando el codo o abrochándose la bragueta. No me tome el número cambiado. La condición de adivina de su esposa morganática apenas me interesaba por un asunto personal, relacionado con la desaparición de un amigo. El hecho de que después ella se haya cebado conmigo, hecha una loba, salida de madre, no viene al caso. Ella es muy dueña de su profesionalidad, buena o mala. Yo apenas quería comprobar si tiene o no tiene esa capacidad de conjetura. Aprecio mucho lo extraordinario, me gusta más lo imprevisto que lo cotidiano. Yo no soy pequeño, ni corto de vista, ni me echaron la zarpa los del Opus. Y de Dios, qué quiere que le diga, ni guapo ni feo, pero más parecido a Tarzán que a la mona Chita.

El hombre se detuvo indeciso y mientras el juez Beraza apretaba el paso, convencido de que en el picor de la entrepierna había una mezcla de sarpullido y nervios, el resultado mental de la voracidad y el deseo que, un día y otro, perjudicaba sus providencias, no logró contener el rapto de indignación que le hizo cerrar los puños.

—Lesiones, contusiones —se dijo tan dolorido como enrabiado— y en lo que al Opus concierne, no me cabe la menor duda, un puto numerario le gana la partida al que tarda tres años en consumir el desaguisado. Del operario abusan los numerarios y les hacen comulgar con ruedas de molino. Hay institutos seculares que tienen las prelaturas averiadas, sólo hay que ir a las nunciaturas para saber cómo se las gastan.

Beraza llegaba al puente de Urales, cuando ya el barrio de la Tercena era una incisión dislocada en el pensamiento urbano de Oceda, y hasta podía imaginarse que ni siquiera existía.

Bajo el puente pasaban mansas las aguas del Margo, que llevaban entre las sombras de la corriente algunos secretos y olvidos, también las vicisitudes de muchos de los que se miraban en sus aguas para calibrar la desgracia de vivir en una ciudad que jamás se ocupó de sus habitantes.

El hombre dio unos últimos pasos desalentados.

La figura del juez no tenía ni la mínima prestancia exigible a quien debe actuar según derecho y razón.

Lo vio alcanzar el puente, hacer un esfuerzo para que los pantalones no se le cayeran, acercarse a la balaustrada, mirar las aguas con la paralela intención con que asoma el suicida o el que tiene más sed que ganas de matarse.

—Vicioso —insultó el hombre, aunque el grito supusiera algo más parecido a un ahogo que a un esfuerzo—. Descreído, prevaricador...

Lamo Beraza sacaba el paquete del bolso desgarrado de la chaqueta.

El hombre veía con claridad cómo iba a hacer desaparecer la prueba, lanzando el paquete en el que estaba envuelto el ladrillo de la agresión, y volvía a sentir los golpes punzantes que la adivina la asestaba en el cogote.

Lamo lanzó el paquete al río.

Entre las sombras de las aguas del Margo se ocultaban muchas acciones y omisiones voluntarias o imprudentes penadas por la ley, delitos que en la corriente disolvían las acusaciones y las responsabilidades sin que nadie hiciera otra cosa que escurrir el lodo en la conciencia, cuando algún barbo, o una trucha desorientada, saltaban en la superficie con el brillo indecente con que lo hacían en los sueños de los durmientes de Oceda, todos sudorosos y abrumados por la culpa de una ciudad que aborrecía al río que la cruzaba.

—Ahora ponte de lado —escuchó Lamo Beraza, cuando la serpiente de cascabel se deslizó sinuosa entre las sábanas y el dulce veneno se fundió con el semen en la copa de cristal que tenía los bordes como los labios que acababan de adivinar su futuro, y el paradero del amigo que no daba señales de vida desde hacía cuarenta y ocho horas.

II

LA MAZMORRA DEL CAUTIVO

12

Sonó el teléfono en el piso de las hermanas Corada.

Era medianoche. Fruela Corada se había adormecido en el salón y Mila estaba acostada, con la debilidad y el nerviosismo de la imprevista profusión menstrual que, al fin, había sobrevenido como una marea.

—Habla el que toca —dijo una voz neutra y lejana—. Atentos a la jugada, ni se inmuten ni se pongan caprichosos, esto tiene más peligro que un trapiés en la terraza. Hay que colgar y esperar tres minutos exactos.

Fruela no tuvo conciencia de lo que escuchaba y, sin embargo, el susto inmediatamente se vio sobrepasado por la ansiedad y el miedo. Mila acudió en seguida a la llamada de su hermana.

—Algo sucede, algo malo —dijo Fruela, sin quitar todavía la mano del teléfono colgado.

—¿Quién era...?

—No lo entendí, pero va a volver a llamar.

Las hermanas se abrazaron. Lloraban sin lágrimas, con la inquietud seca de quien no tiene otro ánimo que la más absoluta indefensión.

—Es el cojo, Dios mío —dijo Mila, como si en la indefensión tomara conciencia instantánea de la compañía de aquel hombre que la había abordado y abandonado con la pierna ortopédica y el ojo de cristal.

—¿Qué cojo...? —quiso saber Fruela— ¿de quién hablas?

Mila Corada sintió en el fluido del menstuo una reconvención y una advertencia, como si el cuerpo la amordazara con el flujo improbable y vengativo que, al fin, era como la verdadera señal de haberse dejado embaucar.

—Ven que te lo enseñe —dijo avergonzada, y hubo una lágrima entre la congoja y el suspiro, mientras cerró los ojos, convencida de que la sangre rebasaba la compresa, y sus piernas no podían hacer otra cosa que inmovilizarse abiertas y estiradas.

—¿Qué me vas a enseñar, de qué hablas? Por Dios, Mila, que algo malo pasa, a Cano le ha sucedido una desgracia.

Mila se puso de pie, dio dos pasos con el esfuerzo de una estatua que se mueve desorientada y, cuando llegaba a la puerta de su habitación, sin que Fruela, desconcertada, se hubiera decidido a seguirla, volvió a sonar el teléfono.

—Oído al parche —dijo la misma voz neutra y lejana—. El pichón está en la jaula. Alpiste y agua, poco más. Lo tenemos a buen recaudo, en cualquier caso. La jaula se abre, el pichón vuelve a casita, y el precio estipulado son trescientas mil del ala.

—Pero ¿quién es usted, qué pretende...? —inquirió Fruela sin poder contenerse.

—Aspavientos ninguno —dijo la voz, ahora igual de lejana pero menos neutra—. Otros tres minutos, y comenzamos a atenernos a las consecuencias. Aquí el mínimo traspié le cuesta la vida al artista.

Mila se quedó con el teléfono en la mano, luego colgó.

—Lo han cogido —dijo, incrédula y aterrada— quieren dinero.

—El cojo —volvió a repetir Mila, como si en su cabeza no fuera posible otro pensamiento, y en el recuerdo de aquel hombre que la abordó en la cafetería Composta la sonrisa demediada por el ojo de cristal adquiriese la arriesgada complicidad del engaño, sin que ella hubiese reaccionado de ningún modo consecuente—. El cojo, el tuerto, el manco.

Fruela Corada quiso encender un cigarrillo sin conseguirlo.

—Por Dios, Mila, por lo que más quieras, a Cano nos lo han robado, y lo van a matar. No sé lo que dijeron de un tiro al pichón.

Las hermanas Corada sintieron por un instante, con igual intensidad, ese hueco que agranda el vacío de los huérfanos y que suele resumirse con la inusitada tensión de que en el vacío está la vida entera, lo que nos legaron y lo que un día legaremos a quienes vengan después, o a la nada melancólica de quien se sabe sin descendencia.

Cuando ambas hicieron de nuevo el intento de sentarse juntas y abrazadas, volvió a sonar el teléfono.

—Tercera y última —dijo ahora la voz igual de neutra y lejana, pero más incisiva—. Habla el que toca y la jugada es la que es. Se quedan ustedes calladitas, sin decir ni pío. Tienen hasta mañana a las doce para hacerse con las trescientas mil del ala. A esa hora vuelve a sonar el teléfono con las instrucciones precisas. El pichón sale de la jaula y le curan el pico, que es lo único que por ahora tiene roto. ¿Nos enteramos de

la tostada o conviene que vayamos desplumando al pichón para que esté más sabroso a la cazuela...?

—Por favor, por lo que más quiera, no le hagan daño.

—Ustedes mismas.

—¿No podemos hablar con él...? —inquirió Mila, angustiada.

—Duerme como una marmota. Aquí el que se mueve se perjudica los cartílagos, no hay biberones. Todo puede hacerse sin pena ni gloria, o acabar como el rosario de la aurora. Ustedes mismas. El que toca ya no vuelve a hablar hasta las doce, las tarifas telefónicas están por las nubes y en el almacén de objetos perdidos del Ayuntamiento no aceptan fiambres. Si acaso tienen póliza de defunción, pueden ir avisando. Cualquier alerta pone en funcionamiento el servicio. Si no tienen póliza, un primo mío puede suscribísela, con el tanto por ciento de ganancia correspondiente a la urgencia. Mucho cuidadito con dar la alarma.

—Lo matan si no pagamos —dijo Fruela— y no podemos abrir la boca. Lo han cogido, lo tienen metido en una jaula. Pobre Cano, pobres de nosotras.

—Ven —indicó Mila, conteniendo los nervios—. Voy a enseñarte algo. Me parece que me han tomado el pelo, y es alguien que tiene algo que ver con esto. Alguien que me estuvo engañando.

Fruela entró en la habitación de Mila, estaba encendida la luz de la mesita. Vio cómo su hermana retiraba la colcha y las sábanas y descubrió en la parte de abajo un artefacto que tardó un momento en identificar.

—Es una pata —dijo, incrédula.

—Ortopédica.

—Dios mío, Mila, las que éramos más lanzadas usábamos como mucho un consolador, y aun así nos moríamos de vergüenza.

—Yo no estuve interna en las corolarias.

—Pero ese chisme es un asco, tíralo ahora mismo a la basura, además tienes la regla. A Cano lo matan, y nosotras tenemos la culpa, ese pobre desgraciado, tan bueno y tan inútil.

Mila alzó la almohada y recogió debajo de la misma el ojo de cristal que Fruela no quiso identificar cuando se lo mostró en la palma de la mano.

—Estás chiflada, no me cabe la menor duda, es algo igual de asqueroso. Como la bola que se metía Jovino cuando la prima Tera le decía que se diera la espalda si quería verla desnuda.

Mila se sentó en la cama, sollozaba.

—Es un hombre que me dijo que se llamaba Toño Viñales. Sabía algo de Cano, la dirección de alguien que organizaba timbas. Me llevó a un taller de reparación, pero no era de reparación sino de recambio. Yo no me acuerdo de que Jovino se metiera un ojo de cristal, me parece que lo que se metía era una bola de anís.

13

Las hermanas Corada se acostaron consternadas y deshechas, una al lado de la otra, sin atreverse a apagar la luz de la mesilla, con la vana idea de que el teléfono volvería a sonar y aquella voz neutra y desalmada se tornaría jocosa y burlona, reconociendo la gracia de la broma y el chiste malévolos.

—Es mentira —dijo Fruela, intentando evitar la desesperación—. Es una mofa de cualquiera de los amigotes de Cano, del mismo Cano y la cuadrilla que lo tiene embrujado.

Mila lloraba, las lágrimas le herían los párpados como cristales rotos. Se había cambiado la compresa y acababa de comprobar que estaba seca; el menstruo se le había cortado con el susto.

—No hay consuelo, Fruela —dijo, volviendo la cara sobre la almohada, donde los cristales se derretían—. A Cano no lo volvemos a ver. Acuérdate del portazo que dio la otra noche al marcharse. Dios nos castiga por no haber sabido comprenderlo como se merece, y cuidarlo en consecuencia.

—Tanta discusión, tanta llamada al orden —reconoció Fruela, con la voz dañada por la mala conciencia— para, al fin, perderlo de esta manera. Cano es débil, nunca fue un hombre capaz, siempre necesitó que le echaran una mano.

—Es que no lo puedo pensar siquiera —gimió Mila, con el presentimiento de un flujo reseco entre las piernas— porque jamás podremos perdonárnoslo. Cano nos quiere, nos adora, hizo de su vida una quimera para estar con nosotras, para no irse, para que de la forma más generosa estuviéramos acompañadas. Un hombre que no busca el rendimiento en otros brazos, creando su propio hogar, que es lo que le hubiera correspondido. El sacrificio que asumió cuando papá y mamá murieron, y vete a saber si ellos mismos no le sacaron la promesa de que de ninguna manera nos dejara solas.

Las hermanas Corada estaban quietas, una al lado de la otra, los ojos muy abiertos y los suspiros reconcentrados. En el silencio de la casa repercutía el sentimiento de la reconvención y el deber incumplido, una culpa disuelta en la amargura con que las huérfanas se echan en cara los afectos mal administrados y el oprobio que queda como un resto de ingratitud en el contrapeso de la incomprensión, cuando de un hermano se trata, el único hombre de la casa en la herencia de una familia tal vez no tan católica como romana.

—No sé —dijo Fruela, con mucho esfuerzo— lo que Cano habrá sacrificado en todos estos años. Los cuarenta y dos son demasiados para la soledad de un hombre. Nosotras tenemos más recursos, ya ves cómo Tera chupaba la bola de anís, sin que apenas le importara mancharse los morros con la anilina.

—A Tera quien le gustaba era Cano.

—Un chico tan listo y tan poca cosa. Dios mío, Mila, no hemos sabido ponerlo en su sitio, darle lo que se merecía por derecho propio. A fin de cuentas, nosotras hemos hecho lo que nos dio la gana, tú en la notaría, yo en el catastro, dos sueldos y las gratificaciones del sustento y el capricho. Siempre vivimos como quisimos, nunca nos faltó de nada.

Mila Corada contuvo el llanto. En el silencio de la casa había un eco de emociones resentidas y algo parecido al rastro con que el reo lleva la cadena por el pasillo, saciado de su condición de príncipe prisionero.

—Una cosa voy a decirte, y es algo que las dos sabemos, aunque no nos haya gustado hablar de ello más de la cuenta. Cano ha estado enamorado por lo menos media docena de veces. Nunca remató la faena, siempre se contuvo. Ellas volaban desanimadas, acuérdate de Nisi y de Candela. Un chico que siempre fue guapo, hasta con la tisis y el estreñimiento crónico. Y Tera, que se lo quiso llevar al huerto sin reparar siquiera en la escarlatina, por muy cochina que fuese, por mucho que le gustaran las bolas de anís.

—Vamos a perderlo, y lo que nosotras ganamos volando a nuestro gusto él lo padece en una jaula. No lo podremos reparar, y esta casa será la mazmorra que merecemos. Yo te juro que no vuelve a haber un hombre que me levante las faldas, antes me tiro por la ventana.

—¿Quién lo habrá hecho prisionero —inquirió Mila, con la voz ahogada de una actriz al final del último acto— qué maldad puede contraponerse a un ser enfermo y pusilánime, con qué saña le quitan los plumones al pichón...?

Fruela Corada se dio la vuelta en la cama, acercó la mano a la lamparilla, la apagó.

—Por Dios, Mila —dijo molesta y enfadada— ¿es que no tiraste ese trasto a la basura...?

—Es que no me puedo quitar de la cabeza al cojo —dijo Mila, recogiendo la pierna ortopédica que estaba entre las dos—. Ese hombre tiene algo que ver.

—Dios mío —se enfureció Fruela, buscando y encontrando bajo la almohada el ojo de cristal— y esta porquería...

—Yo no sé —dijo Mila Corada, cuyas lágrimas volvían a convertirse en cristales y la humedad a fluir entre las piernas— lo que un ojo así puede ver cuando nadie lo usa, tampoco si puede masticar una dentadura postiza que el dueño se quitó al acostarse. Iba muy sola por Oceda, entré en la cafetería Composta, me senté ante el ventanal, ese hombre cojo me invitó a un café con leche y, poco antes, tras el cristal morado del ventanal, vi al mendigo que me pide limosna en el sueño, pero no me la pidió, sacó la lengua, se puso a chupar el cristal y me dijo que le enseñara las tetas.

—No se te ocurriría hacerlo —dijo Fruela, imperativa.

—El cojo tenía una erección en la pata.

—Ahora tienes que decirme la verdad, Mila, ya somos mayores y estamos a punto de perder a nuestro hermano. ¿De las bolas de anís del culo de Jovino cuáles te gustaban más, porque a Tera estaba claro que eran las moradas...?

—A mí las rojas.

—A mí las amarillas. Sabor a limón y, además, las más grandes, y con las que Jovino se hacía más daño al meterlas. Si al menos Cano hubiera sido algo vicioso, la vida le hubiera dado ese gusto, ese sabor, esa satisfacción.

—Tampoco hagamos de él un santo —dijo Mila, poniendo la pierna a su lado, y dejando el ojo de cristal en la mesilla—. El juego le tiene sorbido el seso.

—El que juega tiene encasquillada la vida.

—Pero las purgaciones no las habrá pillado con los naipes.

—Está muy bajo de defensas.

Ninguna de las hermanas tuvo la sensación de haber dormido y, sin embargo, Mila se levantó con el presentimiento que había agobiado su sueño, hasta el punto de que la conmoción que la hizo levantarse de forma cuidadosa para que su hermana no se percatara se transformó en una suerte de ansiedad y clarividencia.

Mila se vistió. No estaba nerviosa, estaba descentrada, y la voluntad de sus movimientos tenía algo parecido al resorte radical de las decisiones que no se dominan, que se producen sin necesidad de pensarlas.

Miró a su hermana.

La vio de espaldas, respirando con menos inquietud que complacencia, como si al fin el abatimiento la hubiera rendido, con ese provecho que el cuerpo necesita para resarcirse del espíritu maltrecho. Estaba abrazada a lo que el marino reclama con mayor urgencia y necesidad en el trance del naufragio, el trozo del mástil que las olas mecen como el piadoso madero de los crucificados, y que estrechaba con la devoción de llegar a la playa.

Mila reconoció la pierna ortopédica, y supo que en los desordenados suspiros de la durmiente al abrazarla también se refrendaba su presentimiento.

—Lo único que necesito —se dijo Mila, aliviando los pasos como la paloma ciega que se movía por la cornisa con la inseguridad del funambulista al que la pértiga se le había ido de las manos, y que era uno de sus sueños más reincidentes, el que el doctor Marciano Boreal interpretaba como un indicio endogámico en la sumisión del subconsciente— es el ojo. El ojo que orienta, no la pata que sujeta. Debo tener altura de miras y no dar el brazo a torcer.

Salió de casa tan convencida como aturullada, y cuando bajaba las escaleras se acordó del doctor Marciano Boreal, el psicoanalista con el que había mantenido relaciones sexuales incompletas, precisamente dos meses antes de que se descubriera la falsedad de su título, cuando en la Oceda psíquica y endogámica salieron a flote, en algunas familias desbaratadas, los impulsos instintivos reprimidos por las conciencias, y el codicioso doctor no fue capaz de reprimir los suyos en el tratamiento excesivo y remunerado de sus pacientes.

—Qué razón tenía Boreal —confirmó Mila en el recuerdo—. Cómo se descompone una en ese estado inferior donde las percepciones son como moscas que no se quedan quietas. Ay, Dios mío, qué desgaste más grande en la herencia genética, qué contingencia que papá y mamá fueran primos hermanos, y que también lo fueran los abuelos paternos y maternos.

A Marciano Boreal lo habían detenido, tras las reiteradas denuncias de ejercer sin título, en una terapia ocupacional en la que las sucesivas pacientes llevaban a cabo una limpieza exhaustiva en el chalé donde, finalmente, se estableció, rodeado de lujos y mucamas.

En las rehabilitaciones psíquicas y somáticas se notaba acaso más de la cuenta un afán higiénico, un aseo purificador que exigía que todo brillara para que la mente pudiera reconocerse hasta en la propia pureza de los azulejos, sin que el doctor se contaminara con las excrecencias de los subconscientes que tanta grima le daban, ya que Marciano Boreal estaba lleno de manías, se lavaba continuamente las manos y usaba guantes de goma en los psicoanálisis.

Mila sabía que Marciano Boreal hubiera sido, ahora que caminaba decidida y sin reparar en los parches de la acera rota, el confidente que mejor la animara en su propósito, aquel hombre entregado a la causa que, en el límite de la inconsciencia de sus revelaciones, conseguidas algunas veces con la técnica de lo que él denominaba la inmersión hipnótica, siempre proponía lo mismo, con la voz acuosa y lánguida de un enfermero melancólico:

—Lo hacemos a medias sin que tú te quedes insatisfecha ni yo me lleve la peor parte.

En el presentimiento de Mila, avalado por el sueño, Cano estaba en una mazmorra, y en la línea de la voluntad y el pensamiento con que ella podía orientarse, mientras metía la mano en el bolso del chaquetón y acariciaba el ojo de cristal, sentía que no había ningún detrimento en las calles matinales de una Oceda que, bajo la primavera en ciernes, apenas respiraba con la indolencia de un animal adormilado.

—Tienes que sacarme de aquí, hermanita —escuchaba a Cano, que estaba tirado en el suelo, sobre unas pajas mugrientas—. Tú eres la única que sabes dónde estoy y quién tiene guardada la llave.

—Ni se te ocurra moverte —decía Mila, que había cruzado la avenida de la Convalidación, y se dirigía al barrio de Colme, donde las casas se arracimaban como si intentaran resguardarse de las piedras que podían desprenderse del trozo del lienzo de muralla que todavía quedaba en pie—. Ni llames al carcelero, ni te quejes, ni siquiera pidas agua aunque tengas mucha sed.

—Es que me muero de frío —decía Cano, y la voz del prisionero tenía el eco de la voz del niño al que no había modo de curar de la pulmonía—. Mira, hermanita, mira cómo me castañetean los dientes.

Sonaba un ruido de lajas deslizadas por la pendiente o el batir de las alas de una paloma, tal vez de la misma paloma ciega que iba por la cornisa con la inseguridad

del funambulista, y de la que Marciano Boreal decía, en su interpretación psicoanalítica del sueño, que muy bien podía tratarse de un indicio endogámico en la sumisión del subconsciente.

—En cualquier caso, sea lo que sea —remataba Marciano Boreal, con la caricia de parafina en los pies de Mila, a la que acababa de quitar los zapatos—, vamos a aliviar las contusiones hereditarias y a relajarnos un poco. Estas sesiones hay que administrarlas de modo y manera que el principio del placer prevalezca siempre sobre el padecimiento. Lo hipnótico no se compadece bien con lo hiperbólico, y hay que relajarse para obtener la correspondiente gratificación.

Mila volvió a pensar en el doctor y en ese momento, cuando doblaba la primera esquina de Colme y vio el bastión de lienzo de la muralla, tuvo la sensación de estar muy cerca de la mazmorra, y al cerrar atemorizada los ojos se percató de que la paloma acababa de caer de la cornisa y llegaba a las manos de Marciano Boreal, que no hizo otra cosa que retorcerle el cuello.

—No tardes, hermanita —apuraba la voz infantil de Cano, que en el eco de la lejanía parecía borrarse con un ruido de bronquios—. Estoy tan solito que me muero de pena y tribulación.

—No te canses hablando, no digas nada, que no te oiga el carcelero —solicitó Mila, apretando el paso, y sintiendo que por un momento la urgencia del rescate en vez de fortalecerla la debilitaba, de modo que dio un traspié y estuvo a punto de caer—. Llego en seguida, te recojo.

—Ven volando —suplicó todavía Cano, mientras Mila volvía a acariciar el ojo de cristal—. El carcelero me obliga a jugar al tute y siempre canta las cuarenta.

En el banco Torrado las gestiones de Fruela Corada no dieron los resultados apetecidos.

Las cuentas corrientes y los valores convertibles no estaban en condiciones para sufragar lo solicitado por la amenazante voz telefónica.

Hacía falta más tiempo para lograr el efectivo y el apoderado que la atendió, con el diligente empleado revisando las adecuadas operaciones, no acababa de comprender lo que Fruela tan imprevisiblemente planteaba. En seguida, según fueron compulsando datos, tampoco entendieron lo que se parecía a un limbo bancario en el que las hermanas hubieran vivido.

—Una urgencia —dijo ella, sin haber sabido explicarse con naturalidad, y hasta con la duda de no haber entrado en la sucursal bancaria correspondiente—, una necesidad que no admite otra demora, porque la vida tiene estas vicisitudes y el dinero sirve también para apagar un fuego.

—En cualquier caso, consultaremos con el director —decía el apoderado, que no conocía muy bien la solvencia de las hermanas y su arraigo familiar como clientas— y vemos la posibilidad de anticipar un crédito, aunque sea algo raro y permíteme la inferencia. Don Damián lleva unos días con la úlcera encabritada, y es más que posible que tengan que operarlo, pero el Torrado no se resiente, aunque haya habido que improvisar un apoderamiento, llamando a otra oficina. La verdad es que también el subdirector de la sucursal tiene paperas. Lo raro, y vuelvo a disculparme, es lo que en Caja notifican estos datos que nos están pasando y que no dejan de ser sorprendentes.

Fruela no acababa de entender. El empleado que iba y venía mostraba nuevos papeles, enumeraba lo que algunas cifras parecían contradecir, y una y otra vez se encogía de hombros.

—Llamen a don Damián, por lo que más quieran —solicitó Fruela, nerviosa—, no es un asunto para andarse por las ramas, es un dinero imprescindible, y lo necesito en efectivo y ahora mismo.

—Denos un poco de tiempo —pidió el apoderado, que había salido del despacho y volvía a él, con el gesto abrumado de quien poco a poco se ve superado por las circunstancias.

—Las cuentas corrientes están también a nombre de su hermano, además de su hermana Mila, y los valores en igual condición. Tienen el patrimonio financiero compartido, todos con igual solvencia y disponibilidad. Disculpe usted, es que los datos no son como pensamos.

—Así es desde que fallecieron mis padres —informó Fruela, muy circunspecta— y sin que ninguno de nosotros destaque ni se distinga, los tres con iguales miramientos. En mi familia siempre fuimos uña y carne. Mi hermano es el único que tiene algunos valores suyos, de una manda que le hizo su tío Adorno que, además de su tío, era su padrino. Y las cuentas, con el ingreso de los salarios, y las cartillas de ahorros, son de los tres, aunque mi hermano ande mal de salud y sin ningún espíritu emprendedor. Nunca pudo trabajar, el pobrecillo.

—Es que, y es lo que más me cuesta decirle, aunque no existe razón para que la entidad, que yo ahora represento, y que no se imagina usted lo que siento que no sea el propio don Damián quien asuma la información de la contabilidad, ateniéndonos a los datos y las operaciones, algunas muy recientes, las cuentas corrientes están a cero. Ni en la suya ni en la de su hermana Mila hay remanente. Las cuentas oscilan entre el cero pegote y el cero patatero, según se expresa con la socarronería bancaria, habitualmente aliada con la rechifla contable. Y esas mandas que dice usted que están a nombre de su hermano, por lo que ahora comprobamos, dejaron de existir hace tiempo. Se ve que hizo las operaciones pertinentes para cobrarlas.

Al apoderado y al empleado se había unido el cajero, un hombre de dimensiones descomunales, cuyos tirantes mostraban una enseña deportiva que reforzaba la petulancia del estómago. Para Fruela era un desconocido, lo que corroboraba la información del apoderado de que en la sucursal había habido en el último mes algunos traslados.

—No entiendo nada —dijo Fruela, y sintió que entre los tres hombres se estaba produciendo la misma actitud de asedio y complicidad que en alguno de los bailes de juventud en la Sociedad Recreativa, cuando el cerco de los más osados incrementaba la indefensión, y los que administraban la confianza se jactaban de un increíble afán vengativo rememorando algún antiguo menosprecio.

—Las cuentas son las cuentas —dijo el cajero, forzando uno de los tirantes y haciendo el mismo gesto de los menospreciadores de la Sociedad Recreativa.

—Se refiere —apostilló el apoderado, ahora menos melifluido y más tajante— a que uno de los impositores ha sacado el dinero, ha movido el activo.

—Tengo que hablar con don Damián —decidió Fruela, incorporándose— y espero noticias, pero ya les digo que es muy urgente, no acabo de enterarme muy bien de lo que me informan, llámenme a casa lo antes que puedan.

—Mire usted, señora —dijo entonces el apoderado, que había requerido al empleado y al cajero, menos comedidos en sus actitudes de lo que debieran, acaso sabedores de las impunidades y menoscabos de los cuentarrentistas más avisados o fulleros—, no se altere más de lo debido. Tiene por nuestra parte igual consideración que discreción y amparo. Su hermano ha podido padecer deudas insospechadas, necesidades perentorias. Las dos cuentas corrientes tenían un saldo muy alto y, por

eso, resulta más chocante lo del cero patatero, que es un modo informal y humorístico de decirlo, una jerga bancaria que no pretende ser hiriente.

—¿Ha sido Cano el que ha hecho tales operaciones...? —inquirió Fruela con esa consternación vergonzante de quien se cae del guindo.

—Franciscano Corada Molpe —aseveró el apoderado, mostrando uno de los papeles—, supongo que el Cano que usted refiere, prácticamente todo en este mes, aquí están las liquidaciones. Las cuentas y, por lo que ahora vamos viendo, unos dividendos y algunas transferencias, si es que ustedes tienen otros numerarios en otras entidades. No hay que alterarse, el patrimonio sostiene la contingencia, nadie desvalijó la tienda que, ya ve usted, es lo que le pasó a mi pobre padre cuando estaba a tres días de un embargo, dándose la circunstancia de que de una tienda al por mayor se trataba, teniendo él mentalidad de minorista. Don Damián pondrá las cosas en su sitio, cuando la úlcera le dé tregua.

Fruela dio dos pasos, y le costó darlos el mismo trabajo que le había costado alejarse de los asediadores que la acorralaban en la Sociedad Recreativa sin que nadie acudiera en su auxilio.

—De cualquier forma, necesito el dinero, el máximo de efectivo que se pueda, y lo necesito antes del mediodía. Un crédito, un anticipo, una emergencia...

La mañana de Oceda tenía el frescor de esa primavera en ciernes que para algunos de sus habitantes, tras el largo invierno, contagia cierta euforia, y Fruela Corada no iba a sustraerse a ese efecto estimulante, ya que nada más abandonar la sucursal bancaria, al asomar a la calle Portento y ver a un coche estrellarse contra una farola, sin que a nadie se le ocurriera ir en auxilio del accidentado, pensó que la mejor manera de sobreponerse a cualquier eventualidad o desgracia era no dejarse sobrepasar, ni siquiera evitar la farola, ir directamente a por ella aunque del accidente nadie te librara.

—A Cano lo embrujaron —dijo convencida, observando sin la mínima piedad el vapor que salía del motor del coche estrellado tras la cabriola del conductor, que acababa de abrir la puerta del vehículo y asomaba mostrando en las manos el volante como un trofeo—. Ni Mila ni yo hemos estado en nuestro sitio, a su lado, vigilantes. Es un chico que necesita que lo aten corto, pero con el amor y el respeto debido a su categoría. No hemos estado finas últimamente. Mila con la cabeza a pájaros, hecha una filfa desde que el psicoanalista le diagnosticó la endogamia, y yo muy subida de tono, pensando que cualquier hombre es un ave de corral, y haciendo tan vanos los pensamientos como los deseos. Y para mayor inri, despreocupadas de las finanzas, sólo ocupadas de la jornada laboral y doméstica, olvidando cuentas, valores y cartillas, y sin reparar siquiera en que ese pobre desgraciado pudo tener un apuro, alguna deuda insospechada, como acaba de decirme ese alfeñique de apoderado de quien, por cierto, nada puede extrañar que sea hijo de un embargado con mentalidad de minorista, y mucho menos viéndole la corbata torcida, el olor de la colonia barata y los botones mal abrochados de la petrina.

Caminó por Acosta, el bolso al hombro, la melena suelta, el cuerpo erguido con el que en Oceda algunas mujeres recorren solitarias la ciudad después de haber tenido una trifulca con los cónyuges y, en algunas ocasiones, haberlos abofeteado y echado a los hijos de casa, aunque luego el arrepentimiento resulte desproporcionado.

—Vamos a ver quién le puso la mano encima a Cano —dijo, muy complacida de caminar hablando sola, y reforzando con la respiración altiva lo que el frescor de la mañana proveía—. Vamos a ver con quién cree que se juega los cuartos el que secuestra y exige, como si en este mundo cualquiera pudiese atracar al que no se defiende o meter en un cuarto oscuro al más apocado. Este asunto se resuelve sin otro contratiempo que el de poner firmes a quienes se pasan de listos. No se arruga la que tiene que arreglar las averías familiares, la que asume lo que a una hermana mayor compete, teniendo como segundo a un hermano que no levanta cabeza y de tercera a

otra pobrecilla que sueña con un mendigo licencioso que además de la limosna le quiere lamer los pechos.

Fruela se detuvo para cruzar a General Lepanto, encaminada hacia casa, aunque sin haberlo decidido, como si en el paseo la voluntad reforzada le diese un vuelo de resolución y apremio, muy ajeno al que enturbiara el sueño en la noche inmediata, y en el inmediato despertar, mientras comprobaba que Mila se había ido, seguro que guiada por alguna de sus divagaciones, y ella mantenía la pierna ortopédica todavía sujeta entre las suyas.

—La escucho —dijo alguien a su lado, justo en el momento en que Fruela iba a cruzar la calle.

—No se haga el gracioso.

—Es que la vi salir de la sucursal del Torrado y me llamó la atención una mujer tan atractiva, que hace gestiones a primera hora de la mañana, sabiendo que en esta urbe nadie desayuna antes de las diez.

Era un hombre pequeño y pulcro, con una corbata floreada y un pañuelo del mismo color en el bolsillo alto de la chaqueta.

—La escucho —volvió a decir, encantado de que Fruela se hubiese detenido y lo mirase— quiero decir que la vengo escuchando, ya que usted habla sola y habla alto, y todo lo que oí me pareció interesante. Es usted una mujer de carácter, con el arrebatado femenino de quien mide bien las fuerzas, y las ordena y las repasa.

—Me parece que usted me toma el número cambiado —dijo Fruela, a quien el hombre le parecía ahora un enano que hubiese crecido un poco más de lo habitual, y comenzaba a sentirse molesta al ser abordada de ese modo y perder el hilo de sus pensamientos y palabras, la euforia de su ensimismamiento.

—No se equivoque conmigo, por Dios se lo pido —dijo él—. Respeto y admiración, ninguna otra cosa además, eso sí, de la impresión por su carácter y belleza, el cuajo y el primor.

El rostro del hombre lo colmaba una sonrisa a la que Fruela no pudo resistirse y, al instante, el enano volvió a tener el tamaño natural de alguien tan bajo como bien proporcionado, que hacía lo más parecido que pudiera sugerir una reverencia o el gesto de atención con que un presentador inicia un espectáculo.

—Se viene conmigo, me cuenta sus cuitas, hacemos tabla rasa de las más graves y ponemos en su sitio lo que deba aprovisionarse. Tengo muy buen oído, la escuché,

vine detrás tan interesado como embelesado. Yo tengo la solución de sus detrimentos y emociones.

La sonrisa se contagió al rostro de Fruela; era imposible no repetir la huella de aquella especie de alegría contaminadora, y del efecto electrizante que sugería un halo afectuoso y reduplicaba la euforia matinal de una ciudad en la que nadie desayunaba antes de la diez.

El hombre hizo un disimulado esfuerzo para alcanzar el brazo de Fruela y cogerse a él con la decisión de quien se sabe dueño de sus prerrogativas, y Fruela sintió el arrimo condescendiente, algo muy lejano al desafecto de quienes la acorralaban y avasallaban en la juventud de la Sociedad Recreativa, cuando ni siquiera ella, la más bizarra y avisada, había logrado quitarse de encima a alguno de los más persistentes moscones.

—Voy a presentarle a quien del modo más elegante y venial desearía, entre otras cosas, llevarla al huerto —dijo el hombre, cuya corbata y pañuelo, perfectamente conjugados, emitían, o al menos eso creyó percibir Fruela, un mismo destello, que también se ajustaba a lo que mostraban los dientes al alargar la sonrisa.

Cruzaron General Lepanto, dieron unos pasos por la acera de la avenida Cifuentes, y el hombre se detuvo ante los escaparates de Confecciones Cameral, donde las novedades primaverales se ordenaban con un gusto de colores e intimidades, como si todas las prendas contribuyesen a la misma sugestión del maniquí que las escoltaba, entre la desnudez y el recato.

—Octavio Gamilla —indicó el hombre, con la mano señalando la luna del escaparate — para servirla a usted, y tener, si es posible, el honor de compartirla.

Fruela Corada movió la cabeza con la sensación de que el movimiento era fruto de una llamada, de un gesto de atención que alguien le hacía a sus espaldas, pero el hombre estaba a su lado, todavía más complacido y risueño, y era él quien incitaba su atención, no había nadie más.

—La elegancia no es otra cosa que la invitación al espectáculo, el chaqué, las solapas que brillan. Es Octavio, ya lo ve usted, el propio Octavio Gamilla, que ahora se pone a sus pies. Ilusionismo, malabares, jerigonza, ensoñaciones y prestidigitación. Todo en el mismo espectáculo y sin que el escenario tenga que cambiar de decorado. Es el ojo del espectador quien domina la tramoya.

Había un cartel no muy grande pegado al escaparate. Era el anuncio de una función en el Teatro Versal. El hombre miraba al frente con el chaqué, que rebosaba su cuerpecillo, y una chistera en la mano derecha en el cartel.

—Soy el galán único de una gala postinera, no lo dude —dijo el hombre—, y ahora me va a acompañar a la pensión Tridente, aquí cerquita, y quiero seguir escuchándole lo que tanto debe y añora al hermano que tanta suerte tiene por tenerla de hermana, con la promesa de hacer por usted lo que probablemente no han sabido en la sucursal del Torrado.

—No sabría agradecerérselo —dijo Fruela, ahora embargada por lo que escuchaba al hombre.

—Entidades bancarias, riesgos y desatenciones, ésa es la máxima. Hay un momento en la función en que reclamo del auditorio el dinero que nos deben los financieros capitalistas. Esos seres sin moral ni esperma, que cultivan las úlceras a manos llenas pero guardan bajo el colchón lo que puede salvar una vida: del rescate, la hernia estrangulada, un corte de digestión, una peritonitis o el síncope y la dolencia renal, que tanto cuidamos quienes sufrimos los cólicos. Entidades sin otro mérito que la orden de pago y el desahucio.

—Cuánto sabe usted, y qué razón tiene —afirmó Fruela, que sentía la seguridad del hombre cogido a su brazo.

—Vamos a la Tridente, querida amiga. El dinero no tiene dificultad para el prestidigitador, lo difícil en la vida son los sentimientos y las quimeras, el lado noble de la condición humana. ¿Usted me considera un hombre muy bajo o la altura le resulta soportable en la media de los que lleva conocidos...?

—Es un encanto —dijo Fruela riéndose—. Siempre consideré la media de los hombres en su altura de miras. El ilusionismo es la aplicación más bonita de la fantasía y el delirio, y la pena es que voy muy poco al teatro.

—Versal, sesión de noche. Mi mayor truco es hacerme desaparecer a mí mismo, cuando el escenario arde en luminarias y, tras un apagón, comprobar que estoy subido en la lámpara del techo, entre las lágrimas de cristal y los colgantes de pedrería. Octavio Gamilla en las nubes de Ícaro y Talía.

Mila Corada no descubrió la mazmorra, desde donde Cano la llamaba. Había dado un traspie y a punto de perder el equilibrio tuvo la sensación de que se le iba la cabeza y, como en algunas de las sesiones con el doctor Marciano Boreal, el desvanecimiento hipnótico acarrearaba la angustia de verse abandonada sobre un diván que semejaba un barco a la deriva.

Sin llegar al barrio de Colme, ni siquiera acercarse al bastión del lienzo de la muralla, tomó conciencia de que en la mazmorra mental desde donde Cano lanzaba sus quejas no había otra realidad que la del cuerpo de la paloma degollada, y un vacío de ausencia y desamparo, que se compaginaba muy bien con el pesar de haberlo perdido, de saber que ni ella ni Fruela habían hecho, en ningún momento, todo lo que debían para que Cano fuese quien merecía ser.

Regresaba a la avenida de la Convalidación cuando pensó que su hermana estaría preocupada, ya que no le había dicho nada al irse, y al acordarse de la llamada telefónica que requería el dinero vio a un hombre que caminaba escorado y apretó en la mano el ojo de cristal que, en ese momento, le produjo especial aversión.

—Tenéis que sacarme de aquí —exigió Cano, cuya voz no retumbaba en la mazmorra, sino en la lejanía del barco que llevaba a Mila en la angustia del diván, mientras el falso doctor encendía un pitillo y contemplaba absorto las medias nacaradas de la paciente, el filo de la carne rosada en el borde de las bragas, la lencería que incrementaba el deseo en el afán de la falsificación y de los apetitos desordenados, que habían logrado que Marciano Boreal se creyese su propia mentira profesional y que a ninguna de sus clientas le cupiese la menor duda—. Apenas respiro, y con el esfuerzo de escaparme está a punto de salirse la hernia. Corre, hermanita, que se me sale.

El hombre que caminaba escorado llevaba una gabardina y un sombrero de cazador, y cuando Mila aceleró el paso, convencida de que se trataba de Toño Viñales, y lo llamó cuando ya estaba muy cerca de él, el hombre se detuvo, aguardó un momento y se dio la vuelta.

Lo que Mila Corada pudo corroborar en un instante fue lo mismo que en algunos de los traumas adolescentes, cuando el trauma se filtraba en la imaginación o el sueño, y se fortalecía con la deriva del suceso que lo había provocado. El mismo choque emocional, la impresión de lo que rompía un orden razonable de sus emociones y pensamientos adolescentes.

El hombre llevaba unas gafas negras, y bajo el sombrero su rostro resultaba lo suficientemente impreciso para que Mila pudiera dudar de si era Toño Viñales. Se quedó quieto, y ella tuvo la intención de sacar la mano del bolso donde apretaba el ojo de cristal, para abrir la palma y mostrárselo.

La acción del hombre fue rápida e imprevista.

Con ambas manos abrió la gabardina y la sostuvo así, abierta y tirante, mientras mostraba el desnudo peludo y amarillento que cegó los ojos de Mila, como si en lo más aventurado de la impresión y el choque visual no pudiera resignarse a adivinar lo que la verga enhiesta del hombre llegara a parecerse al mástil del barco en el diván del falso psicoanalista.

—Eres Toño —dijo Mila, con un convencimiento radical y malévolos, sin dejarse amedrentar—. Esa pierna ortopédica es la que repusiste, se nota que está recién estrenada. Y si te quitas las gafas te veo el ojo que cambiaste por éste —señaló, al tiempo que se lo mostraba en la palma.

El hombre tenía la pierna derecha ortopédica, y cuando escuchó lo que Mila le achacaba, cerró la gabardina y ella pudo percibir cómo la verga se aflojaba y el mástil se abatía sobre el barco del diván, mientras el doctor apagaba el pitillo y Mila despertaba del sueño hipnótico con menos angustia y unas ganas desmedidas de poder satisfacer los deseos del doctor.

—No me hago a esta pierna —dijo el hombre, cohibido y pesaroso—, es verdad que es nueva pero no de reposición. Estoy intervenido desde hace año y medio pero la ortopedia me la acaban de proporcionar. No me hago a ella y, ya ve usted, lo fácilmente que volví a caer en el vicio. Le pido disculpas, yo no soy en ningún caso el sátiro de la colina.

—¿Y el ojo, va a ser usted capaz de quitarse las gafas y el sombrero para que pueda cerciorarme...?

—Si yo le contara —dijo el hombre, procediendo a quitarse el sombrero, para mostrar una calva todavía más amarillenta que el resto de su desnudo cuerpo— lo que en la media de las mutilaciones de Oceda y comarca suponen las extremidades se quedaría pasmada.

—No quiero que me lo cuente, lo que quiero es que cambie el ojo nuevo por éste de repuesto.

—Lo haré, señorita, no se enoje —dijo el hombre, quitándose las gafas, y procediendo a sacar el ojo de cristal de la cavidad izquierda, con un gesto de recato—. Los ojos tienen la media mucho más baja, a Dios gracias. La verdad es que a la hora de resignarse resulta más conveniente el cojo que el tuerto. Puede andarse medio

mundo y hacerse una idea de la totalidad del mismo, pero ver sólo la mitad es menos satisfactorio, apenas se vislumbra una parte del todo.

—¿A Viñales lo conoce, no me diga que no...? —inquirió Mila, guardando el ojo nuevo en el bolso.

—Viñales no es Viñales y tampoco trigo limpio, y lo que yo le aconsejaría a usted, si tiene tratos con él, es que recele todo lo que pueda, anda en muy malas compañías, y lo usan para los asuntos menos decorosos. Los mutilados estamos, en general, a merced de las inclemencias, ya me ve a mí mismo, enseñando la minga como única delectación. Yo en un coito no puedo pensar, la erección está en el límite de mis posibilidades, exhibicionismo y vergüenza ajena, ya ve qué pena.

El hombre reponía el ojo que le dio Mila y volvía a ponerse las gafas y el sombrero.

—Me estafó, me tuvo engañada. Repuso la pierna y el ojo y tuve que encargarme de la factura.

—El ojo no sé —dijo el hombre, dubitativo— pero la pierna puede que tenga algún cometido. ¿Qué hizo usted con la recambiada, con la que tenía...?

La verga del hombre era un gusano que asomaba indeciso a la puerta de la cueva, por la apertura disimulada de la gabardina, como si sintiese curiosidad por lo que su dueño estaba diciendo.

—No le entiendo —dijo Mila, que vio al gusano e hizo un gesto de grima.

—No la tire a la basura —aconsejó el hombre— y aguarde si es que alguien tiene todavía algo que decir, una llamada, una orden, lo que convenga para que las cosas se resuelvan sin daño y con discreción.

El hombre cobijó avergonzado al gusano, arrojándose en la gabardina y alzó los hombros disculpándose.

—No sabe usted lo que lo siento —dijo—. No puede imaginarse lo que me duele que me haya confundido con Toño, y que haya tenido que recordar usted viejos traumas adolescentes. Lo que le enseñé es lo único que me queda.

Camino de casa, la cabeza de Mila Corada comenzó a dar vueltas y el desasosiego la hizo temblar, con la sensación además de que el flujo menstrual regresaba con la incisión en el vientre que muchas veces se concretaba en un dolor intenso.

La voz de Cano había cesado, pero ella parecía esforzarse para que repercutiera su llamada, como si en el lamento y en la solicitud de auxilio encontrase cierta expiación, todo lo que a Cano le debían y no le habían concedido, o esa falta de sintonía para apreciar sus necesidades, lo que un hombre hecho y derecho debe de solventar con el aprecio y la admiración de quienes tienen la suerte de estar a su lado.

Iba por la calle Reincidencia y al pasar ante la iglesia de Nuestra Señora del Balto aspiró el incienso que se compaginaba con el rezo y un toque de campanilla que la hizo reaccionar, detenerse un momento, llevar la mano a la frente intentando que la cabeza se centrara, y subir los peldaños para entrar en la iglesia, cuando la campanilla volvía a batir en la oquedad del templo y el aroma del incienso se esparcía con mayor acritud.

Una muchacha se apartaba del más cercano confesionario, con esa devota contrición de quien acaba de ver perdonados sus pecados, y Mila tuvo el impulso de sustituirla, arrodillarse, acercar el rostro a la celosía y hacer el esfuerzo penitencial de un recuento de todo lo que bullía en su mente, y que acaso no fuera otra cosa que el ruido de la mala conciencia, la administración desastrosa de tantos actos y pensamientos que minaban su espíritu y ensombrecían lo que restara de su alma.

—Dime, hija mía —incitó la voz, que parecía surgir no de la boca del confesor sino de la oreja que se posaba al otro lado de la rejilla.

—No sé quién es usted, ni por qué me llama hija —musitó Mila a la defensiva.

—¿Vienes a confesar o sólo quieres hacerle coscas en la coronilla al padre Marcelino Pisuerga, que a estas horas ya está hasta el gorro de caprichos y absoluciones...?

—Vengo a que me diga si una hermana debe o no debe besar por donde pisa su hermano.

—Las tormentas familiares no son de mi incumbencia. Los ministros de Dios aplicamos el sacramento. ¿Por qué no le dices a tu hermano que se comporte, y deje de tomarte el pelo...?

—Está prisionero.

—Habitualmente los pájaros enjaulados tienen querencia por la jaula. ¿Es de los que pían o de los que piafan y levantan las patas en vez de las alas...?

—Es bueno y vive con nosotras, siempre estuvo enfermo y nunca valió para nada.

—Me huelo el pastel —dijo la voz, que en la oreja sonaba con abierta sorna—. Ni pía ni relincha, un pájaro de cuenta. En vez de besar por donde pisa, mejor será darle un pañuelo para que se limpie los mocos.

—Ahora no parece acatarrado.

—Mira, hija mía, si a lo que vienes es a consolarte y a pasar el rato, conmigo das en hueso. El padre Madero, que confiesa ahí al lado, es más comprensivo y tiene la manga más ancha. Algunos pecados nefandos los ventila con un padrenuestro.

—Lo contagiaron y mancha las sábanas —gritó Mila—. Tiene dolores en la micción y le da vergüenza ir al urólogo. Las purgaciones lo traen a mal traer.

—Bandido.

—No sé si usted se hace cargo. Yo no confieso ni comulgo desde que tuve relaciones sexuales incompletas con un psicoanalista, pero moralmente necesito que me echen una mano. Si usted no se hace cargo, soy capaz de denunciarlo al obispado o de tirarle el quiosco.

—Desaparezca de mi vista —tronó la voz, tan imperativa como enfadada—. Marcelino Pisuerga no admite soflamas, ni amenazas, ni coscas en la coronilla. No hay absolución para quien no desea despachar las culpas, y ojalá el dichoso pájaro se haga viejo en la jaula. O se va con viento fresco o la saco con el hisopo.

Mila dudó en incorporarse, las rodillas le pesaban y el eco de la campanilla taladraba su cabeza.

—Grosero —musitó, sin mucha idea de a quién se dirigía.

—Arre, arre, vaya usted a que le dé el aire y se le quiten esas ínfulas paganas, yo estoy indefenso metido en este mueble pero no me amilanan quienes perdieron la fe. Soy un ministro del Señor con los papeles en regla.

Mila se incorporó, apoyando las manos en el confesionario, y comenzó a empujar con una fuerza desatada intentando derribarlo, como si el revoltijo de la cabeza concentrara una creciente virulencia que la iba enardeciendo.

—Grosero —volvió a decir, ahora con un grito de rabia que incrementó su energía.

El confesionario comenzó a ceder, moviéndose con menos peso del previsible y, cuando el padre Marcelino Pisuerga accionaba la portezuela para salir, el mueble se volcó hacia un lado y hubo un estruendo de tablas desajustadas y una polvareda de astillas.

En el altar mayor de Nuestra Señora del Balto celebraba la misa un sacerdote ajeno a la gresca penitencial, que en el momento del estrépito procedía a la elevación de la

sagrada forma, mientras el monaguillo volvía a batir la campanilla y los esparcidos fieles acentuaban el recato de su devoción, alterados de pronto por el ruido del derrumbe.

El sacerdote sintió el temblor en las manos, la sagrada forma estuvo a punto de caérsele, y se volvió en el altar, asustado por lo que estaba sucediendo, advertido y temeroso de un incomprensible accidente.

Mila Corada salió de la iglesia dando tumbos, como si las piernas no le respondieran después del esfuerzo.

Algunos fieles comenzaban a reaccionar, y se decidían a echarle una mano al confesor, que estaba inconsciente bajo las tablas, con el pelo revuelto y un hilillo de sangre en la coronilla, donde en seguida se detectó la gravedad del asunto, ya que precisamente en ella había un clavo, justo en el centro de la tonsura.

De nuevo caminaba hacia casa, el rumbo no del todo orientado y la voz de Cano con un hilo residual que enredaba las meninges, mientras el flujo menstrual incidía en el dolor del bajo vientre y Mila no lograba apaciguar el sofoco, las manos temblorosas tras el esfuerzo de derribar el confesionario y remachar el clavo en la coronilla del padre Pisuerga.

—Secuestrado y a pan y agua —sollozaba Cano en la lejanía de un pensamiento averiado, que la cabeza de Mila sostenía con el eco de una lamentación que la hacía estremecerse—. En una cueva angosta, en una habitación sin muebles, en una celda, en un armario que cerraron con llave.

Llegó a la calle Menta y, al acercarse a los soportales del Cerrado, sintió que los pies se le iban y que el desvanecimiento nublaba la mente, como si un pensamiento difuso se oscureciera en la confusión total, mientras la paloma degollada volvía a batir las alas y Marciano Boreal le bajaba las bragas cuando el barco del diván psicoanalítico naufragaba en alta mar.

—Voy a ayudarla, no se inquiete —dijo alguien a su lado, y Mila se sintió sostenida sin llegar siquiera a cerrar los ojos, como si todavía le fuera posible agarrarse al mástil de la embarcación, sin que Marciano Boreal hubiera logrado bajarle las bragas del todo—. Venga conmigo, vamos a sentarnos en la Composta, unas hierbas la reanimarán.

Había pocos clientes en la cafetería Composta y Mila estuvo segura de que la muchacha que la ayudaba la llevaba a la misma mesa en que Toño Viñales la había abordado, y en seguida reaccionó recobrando la conciencia, inquieta porque en la

mesa permanecieran la pierna ortopédica y el ojo de cristal que rebuscó en el bolso con la ansiedad de quien quiere encontrar lo que piensa haber perdido.

La muchacha tenía el rostro dulce y familiar de quien busca la comprensión en un gesto bondadoso, aunque no logra orillar la tristeza de lo que suele tener su origen en la orfandad o en la mera desgracia.

Mila la observó, todavía con la incertidumbre de haber regresado del desmayo, mientras ella le acercaba la taza con la infusión y le encarecía que la tomase, indecisa de dejar su mano al lado mismo de la de Mila.

—¿A quién te pareces...? —dijo entonces Mila, cuyos ojos detallaban la revelación de lo más inesperado, como si en el eco de la voz de Cano unos rasgos juveniles se acomodaran al recuerdo preciso de aquella misma edad, lo que el rostro de Cano conformaba en el rostro de la muchacha, la barbilla saliente, los ojos del mismo color, igual nariz.

—Me llamo Vedi, y llevo unos días queriendo hablar con usted, porque me pareció más fácil que hacerlo con su hermana —dijo la muchacha, que bajaba la cabeza y vertía el azúcar en su taza sin atreverse a revolverlo.

Mila repasaba los rasgos de la muchacha conteniendo con dificultad la alerta de una emoción, que emergía tan lenta como incontrolada.

—No sé lo que quieres —musitó Mila, sin mucho convencimiento, como si las palabras brotaran sin otra decisión que la de su desconcierto.

La muchacha alzó el rostro, justo cuando Mila encontró el ojo de cristal en el bolso y lo apretó con la necesidad de agarrarse a algo, sabiendo que al hacerlo recobraría la fuerza suficiente para escuchar lo que la muchacha quisiera decirle.

—Me confesaba en Nuestra Señora del Balto —dijo la muchacha— y no tenía otra penitencia que la propia de cuatro pecados veniales. Mi madre me preparó ella misma para la primera comunión y la confirmación. Estudio el bachillerato en las Tolontinas de Ordial, cuarto curso. Ella es quien me dijo que viniera para presentarme a ustedes, está enferma, y por eso le digo que me pareció mejor hablar con usted que con su hermana, ya que es la más pequeña.

—No te entiendo —dijo Mila, cerrando los ojos y llevando la mano a la frente, como si el gesto pudiera aliviar el desconcierto con que escuchaba.

—Soy su sobrina, soy la hija de Cano. Hemos vivido siempre en Ordial, donde mi madre me tuvo.

—¿Mi sobrina, la hija de Cano...? —inquirió Mila con la taza a punto de derramarse.

—Ellos no se casaron, pero mi padre me tiene reconocida. Hace tiempo que no sabemos nada de él y mi madre está enferma. Mi padre no da la cara desde hace meses.

Mila Corada se incorporó. La confusión la hizo trastabillar. Dio unos pasos. La muchacha estaba a sus espaldas.

—Cano tenía engañadas a sus hermanas —dijo, considerando el reconocimiento de algo increíble—. Cano tenía otra familia. Una mujer, una hija. ¿Y dices que te llamas Vedi...? —preguntó, volviéndose a la muchacha.

—Evedia Corada.

—Igual que la abuela materna —reconoció Mila alterada—. La abuela que peinaba a Cano con la raya al medio y a nosotras nos hacía las trenzas. La abuela Evedia que se mató al pisar al gato y caerse por las escaleras, porque en su casa siempre la tarima estaba tan encerada que era fácil resbalar, y hasta Cano de niño se rompió allí las muelas.

—Ese accidente ya lo sabía —dijo la muchacha animada—. El gato se llamaba *Calito*, y era más peligroso porque todavía no lo habían capado.

—A Cano es al que deberíamos haberlo capado —dijo Mila colérica— y con un serrucho. Ahora está secuestrado, lo tienen secuestrado, pero no vamos a ser nosotras las que paguemos el rescate. Puede llorar lo que quiera y llamarnos a voces, ya le puedes decir a tu madre que venga a sacarlo de la mazmorra.

—Mi madre está internada en el hospital de Cruces de Ordial. Ella quería que yo hablara con ustedes, que las pusiera al corriente para que convencieran a Cano del matrimonio, aunque tuviera que celebrarse *in articulo mortis*, si es que no hay otro modo de arreglarlo. Está muy mala, y lo único que desea es quedarse tranquila y satisfecha.

—No tiene hermanas, entérate bien —afirmó Mila, dando un manotazo a la taza en la mesa—. Ni familia, ni bienes ni vergüenza ni decoro. Será tu padre, pero yo no lo conozco.

De la pensión Tridente salió Fruela Corada con la euforia de la mañana de Oceda, y un conocimiento exhaustivo de las artes de la prestidigitación, los juegos de manos y los arrumacos y embelesos de un hombre, bajo pero tieso, que dominaba las tablas como ninguno otro de los que hubiera conocido.

—Eso no te lo puedo aceptar —había dicho Fruela, cuando el hombre, subido en el armario de la habitación de la Tridente, dispuesto a saltar una vez más, le mostraba el sobre que contenía exactamente la cantidad requerida para la liberación de Cano.

—Es dinero ilusorio —informó Octavio Gamilla— y es lo que proporcionalmente corresponde al rescate que tengo pensado abonarte por este secuestro al que te sometí, no me lo niegues. Si en la sucursal del Torrado te fallan, justamente con los réditos impositivos, yo no puedo caer tan bajo, dónde quedaría esa altura de miras que tanto valoras.

El hombre saltó por última vez, y lo que el placer de Fruela contabilizaba en el ardor circense de un ilusionismo extraordinario, se vio rebajado en aquella última demostración por la falta de cálculo del artista que, en vez de en el lecho, que casi ocupaba toda la alcoba, fue a caer muy cerca de la jofaina, derramando la palangana y el orinal.

Acudieron algunos huéspedes de la Tridente, ya alertados por el estrépito de los otros saltos y del rechinamiento del somier, y fue el propio Octavio, que en ningún momento, por arriesgado que resultase, llegaba a perder la compostura, quien les dio las pertinentes explicaciones, solicitando comprensión y discreción para quienes practicaban un malabarismo de altura, ejercicios de entrenamiento y coyunda o contursionismo conyugal y gimnástico, según la fuente de inspiración.

—Somos pareja de hecho —remachó Octavio, para evitar suspicacias mayores entre los huéspedes alertados— y tenemos en regla los papeles, hasta el punto de pensarnos muy en serio una sociedad de gananciales. Ustedes saben de sobra que los artistas del alambre viven en vilo. Todos están invitados al debut de esta noche en el Teatro Versal.

—No sé cómo he podido aceptar el dinero —se dijo Fruela, apretando el bolso donde llevaba el sobre, y retomando los pasos decididos que aliviaban la respiración contusa de la alcoba de la Tridente en la mañana de Oceda—, me parece que la generosidad de Octavio no se corresponde con mi egoísmo. Salvar a Cano, sacarlo de la cueva donde lo retienen, es lo único que me importa.

Recordó a Octavio Gamilla tirado en el suelo, reducido de tamaño y condición, tras el último y más arriesgado salto desde el armario, con la palangana derramada y el orinal volcado, conteniendo el dolor con suspiros amorosos, contuso y echado a perder, como si su voluntad amorosa y deportiva le hubiese jugado una mala pasada.

—Ven al Versal esta noche —solicitó final y fatalmente—. No me dejes colgado de la lámpara, en manos de Ícaro y Talía. Quiero seguir escuchándote, quiero ir detrás de ti toda la vida con la oreja puesta, como hice cuando te vi salir del Torrado.

Cruzó la plaza del Atrio y en la primera esquina vio que la farmacia de Vilo Cuevas estaba cerrada, lo que resultaba extraño a aquella hora.

Vilo se había comprometido a hacer alguna descubierta por los establecimientos de la Cárcava, donde una vez había logrado sacar maltrecho a Cano, con el propio Vilo tan atemorizado como contusionado, y por el Borneo y el barrio de la Cerilla, donde una ciudad tradicionalmente apacible como Oceda permite que el riesgo tenga una solvencia urbana que apenas interesa a la autoridad competente.

Vilo Cuevas venía por la calle Epiduro, y no hacía falta estar avisado para percatarse de que venía en muy malas condiciones: cojeando aparatosamente, con el brazo derecho en cabestrillo y lo que más pudiera parecerse a unos puntos de sutura en la ceja izquierda, visiblemente abultada, además del ojo derecho semicerrado, abatido por la orla de un puñetazo que en él hizo diana.

Vilo no reparó en Fruela que, por un instante, dudó en abordarlo o irse sin que se percatara, convencida de que aquel desaguisado era fruto de la encomienda de buscar a Cano, y recordando lo que el antiguo novio asumía con la docilidad de un cordero degollado, cuando ella le proponía las pruebas más caprichosas.

En el noviazgo de Vilo y Fruela había episodios que cualquier mortal podría considerar como auténticas vejaciones, ya que la novia tenía arranques extravagantes, tiranías y ocurrencias que el novio aceptaba con la consideración de su fatuo enamoramiento, aunque a veces el látigo de Fruela dejara cicatrices.

A raíz del episodio final en del cine Dorado, cuando Vilo perdió los estribos en la fila de los mancos y en la poco concurrida sesión de noche, Fruela hizo una suerte de repaso de los débitos contraídos por él, como si pudiera achacarle lo que tantas veces ella tramaba, y en el asentimiento y la sumisión de Vilo quedase patente su culpa y falta de respeto.

—Un asalto en toda regla —resumía Fruela el suceso del cine Dorado, que en tantas ocasiones ella misma hubiera promovido y parodiado, a veces entre los cacharros y las sustancias de las fórmulas magistrales, en la rebotica donde el farmacéutico tomaba la quinina y el bromuro que ella veleidosamente le administraba—. Un ser

convertido en una bestia humana, que saltó de la butaca, tras los más ulcerosos tocamientos, dispuesto a montarme. Guardas la castidad y el respeto en el costoso noviazgo y, a la primera de cambio, en quien más confías se te tira al cuello.

Vilo Cuevas abría la puerta de la farmacia con muchas dificultades, y Fruela le cogió la llave y procedió a hacerlo como tantas veces lo había hecho, en aquel negocio que por unos años pudo compartir, hasta el punto de que ella le propuso en una ocasión añadir al letrero de licenciado el de licenciada, o el de licenciados conjuntando los apellidos de ambos.

—Es un capricho para darme pote —decía ella, cuando en la rebotica jugaban al caballito, y arreaba a Vilo que guardaba en los bolsos de la bata blanca lo que cualquier jamelgo cargara en las alforjas—. Un antojo, una elucubración, como si la licenciatura fuese el trofeo de este amor paradigmático. Anda, asnillo, dame coba que, cuando nos casemos, ya te saciaré en la piltra y el pesebre.

—Menos mal que viniste —dijo Vilo, entrando en la farmacia, y esperando a que Fruela lo hiciera—. No he podido llamarte ni ir a verte. A Batista lo tengo en la Casa de Socorro con la femoral magullada, dos desgarros en las orejas, de las que le arrancaron los pendientes, y un ojo a la virulé, bastante peor que el mío. Además, ya te imaginas lo que en el Borneo y en la Cerilla puede toparse el que no se aviene al riesgo de los hechos consumados, quisieron sodomizarlo. Ése es el resultado del encargo de buscar a Cano, Fruela, así nos lució el pelo.

Fruela Corada oyó la campanilla de la puerta de la farmacia como la señal que alertaba con mayor insistencia sobre el peligro que corría Cano.

Vilo Cuevas la precedió y caminó penosamente hacia la rebotica, donde al fin logró sentarse en uno de los sillones, estirar la pierna herida y posarla sobre el taburete más próximo.

—A Cano van a matarlo —dijo Vilo, con una mueca de resignado dramatismo—. En la Cerilla, en un garito de la calle Raspas, hubo una timba en la que algunos contendientes resultaron heridos. No eran jugadores, eran sicarios y contrabandistas de ese tenor. Cano estuvo con ellos, fumando hierba podrida y bebiendo alcohol de quemar. Batista averiguó que lo pillaron con las cartas marcadas, la amenaza no deja lugar a dudas, el que quería sodomizarlo le dijo que a Cano iban a córtale primero una oreja, luego la otra y más tarde la minga y los dedos gordos de los pies. Lo matan, Fruela, os quedáis como dos viudas, aunque Cano no sea el esposo, pero Batista siempre sostuvo que entre vosotras y él existía una relación incestuosa, por mucho que fuera platónica. Esos delincuentes con los que Cano juega a las cartas,

cosa que no se entiende, a no ser que el vicio le haya hecho perder definitivamente la cabeza, forman parte de lo que en la Cerilla y el Borneo llaman la mafia del cloroformo. Usan el carbono y el hidrógeno con la misma destreza y aspaviento que los pesticidas. No sé si Batista levantará cabeza después del vejamen, lo obligué a que me acompañara, yo quería complacerte pero las pesquisas por esos establecimientos me daban miedo. No sé si un novio amortizado tiene otro valor que el de cambio, pero al mancebo lo quiero con la confianza que a un perro de aguas. Lo que antes fue amor, ahora es desahogo.

Fruela vio las lágrimas en los ojos de Vilo; luego el llanto sobrevino entre hipos, y en el ojo morado las lágrimas resultaban más dolorosas, de modo que la mirada del novio amortizado se oscureció, y a su mente regresaron las imágenes de los romanos en una de las películas que proyectaban aquella noche aciaga en el cine Dorado, cuando un centurión ensartaba a un dolomita y él le mordía el cuello a la novia, dispuesto en su locura a ensartarle lo que buenamente pudiera. También al vaquero de turno en el remate de la sesión continua se le disparaba la pistola y el tiro, en la percepción de la novia, se quedaba en agua de borrajas, aunque el vaquero se le hubiese caído encima al tirarlo el caballo.

—Vamos a salvarlo —dijo Fruela, tan convencida como orgullosa—, vamos a sacarlo adelante. Los que lo tienen secuestrado y quieren matarlo no pueden competir con la magia de la prestidigitación y el ilusionismo. No te preocupes por nosotras, Vilo, no nos quedaremos viudas, y dile a Batista que la homofobia se cura con la hombría de bien y que el cine tiene muy poco que ver con la realidad. Acuérdate de lo que ayer por la mañana te enseñé en casa, algo que un hombre goloso no debe olvidar. Cuando haya terminado el teatro y todos volvamos a ser lo que fuimos, desarticulada y puesta a buen recaudo la mafia del cloroformo, hablaremos despacio, no te creas que todavía no me ilusiona la licenciatura en farmacia, el cartelito profesional en el escaparate. Puedo dejar el catastro y aprenderme de memoria los prospectos de los medicamentos.

No había nadie en casa.

Mila no había regresado y Fruela pensó preocupada que las desapariciones de Mila sin previo aviso comenzaban a resultar alarmantes.

—No se entiende este voy y vengo —musitó— y menos con la que nos cayó encima. A las doce van a llamar y tenemos que estar juntas, unidas para que seamos capaces de hacer lo que nos ordenen.

En ese momento, al sentirse más sola, pensó en el juez Beraza. Llamar a Lamo Bereza, contarle lo que les estaba sucediendo, pedirle discreción y apoyo.

En seguida desechó la idea; la amenaza de los secuestradores era contundente y las conclusiones, un tanto desbaratadas de Vilo Cuevas, convencido de que a Cano iban a matarlo, ya que estaba en manos de unos delincuentes muy peligrosos, descartaba cualquier solicitud.

Eran ellas quienes debían resolver el asunto, sacar fuerzas de flaqueza, pensar que la vida de Cano estaba exclusivamente en sus manos, con la enorme suerte de contar con el dinero exigido, gracias a la extrema generosidad de Octavio Gamilla, sin tener que esperar a que los del banco Torrado ofrecieran un crédito en las condiciones precisas, adelantando el efectivo.

Poco antes de sentarse en el salón, dispuesta a encender un cigarrillo y recomponer el ánimo, Fruela estuvo a punto de caerse en el pasillo, al chocar con la pierna ortopédica, que estaba tirada en el suelo, como el cuerpo desarticulado de un bicho muerto que hubiera intentado escapar.

—Tienen que llamar —se dijo, algo nerviosa, mirando el teléfono, y en el silencio del piso escuchó algún ruido, un movimiento solapado o lo que acabó concretándose en una especie de llanto que se derramaba entre toses—. Van a ponernos en un brete, pero vamos a salir adelante. Pobre Cano, el vía crucis que está pasando, solo y arruinado.

Mila Corada le dio un susto a su hermana.

Apareció como un fantasma: el pelo revuelto, arrastrando el camisón, los ojos sobresaltados y el llanto de quien acaba de despertar despavorido de una pesadilla.

—Estaba acostada en la habitación, hecha unos zorros —le dijo a su hermana—, no te oí llegar.

—Pero ¿qué pasa, dónde fuiste? Pareces un alma en pena...

Mila se sentó al lado de Fruela e intentó abrazarla, al tiempo que rebrotaba el llanto.

—Cano nos engañó —dijo consternada—. Cano no es trigo limpio.

—Vamos, vamos, Mila —dijo Fruela, cogiéndola entre sus brazos—. No es la primera vez que hace una gorda y nos mete en un lío, aunque sea la más grave. Lo sacaremos ileso y le leeremos la cartilla. Te prometo que esta vez le leemos la cartilla con todas las consecuencias.

—Estamos engañadas, no nos tiene ni el mínimo respeto. Es un hombre echado a perder.

Fruela encendió otro cigarrillo, mientras Mila se encogía en el sillón.

—Ya hablaremos con él del dinero. Es verdad que nos desvalijó, y es cierto que no es la primera vez que lo hace. Sisas, trucos, mentiras. En el Torrado me he llevado uno de los mayores disgustos de mi vida.

Mila alzó los ojos, miró a su hermana conteniendo el llanto y el gesto de su cara se agrió exacerbando la indignación.

—No es el dinero, lo que haya hecho o dejado de hacer, lo que roba y lo que enreda. Es que tiene una mujer y una hija.

Fruela Corada estrujó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué dices, de qué hablas...?

—Tenemos una sobrina, se llama Evedia Corada, hace cuarto de bachillerato, vive en Ordial con su madre.

—Estás loca.

—Ha venido a hablar con nosotras, me abordó esta mañana. Vedi, Evedia como la abuela y sabe cosas de la familia, sabe que la abuela se mató al pisar al gato, que el gato se llamaba Calito y no estaba capado. Yo la mandé a la porra pero no nos va a dejar en paz, no nos libramos de ella, hablará contigo.

Fruela dio unos pasos desnortados por el salón.

—Dios nos coja confesadas.

—Fíjate lo bobas que somos —reconoció Mila, airada—. Catorce años, una hija que ya es una polluela, y una mujer que le habrá cosido los botones y hecho el nudo de la corbata. En Ordial, como si no fuera la cosa, otra familia a la que aguantar y sostener. Una madre, una hija.

—¿Y quién es ella, quién es esa mujer...?

—Una cualquiera, vete a saber —dijo Mila con desprecio—. La niña se parece a Cano, tiene igualita la barbilla y los ojos, la misma cara, igual gesto alelado. Cano cuando era un chiquillo y se pasaba el día papando moscas. Nos ha engañado, Fruela, nos tiene engañadas desde que tuvo uso de razón.

—Pero no se casaron.

—Son un matrimonio, Fruela, si no se casaron da lo mismo, la hija es la hija, y ella la mujer de Cano, una cuñada que nos metieron de matute. Somos dos pazguatas y llevamos toda la vida alimentando a un hermano que no sólo no nos quiere sino que nos menosprecia, y nos traiciona.

Mila saltó del sillón, las lágrimas descomponían su rostro, estaba a punto de gritar.

—Dónde vas, quédate quieta, hay mucho de que hablar —ordenó Fruela.

—Voy a cambiar la compresa —dijo Mila, que cruzó presurosa el salón y, al llegar al pasillo, tropezó con la pierna ortopédica y estuvo a punto de caer, aunque todavía fue capaz de revolverse y dar una patada a la pierna.

Fruela cogió el bolso, sacó el sobre con el dinero que le había dado Octavio Gamilla y lo dejó encima del aparador.

—Habría que llamar a Lamo —se dijo de nuevo—. Ya no se sabe si es peor el riesgo o el susto. Cano acaba con nosotras, hace falta alguien que nos eche una mano, un amigo que nos levante la moral, aunque sea llamándonos al orden.

Mila volvió. Había recogido la pierna ortopédica del suelo y la tiraba debajo de la mesa del comedor.

—Esa mujer —informó, al sentarse de nuevo— está enferma, muy mala según su hija. Cano lleva un tiempo sin dar la cara. Ella quiere que regulen la situación, aunque sea *in extremis*, debe de ser católica, apostólica y romana.

—Será lo que sea, una querida o el amor ideal de un sietemesino, eso ya lo sabremos. Ahora tenemos que sacar adelante lo más urgente, a Cano van a matarlo.

Mila cruzó los brazos, las lágrimas se habían derretido en el gesto enfurruñado.

—Que lo maten —afirmó—, que lo apiolen o le den boleto. Ese hombre no es el hermano de sus hermanas.

—Tengo el dinero que piden para soltarlo, las trescientas mil del ala que nos dijeron, y no me preguntes cómo lo conseguí. Hay buenos amigos cuando menos se espera, y algunos hacen juegos malabares. Las cuentas del Torrado están a cero, lo que era fácil de hacer efectivo lo hizo Cano en menos que canta un gallo. Nos cogió desprevenidas.

—Como siempre —reconoció Mila.

—Es lo último que podemos hacer por él.

—No cuentes conmigo, yo no quiero compartir su vida con una madre y una hija que asoman el morro sin previo aviso. Yo no tengo cuñadas ni sobrinas, tenía un hermano enfermizo y egoísta al que no me importaba hacerle lavativas y curarle las purgaciones, pero se acabó lo que se daba.

III

EL ARDID ORTOPÉDICO

El teléfono sonó a las doce en punto y las dos hermanas tuvieron el mismo sobresalto, aunque fue Fruela la que en seguida se repuso y contuvo el temblor de la mano al cogerlo.

—Habla el que toca —dijo la misma voz neutra y lejana de la anterior llamada, con la complacencia de quien tiene la sartén por el mango—. ¿Estamos a lo que estamos o no nos enteramos bien de la tostada? Se acabaron el plazo y las reservas, el pichón perdió las pocas plumas que tenía, está desnudo y tembloroso.

—Tenemos lo que nos pidieron —dijo Fruela, haciendo un esfuerzo para hablar.

—Así le gusta al que ordena y manda. Son trescientas mil del ala, según determina la tesorería. Ahora, oído al parche, en tres minutos tienen las instrucciones precisas para la entrega. Cualquier ocurrencia que dé al traste con la operación, la paga el encausado.

—Por Dios, déjenos hablar con él.

—Los pichones ni cantan ni pían, tienen la patita atada a los barrotes de la jaula. Tres minutos y a verlas venir.

Colgaron.

Fruela todavía sostuvo el auricular en la mano antes de hacerlo, conmocionada por lo que aquella voz determinaba no sin cierto retintín.

Mila suspiró.

—Van a darnos las instrucciones para llevar el dinero —dijo Fruela—, no sé si no nos hemos equivocado no diciéndoselo a Beraza. Un juez está más preparado para resolver estas situaciones.

—Me da lo mismo —opinó Mila—. No soporto tener que volver a ver a Cano, no lo quiero ver ni en pintura.

Fruela fue al aparador, cogió el sobre con el dinero que le había dado Octavio Gamilla, lo sopesó con satisfacción, cerró los ojos un instante y escuchó la voz del ilusionista que, prevalecido de su arte, se disponía a saltar una vez más desde el alto del armario al lecho donde ella le aguardaba como la *partenaire* de un erotismo acrobático.

—¿De dónde lo sacaste, quién te lo prestó...? —quiso saber Mila, que sentía el vacío del dinero en las cuentas corrientes y en las cartillas de ahorro como un ahogo vergonzoso en el estrangulamiento que les propinaba el hermano traicionero.

—Ya te lo dije, hay buenos amigos cuando menos se espera, y algunos hacen juegos malabares. Cuando todo termine, si todo acaba bien, arreglaremos cuentas. Son muchas las cosas por las que Cano debe pagar y, estoy de acuerdo contigo, se acabaron las contemplaciones.

Volvió a sonar el teléfono.

—Oído al parche —repitió la voz, ahora con un tono no menos neutro pero más autoritario—. ¿Tenemos buena pata o la tenemos mala...?

—No le entiendo —pudo decir Fruela.

—La pata no hay que meterla, lo que hay que hacer es sacarla y cogerla. ¿No se nos habrá ocurrido tirarla a la basura...?

Fruela dudó. Mila se había acercado al auricular.

—Es el cojo —susurró—. La ortopédica.

—¿Se refiere usted a una pata de quita y pon, a una pierna de recambio...? —quiso saber Fruela, desconcertada.

—Exactamente. Pierna por pierna. La buena pata, la mala, la vida misma. No todo el mundo anda con lo que tiene, muchos se conforman con lo que perdieron y buscan el apaño, no hay nada más feo a la vista que un muñón desorejado.

Mila hacía gestos de entendimiento y señalaba la pierna ortopédica que había dejado bajo la mesa del salón.

—¿La tenemos o no la tenemos...? —inquirió la voz, menos neutra y más urgida.

—La tenemos —corroboró Fruela.

—Les diré algo para su ilustración y para que no se llamen a engaño o se les suba el pavo. La ortopedia no es otra cosa que al arte de corregir o evitar las deformidades del cuerpo humano, por medio de ciertos aparatos o de ejercicios corporales. ¿Entienden ustedes o son unas pánfilas que no se enteran de la tostada?

—Lo entendemos —dijo Fruela, nerviosa.

—Pues ya lo saben, pierna por pierna. Cogen la que se apropiaron, comprueban la articulación, meten en ella las trescientas mil del ala, disimulando lo que la mala pata supone en la suerte de quien nació estrellado, y se van con ella a la cafetería Composta, ni siquiera hace falta que la envuelvan. Con media hora tienen tiempo suficiente. Alguien las estará vigilando, no se hagan las estrechas, el que toca la pierna es igual que el que toca la flauta, un músico callejero.

—¿Y nuestro hermano...?

—Pobre pichón —dijo la voz, con la apresurada idea de cortar ya la comunicación sin suavizar la incertidumbre de las hermanas—, pobrecito. La jaula le cae grande, el pico lo rompió pidiendo auxilio a sus hermanitas por los barrotes, gritando como un descosido. Le abriremos la puerta de la jaula, lo dejaremos volar y, aún en el mejor de los casos, le romperemos la patita, porque todos los pájaros de su índole se merecen como poco un escarmiento. Así, cuando lo recojan, ya irá escarmentado, y para la próxima se lo pensará dos veces.

Fruela Corada salió de casa con el apresuramiento de quien acude muy nerviosa a una cita que no acaba de entender, con el bolso colgado al hombro y la pierna ortopédica bajo el brazo.

Mila se había negado a acompañarla y, hasta en el último momento, dudaba llorosa de la certeza de lo que les estaba sucediendo convencida, a partes iguales, de la culpabilidad de Cano y de la tomadura de pelo que suponía aquel calvario.

—Lo que quieras, lo que se te ocurra —dijo Fruela con la resolución de cumplir lo que les habían ordenado—, pero en cualquier caso, nos haya hecho Cano lo que no es para contar, su vida peligra, van a matarlo sin ningún miramiento.

—Ya te digo que no es mi hermano, ni lo fue ni jamás volverá a serlo. El dinero que llevas es como si lo tiraras. Cuando vuelva, si es que lo dejan, la que se va de casa soy yo. Vas a tener que elegir entre uno de los dos.

Fruela había cogido la pierna de debajo de la mesa del comedor, comprobaba la articulación y metía en el hueco adecuado el sobre con el dinero que, al volver a accionar el artilugio, quedaba perfectamente sujeto y oculto.

—Por Dios te lo pido, Mila —suplicó, a punto de irse—, vamos a ser cabales, a ver si es posible un poco de calma y criterio. Hay que salvarlo, tenemos que sacarlo como sea, no podemos fallar. Déjame tranquila, tengo los nervios tan alborotados como tú, necesito serenarme para acabar haciendo las cosas como se debe.

La Oceda que iba sumiendo la mañana en el mediodía con el peso de algunas campanas que esparcían su eco por las torres, señalando un fervor urbano que no se correspondía con la concurrencia de los feligreses a las iglesias, lo que preocupaba mucho a las autoridades eclesiásticas, que no podían entender tan bajo rendimiento en los practicantes de una fe que movía montañas y, sin embargo, dejaba vacíos los templos, había perdido esa euforia que contagiaba a los habitantes en las primeras horas de la mañana de una primavera en ciernes, y de la que Fruela Corada se había beneficiado al abandonar la sucursal bancaria, tras sus infructuosas gestiones.

No caminaba Fruela ni con decisión ni con otro aliciente que el de administrar las prisas, entre las dudas y las zozobras de sentirse embarcada en un asunto tan arriesgado, sin poder desprenderse de la salmodia de Mila, tan insistente y demoledora.

La Oceda del mediodía estaba hueca o, al menos, en la mente alborotada de Fruela repercutía en ese hueco el sonido de las campanas que, al fin, más allá de las lamentaciones eclesiásticas, expandían el vacío de una urbe en la que ni siquiera se confesaba y comulgaba por pascua florida.

Cuando llegó a la calle Menta se detuvo.

Una última campana hizo volar a las palomas de la torre más cercana, que batieron las alas en el azar de una desesperada huida, y Fruela tuvo que sujetar con más fuerza la pierna ortopédica bajo el brazo, ya que sintió que el artefacto se movía, como si el vuelo de las palomas incitara también la huida de una pierna que nunca habría corrido mucho, pero que acaso mantenía la inercia de salir pitando a la primera de cambio, que es lo que su dueño podía haber hecho en muchas ocasiones.

Fue por los soportales del Cerrado y estuvo a punto de pararse ante el ventanal de la cafetería Composta, antes de entrar en ella, intentando vislumbrar lo que algunas figuras inconsistentes matizaban en su interior, los grumos desordenados que ocuparían algunas mesas, y hasta probablemente al mendigo que, desde el otro lado del cristal, reflejaría lo que Mila soñaba con tanta aprensión, aquella solicitud de que le mostrara los pechos no ya para acariciarlos sino para chuparlos.

Fruela entró en la Composta, y nada se acomodaba en su interior a lo que acababa de vislumbrar desde el ventanal. No había nadie, la cafetería estaba vacía, ni siquiera en la barra aguardaba el barman o un cliente sostenía una taza en la mano con el estatismo de quien se durmió de pie, cansado del mismo desayuno en los años contumaces que llenaban de canas su cabello.

Cruzó hasta una mesa alejada del ventanal, dejó la pierna ortopédica sobre el mármol, se sentó y contuvo el suspiro que acercaba el temor al desfallecimiento, como si ya todo en la mañana y en el mediodía confluyera en una misma inquietud y en el acecho de lo que pudiera resultar más irremediable.

Fruela Corada no conocía a Toño Viñales, pero en seguida supo que era el cojo al que se refería su hermana Mila.

Toño se movía con mayor propiedad, menos escorado, dueño de la pierna ortopédica nueva, cuya factura había abonado Mila, y que debía contar en sus materiales y articulación con alguna técnica más avanzada, que permitía hasta cierta naturalidad en el uso.

—Yo, señora, me llevo la peor parte —dijo Toño, que apareció sin que Fruela se percatara, como un fantasma que se esconde y asoma la cabeza casi sin dar opción al susto o al reconocimiento, mientras se sentaba en una silla próxima.

—No sé quién es usted ni me importa —dijo Fruela, decidida a mantener la discreción y el desinterés, convencida de que en la operación era mejor fijarse lo menos posible en nada.

—Lo digo —opinó el hombre, que acercaba la mano a la pierna ortopédica que estaba sobre el mármol de la mesa, sin llegar a tocarla, tal vez sin otra intención que la de comprobar que era la auténtica— porque en el cambio llevo las de perder. No se imagina lo pronto que uno se acostumbra a lo bueno. Esta pierna —indicó señalando, la que asomaba bajo la pernera izquierda de su pantalón— es un prototipo de lo más aerodinámico, y tiene los certificados de la agilidad y el diseño. Es una pierna posmoderna, estéticamente preparada para que el inválido se sirva y reconforte, sin complejos ni traumas cautelares. La posmodernidad tiene estas aplicaciones que la reconcilian con la mutilación y el fragmentarismo.

Fruela Corada dio una palmada en la mesa. Los nervios alteraban la intención de un comportamiento discreto.

—¿Dónde está mi hermano...? —inquirió con rabia—. ¿Dónde lo tienen, qué le han hecho...?

Toño Viñales se incorporó con gesto asustado y viró cogiéndose a la mesa, como si el equilibrio de la pierna posmoderna no se justificara en el sobresalto.

—Nosotras hemos cumplido —aseguró Fruela, palmeando la pierna en la mesa—. Aquí está lo que nos exigieron, las trescientas mil del rescate.

—No se ponga así, por lo que más quiera, seamos comedidos, no hay que armar la tremolina. Yo, como le decía, me llevo la peor parte, me toca cambiar la pierna buena por la pierna mala, ésa es mi misión. No soy otra cosa que un intermediario,

nada tengo que ver con el fondo del asunto. También a mí me tienen pillado, si yo le contara.

—No me interesa lo que me pueda contar —afirmó Fruela, crecida y alterada—. Lo que quiero es que todo termine lo antes posible, que cojan el dinero y suelten a mi hermano.

Le alcanzó la pierna, que Toño tomó entre sus manos sin mucha convicción, como si el encargo que debía llevar a cabo lo abrumara.

—Es lo que le digo, soy un mero intermediario, un hombre que apenas saca en limpio el valor de un ojo que perdió en la linotipia, y la pierna averiada —afirmó en un tono exculpatorio—, me quedo sin la buena, llevo la mala, la posmodernidad tiene más reparaciones que recambios.

—No siga —ordenó Fruela—, vayamos al grano.

—Siento muchísimo su incompreensión, yo no me ando por las ramas, pero tampoco me gusta llegar y besar el santo. En la fábula de la liebre y la tortuga, siempre tuve simpatía por la tortuga, aunque lo que más me hubiera gustado en la vida es ser la liebre. Voy al trato, no se queme más la sangre, no la molesto. Sólo quería aclararle que el intermediario sufre serias amenazas, que no estoy aquí por una pierna o un quítame allá esas pajas. Si el asunto sale mal, vuelvo a ser el cojo que arrastra la pata y el tuerto que mira atravesado.

Caminó con la pierna en las manos y mostró altivo, antes de volverse, el destello morado del ojo de cristal, que Fruela distinguió como un reflejo oxidado del mediodía de Oceda, donde la luz de la primavera en ciernes cegaba a los más inadvertidos, los habitantes de la ciudad que más tardaban en sacudirse de la espalda la oscuridad del invierno.

—Voy a cambiarlas —dijo el hombre— y a comprobar que todo está donde debe estar y según lo convenido. Usted me espera sin rebullir. La destreza para quitar y poner la gané en la costumbre, y me hice con la costumbre a partir de la desgracia de la mutilación laboral en el gremio de las artes gráficas. No tardo ni diez minutos.

El hombre que regresó de los lavabos transcurridos los diez minutos prometidos, tenía muy poco que ver con el Toño Viñales que daba tantas explicaciones y parecía interesado en justificar su mera condición de intermediario. Cojeaba con la donosura de la pierna aerodinámica y traía en las manos la que se había llevado, lo que indicaba que no había cambiado, según las instrucciones que pudiera haber recibido, la una por la otra.

—Lo siento —dijo muy circunspecto— pero el trato no se cumplió. Usted pretende tomarme el pelo y yo no voy a meter la pata para que, al fin, me den el repaso prometido. Usted se piensa que estamos jugando a los chinos, y lo que estamos es jugando con fuego.

Dejó la pierna ortopédica sobre la mesa.

—Me quité la nueva, ése era el orden establecido, pero antes de ajustar la vieja, la recambiada, comprobé el contenido, el sobre que en ella debía transportar con el dinero del rescate. El ardid de las piernas está pensado para disimular el alijo, no es la primera vez que se usa, siempre con resultados satisfactorios. Dinero o estupefacientes, también joyas y algunas veces lencería, cuando el cojo tiene el muñón rijoso.

Fruela miró la pierna sin entender nada.

—O es usted una ingenua o se pasa de lista —dijo Toño Viñales, conteniendo a duras penas la indignación—. ¿Cómo demonios pudo pensar que podía engañarnos de esta manera, qué idea se hizo de quién tiene a su hermano, y lo que vale una vida que pende de un hilo? El sobre se lo devuelvo con la pierna, y a su hermano lo encontrarán en la consabida fiambarrera, asado en su salsa. Yo no tengo nada que ver, ésa es la verdad, vivo como puedo de mi mutilación, y me conduelo de la falta de sentido común cuando las cosas se ponen como se ponen, parece mentira este recurso estúpido, una estratagema fratricida.

Fruela no era capaz de hablar.

—Mire la pierna —ordenó el hombre, más indignado todavía—, saque el sobre, compruebe lo que contiene. ¿Cuánto iba a durar el engaño, qué pretendía con esa estúpida triquiñuela...?

Accionó la pierna, tomó el sobre que Toño había desgarrado con las prisas de la comprobación. Había dos billetes de mil y entre ellos un fajo de papeles de periódico perfectamente recortados, sujetos con unas gomas.

—Vuelva a la sucursal bancaria y haga el correspondiente ingreso —dijo Toño Viñales con cinismo—. No lo acabo de entender, me va a costar explicarlo. Déjelo

otra vez en la pierna, pensándolo mejor me la voy a llevar para que no quepan dudas. ¿A quién se le ocurrió la artimaña...?

Fruela Corada vio cómo el hombre recogía la pierna ortopédica tras ajustar el sobre en ella. Había un gesto violento en su rostro, la alternativa furibunda de quien se ve defraudado cuando albergó la expectativa de sacar algún provecho, lo que le correspondiera por el corretaje o, si era verdad, la propiedad definitiva de la ortopédica posmoderna que tanto había valorado. Daba la impresión de que la posmodernidad suponía para él un aliciente giratorio.

—Me voy con viento fresco —dijo, y en el destello morado del ojo de cristal se inmovilizó una ráfaga de irritación y amargura, la que los mutilados de Oceda tenían encendida en el recoveco del alma, como si en la propia conciencia de la ciudad hubiese un fluido de sentimientos envenenados e ilusiones cercenadas que hacían que en el discurrir de sus estaciones hubiese una mutación dramática.

Fruela recordó a Octavio Gamilla y le fue difícil reprimir la conmoción de su estatura y de sus prestidigitaciones, las palabras que hilaban el embeleso de una actuación teatral, las ínfulas neuronales de lo que en las prácticas del serrallo se llamaba el salto del tigre.

Sintió que estaba desamparada, que el escenario de la pensión no pertenecía a la realidad de una urbe donde los escaparates reflejaban los malabarismos de un artista del alambre, que llevaba el chaqué y la chistera como el plumaje de los grajos que surcaban con las palomas el cielo de las torres más altas.

—Un dinero ilusorio —musitó, tan consternada como paciente—. Un salto en el vacío.

Toño Viñales se iba presuroso y todavía lo vio pasar con el andar escorado ante el ventanal de la cafetería, volverse un instante como si tuviera el temor de que lo estaban siguiendo, hacer otro gesto mendaz, que en la cabeza de Fruela retrajo la instantánea del mendigo libidinoso en los sueños de Mila.

—Ahora matan a Cano —musitó al cerrar los ojos, conteniendo las lágrimas—. Lo cuelgan en la jaula, le arrancan los pulmones, lo disecan desnudo y empalmado.

Hasta última hora de la tarde las hermanas Corada no lograron contactar con el juez Lamo Beraza.

Las reincidentes llamadas al Juzgado obtuvieron paralela respuesta a las que hicieron a su domicilio, donde Lamo vivía con su madre, una anciana que entre la sordera y la parálisis combinaba un destino tan quimérico como aleatorio, y a la que las hermanas conocían de algunas visitas.

—Su señoría está haciendo diligencias —informó el ujier Décimo— y no dejó encargo ni advirtió de su regreso.

—Por favor, si se le puede localizar, si acaso llama, dígame que se ponga en contacto con las hermanas de Cano Corada, es muy urgente.

—Cuando su señoría sale no acostumbra a volver, y menos cuando lo hace en compañía de alguna imputada o la causa se mantiene en el secreto del sumario. Las diligencias pueden llevarle la jornada completa. A su señoría no le gusta que le muevan los papeles, ni que le den avisos, el despacho siempre lo deja cerrado con llave.

—Somos muy amigas, y es muy urgente.

—¿Desea que le pase con el secretario Verino, él puede tomar nota o añadir algo más...?

—Se lo ruego.

—Las saludo a ustedes, soy Verino. No sé lo que hará don Lamo, no me dio ninguna instrucción, salió a media mañana, no es probable que vuelva, no suele hacerlo. No se preocupen ustedes que, si hay ocasión, le informo de su requerimiento. Las saludo gustoso y les ruego que lo hagan de mi parte a don Cano. Espero que esté bien de salud y que se cuide como tiene por costumbre.

En el domicilio de Lamo Beraza tardaron en coger el teléfono y, a las tres llamadas sucesivas que las hermanas hicieron, con el plazo reincidente y nervioso de las mismas, contestó doña Emina, su madre, en iguales términos, precedida la voz por el ruido que la silla de ruedas producía en la tarima encerada.

—No entiendo si no habla más alto.

—Soy Fruela Corada, doña Emina, ¿está Lamo...?

—Está limpiísimo, hecho un primor. El traje recién traído de la tintorería, la camisa blanca como la espuma y los gemelos de oro. Lo que no logra es peinarse la calva. Donde estuviera o estuviese mejor planchado, imposible.

—¿Sabe cuándo va a volver...?

—Dígame usted.

—¿Cuándo va a volver...?

—Ay, hija, los asuntos son la pera. La judicatura la tiene entre ceja y ceja, no hay modo de que descanse un rato. ¿La cena, dices que la cena...? La sopa tiene que calentársela él mismo y la merluza se le queda fría. Yo no puedo estar al tanto de todo, y Bergamina sube luego, me acuesta y se va con viento fresco.

—Dígale que nos llame.

—No te oigo bien.

—Que, por favor, nos llame.

—No sé si eres tu madre o tú misma. Creí que tu madre había fallecido. ¿Y qué hace Cano, qué hace ese perillán...? Ay, qué buen pelo y qué bien lo peina, qué guapo si no tuviese las orejas de soplillo, y no fuera tan soso. ¿La mentalidad ya la cambió? No te oigo bien, es que a veces lo que escucho es lo que peor oigo.

—Es de Cano de quien tenemos que hablar con Lamo, por eso lo necesitamos.

—No te oigo apenas, no sé lo que me decías de la mentalidad. Me parece que no es merluza, hija, que son jureles. A Bergamina también se le va la olla. Las sardinas peor que el bocarte, pero lo que a Lamo más le gusta es el emperador. Sí, las pastillas ya las tomé ¿me escuchas...? No sé si te dije lo elegante que estaba, una camisa blanca como la espuma, y la corbata con el imperdible. Te decía que las pastillas ya las tomé. Lo que me da mucha pena es que no pueda peinarse la calva.

—Volveremos a llamar.

—No hace ninguna falta. Una para el riego, otra para la circulación y la última para la cabeza, la que menos necesito porque siempre se me olvida. Dile a tu madre que la acompañe en el sentimiento.

Fruela Corada había llegado a casa en un estado lamentable y Mila seguía llorando, más ablandada pero no menos compungida.

—Lo matan —dijo Fruela, sentándose en el salón y dejando caer el bolso al suelo—, ahora ya no cabe la menor duda. Nos hemos equivocado, teníamos que haber denunciado el caso a la policía, nos hemos pasado de listas.

Mila fue a su lado, la abrazó.

—No digas eso —suplicó, contrita—. No pueden matar a un hombre que no da la talla, recuerda que ni siquiera pudo hacer la mili, que lo declararon estrecho de pecho.

—Era hijo de viuda.

—Era un dechado de imperfecciones, las físicas tan arraigadas como las morales. Poca chicha, poca cabeza, los pulmones agujereados, la úlcera de duodeno, la hernia. ¿No te acuerdas de aquellas jaquecas que de niño le hacían llorar, y cómo se le

complicaron las paperas y estuvo a punto de irse al otro barrio con el sarampión, que cualquier niño normal sobrellevaba como un catarro...?

—Me acuerdo de la tosferina —rememoró Fruela, melancólica— y de la varicela y del brazo que se rompió jugando al gua.

—Un dechado —corroboró Mila—. La pena que daba el pobrecillo, y la desgracia de verlo sufrir a la mínima de cambio, entre rabieta y corajinas. No sé lo que hubiera sido de nuestras vidas desde que nos quedamos huérfanas, tan jóvenes y tan peripuestas, sin que Cano nos reclamara. La obligación que supuso una carga tan grande.

Fruela encendió un cigarrillo y se atusó la melena, como promoviendo un gesto que la rescatara del abatimiento.

—No lo pueden matar —dijo Mila—, no hay maldad suficiente en el mundo. El pusilánime siempre tiene más oportunidades que el arrogante. Cano se habrá rilado, estará hecho un mar de lágrimas, y es muy posible que le hayan fallado los esfínteres y se haya hecho pis.

—Llamamos a Beraza, nos ponemos en sus manos diciéndole la verdad —decidió Fruela—, vamos a ver lo que todavía es posible, antes de que el muerto aparezca en la fiambarrera como nos amenazaron. No me puedo imaginar a Cano en la jaula, se me rompe el corazón. Tan melindres, tan jijas, tan timorato. Y las horas que lleva a pan y agua o ni siquiera eso, sin nada que llevarse a la boca.

Mila Corada dio unos pasos arrastrando el camisón, se sostenía de pie con cierto esfuerzo, calibrando el equilibrio.

—El cojo se quedó con la pierna —resumió, pensativa— y el dinero falso es la prueba de que no cumplimos lo que nos ordenaron para el rescate.

—La pata la metimos nosotras —aseguró Fruela—, yo sobre todo, tan engañada como presuntuosa, sin imaginarme siquiera que el sobre era igual que el del timo de la estampita. Jamás hubo un hombre en mi vida que no me tomara el pelo, y aquí debo incluir también a Cano.

—La policía tiene que echarle la mano al cojo. No hemos podido quitarnos de encima la dichosa pierna hasta que hubo que hacer la entrega y, al fin, en la ortopédica estaba parte del intrínquilis, la pista del mensajero. El cojo nos la tenía jurada, nunca hay que fiarse del que mira a medias y anda torcido. Soy yo la que metí la pata, confiada y estúpida y, además, abonando el recambio, mientras él me engañaba con la reparación.

Fruela Corada comenzó a moverse con mayor inquietud, necesitada de alguna inmediata resolución, como era propio de su carácter, mientras Mila volvía a cambiar la compresa, convencida definitivamente de que en el menstuo anticipado había una advertencia de culpabilidad, como si la fisiología ajustara cuentas con un modo de ser menos provisorio que el de su hermana.

—Lamo no llama —dijo Fruela, sin que el cigarrillo durara encendido unos segundos entre los dedos de la mano— y es urgente tomar alguna medida.

—Volverán a hacerlo quienes lo tienen —sugirió Mila, nada convencida—. No lo van a matar sin intentar otra vez lograr lo que piden.

—No me fío —dijo Fruela—, no me fío un pelo.

Sonó el teléfono, y lo hizo de tal modo que las hermanas quedaron paralizadas, como si el timbre se estrellara con la impaciencia y rebotara en las estancias desoladas, donde hasta el reloj de pared del vestíbulo tenía enquistadas las agujas.

Era una voz femenina, indecisa.

—Quiero hablar con mi tía —dijo, en la distancia que conformaba la solicitud como una súplica—. Soy su sobrina.

—¿Qué tía, qué sobrina...? —inquirió Fruela, menos extrañada que frustrada con la llamada.

—Evedia, Vedi. No sé si es usted mi tía Fruela. No sé si mi tía Mila ya le contó que soy la hija de Cano. Es que necesito hablar con ella. Hace un momento pude hablar con el hospital de Cruces, en Ordial, donde está internada mi madre, y no parece que vaya a durar mucho.

Mila Corada acercaba el oído al aparato y Fruela hizo un gesto desabrido y se lo ofreció.

—Toma, es tu sobrina —dijo, virulenta—. Lamo no llama, los secuestradores tampoco, y es esa mocosa la que dice que su mamá se va al otro barrio. No sé si lo que Cano nos debe tiene alguna compensación o estamos chaladas. A todos los hombres los meto en el mismo saco, no hay uno que salve. Los que se me pusieron debajo y los que se me pusieron encima, yo no me corto ni me despego, y le leo la cartilla al más pintado. Me dan lo mismo los vaqueros que los romanos. Con Cano llevamos las de perder.

Mila Corada cogió el teléfono. Fruela no acertaba a encender el cigarrillo, se quemó los dedos con la cerilla.

—Soy Evedia, tía Mila.

—Ahora vas a ablandarme —suspiró Mila, que se había quitado el camisón y puesto un liviano vestido—. Ahora vas a tocarme la entretela, no me tomes el pelo, por Dios te lo pido.

—Mi madre se muere, en Cruces ya no tienen otra cosa que hacer que aliviarle el dolor con las cataplasmas. Es mi papá quien debe tomar cartas en el asunto. No sé si al contraer matrimonio, podría sacarla del apuro, pero al menos contribuir a que se sienta retribuida. Tenga usted en cuenta, querida tía, que mi madre antes de tenerme a mí, con mi padre de esposo fingido, y haciéndose pasar por un viajante de objetos religiosos, tuvo tres abortos. El sufrimiento mayor es suyo. Papá nunca echó una mano. El bachillerato en las Tolontinas lo hago con una beca de la Caja de Sostenimiento.

Mila comenzó a llorar. Fruela hizo un gesto para quitarle el teléfono y colgar.

—Me ablandas, cariño —dijo Mila Corada, hipando con desconsuelo, mientras su hermana daba un bufido—. Me pones la carne de gallina. ¿Los abortos fueron voluntarios...?

—Uno derivado del embarazo impropio, ya que mamá trabajaba como una burra, y los otros voluntarios, auspiciados por mi padre, que se declaró insolvente, sin oficio ni beneficio.

—Canalla —musitó Mila, absorbiendo las lágrimas.

Fruela cogió el teléfono, Mila se quejó forcejeando, aunque sin mucha decisión.

—No sé quién eres —dijo Fruela, resolutiva— pero en cualquier caso la familia no está para bromas ni telares. A Cano lo tienen prisionero ¿te enteras? Es ahora mismo un hombre condenado.

—Mamá también agoniza —dijo la voz, que en el oído de Fruela sonaba con la misma insolvencia del pájaro enjaulado que ya no trina, que apenas revolotea—. No sé lo que a mi padre puede sucederle, es lo que más siento, pero mamá tiene las horas contadas y necesita un consuelo.

—No nos tomes por unos ogros. La vida dio demasiadas vueltas en poco tiempo. Ya habrá ocasión de hablar contigo y de que Cano, si sale vivo, cosa dudosa, ponga las cartas boca arriba.

—Yo sólo pido la compasión de un alma en pena, que de eso se trata, ya que la pena es la que está matando el alma de mi madre. Ya sé que voy a quedarme huérfana de madre y con el padre ausente, aunque la verdad es que me tiene reconocida, y eso le honra. Estoy inscrita como Evedia Corada Bacelo, hija de Cano Corada Cabal y de Murias Bacelo Loma. Nacida en Ordial en la fecha compulsada, con el registro pertinente y el certificado que traigo conmigo para que ustedes lo comprueben. El hecho de que ustedes sean mis tías y yo su sobrina me hace pensar en que Dios no es ajeno al sufrimiento humano. También tengo la partida de bautismo.

—No lo es, estate segura —dijo Fruela, dispuesta a colgar el teléfono—. Yo no le achaco a Dios la mala racha que llevamos, ni que tu padre sea un golfo o tu madre una desdichada. Dios anda por donde los hombres ponen las trampas y no sería la primera vez que se diera de morros.

El juez Lamo Beraza se había despertado aquella mañana aquejado del mal que a veces lo llevaba por los imprevisibles derroteros por donde la justicia no acostumbra a asomar. Un mal derivado de un sueño tan persistente como devastador, que ensuciaba el ánimo y la conciencia y que, además, excitaba el picor de la entrepierna que ya comenzaba a resultar obsesivo.

Las sábanas arrebuajadas y sudorosas, la almohada doblada bajo la cama, el somier semihundido y el pijama puesto del revés, eran indicios de la noche en que las tribulaciones contendían con la desazón, de tal modo que al despertar, como solía sucederle en esas ocasiones, escuchó el juez el aullido de la hembra de la manada, la loba que al fin había logrado devorar sus genitales.

—Una pesadilla que pone en tela de juicio no ya la capacidad de actuar según derecho y razón, sino el propio empirismo jurídico de una mente reglamentaria — pensó Lamo Beraza, presintiendo que en los residuos del sueño quedaba una materia viscosa demasiado parecida a la que se escurría por el fregadero.

Se levantó con muchas dificultades y, al intentar corroborar la hora en el despertador, se dio cuenta de que estaba tirado y desventrado en el suelo, como si alguien lo hubiera pisoteado, o la manada se hubiese entretenido en hacer del tiempo el destrozo en que tendría que sobrevivir aquella jornada, que de tan mala manera daba comienzo.

La ducha fría apenas le sirvió para refrendar que el mal tenía las connotaciones del desasosiego y la ansiedad temblorosa con que el sueño lo había vapuleado. La pastilla de jabón se le fue de las manos y, al pisarla, dio el resbalón paralelo al que recordó en la huida, cuando entre los helechos del bosque silbaba un viento ralo y las ortigas se le enredaban en las piernas, y él hacía un vacuo esfuerzo por preservar el miembro aterido, mientras las fauces exhalaban un goteo de baba en los glúteos y, finalmente, caía al suelo con igual contusión a como lo hacía en la ducha.

—O llego sano al despacho y me saco de la manga cuatro o cinco imputaciones —se dijo Beraza, incorporándose en la ducha y devolviendo el jabón a la jabonera— o no supero esta encerrona, y se me quitan las ganas de volver a prevaricar como un reprimido.

El mal estaba hecho. Tenía asumido que algo proveniente de su pasado profesional se relacionaba con la viscosa conciencia de lo soñado, y pensó que la única justicia que merecía la pena era aquella que, fatalmente, se cobraba los consabidos ajusticiamientos, las trucadas instrucciones que ahormaban las sentencias en que todo

quedaba patas arriba, sin que la conciencia sufriera otro quebranto que el de la iniquidad y el sobreseimiento.

—No tengo la cabeza en su sitio —musitó el juez Beraza, cuando aquellos pensamientos y aquellas sensaciones le hicieron mirarse en el espejo con la conmiseración con que se mira a un ahorcado; la navaja de afeitar a punto de rebanarle un grano, el ojo izquierdo todavía semicerrado a pesar de la ducha fría, y un desánimo que contrastaba con la entereza de un viejo espíritu idealista que se había ido hacía muchos años al garete.

Beraza se encerró en el despacho a primera hora de la mañana, después de gruñir la contestación a los buenos días de las dos chicas de la Secretaría y echar con cajas destempladas al ujier Décimo, que se ofrecía, como era habitual, a servirle un café.

El mal estaba enroscado entre los papeles que llenaban la mesa y el montón de los expedientes, y el juez tuvo la sensación de que en la burocracia judicial había suficientes desperdicios como para intoxicarse y que la salud se quebrara, sin que los jugos gástricos logaran orientar la digestión de algunos actos resolutivos.

En la burocracia se consumaba no ya la inercia y la negligencia, sino el perjuicio de un tracto digestivo que expandía su desgana al colon melancólico, y que en el desánimo de Beraza justificaba algo parecido a una extrema soledad y una indolencia que aquella mañana le incapacitaba hasta para lo que en él era casi un gesto maniático: el repetido dibujo del pene erecto en la cabecera de algún escrito o, en los casos más esmerados, el de una vagina de muy variada identificación, casi siempre sostenida en la expresividad de dos rayas paralelas.

Verino el secretario asomó a la puerta, solicitando antes el permiso de hacerlo, y en el rostro enjuto del funcionario que más trienios acumulaba y menos ganas tenía de que la jubilación lo liberase del yugo judicial, se articuló el gesto servil que tanto se parecía al cuello arrugado de su camisa y al nudo de una corbata que podría llevar perfectamente sin deshacerse el decurso del último trienio.

—¿Exhumamos, don Lamo...? —preguntó Verino, dando dos pasos indecisos hacia la mesa del juez, apretando la carpeta que traía bajo el brazo derecho y que parecía dispuesto a abrir en seguida, para mostrar la documentación.

La voz de Verino era jovial, prevalecida de la idea de que a su jefe podía alegrarle, o hasta entusiasmarle, lo que estaba ofreciendo, pero en seguida se percató de que no era así.

Lamo Beraza parecía aquella mañana una fiera enjaulada o un ser que licuaba la abulia de una amargura congénita, como si después de tanto tiempo, el mal que a veces lo corroía estuviese salpicando todo lo que permanecía a su alrededor.

—Ni exhumamos ni levantamos el pico y la pala —dijo Beraza, con la molestia encorajinada de quien recibe una afrenta en vez de una adulación—, y ya va siendo hora de que te quites de la cabeza esa puta manía de ultratumba.

Verino tardó un momento en superar la reprimenda. No se esperaba esa reacción de su jefe, con el que había compartido las órdenes de desenterramientos como una revancha arqueológica, que en el periódico y las emisoras de Oceda tenía el tufo de una contienda histórica pasada de moda. En realidad, todas las contiendas estaban en Oceda pasadas de moda, y la historia había dejado de ser en la ciudad un pasatiempo para convertirse en la contabilidad de muchas pérdidas y muy pocas ganancias.

—El sepulcro del Doncel Compadecido, la momia de doña Brava, la fosa de los Coraceros, el hoyo del Costal y la tumba del Venerable... —contabilizaban en la sección de sucesos, con el orgullo de Verino complacido en el pleito con el Obispado y el Cabildo o la pugna con la Capitanía y los gremios.

—Se acabó el pudridero, joder —remató Beraza—, ya estoy hasta el gorro de los cenotafios y los columbarios. Quítale el polvo a los expedientes de estafas y damnificaciones, y ponte el braguero para andar más derecho.

Hasta la media mañana no logró el juez contener la desazón con que el mal barría su cabeza, y en el vano intento de sus dibujos eróticos las deformaciones alteraban algunas de las más feas reminiscencias del sueño, como si la mano temblorosa remarcara con el bolígrafo los puntos más oscuros y temerosos de la noche.

—Hay un pozo negro —dijo Beraza, sin que ningún pensamiento avalara sus palabras— en el que guardamos con peor inquina que los malos pensamientos, todas las deposiciones que hemos requerido en nuestra vida.

Sonó el teléfono.

Una de las chicas le advertía de una llamada urgente. Beraza le dijo que se la pasara, y al tiempo se movió en la silla buscando mayor comodidad y abriendo las piernas para suavizar el picor, sin ganas de rascarse.

—Adivina adivinanza... —dijo la voz, que resonaba con el eco de un murmullo e incidía directamente en la pelusilla de la cabeza de Lamo, como si la propia voz que

musitaba las palabras expandiera la caricia de unos dedos que tenían las yemas húmedas.

—El mal necesita del bien —dijo Lamo, embelesado— y requiere de la adivinación y el auspicio. Era tu llamada la que debía resarcirme de un sueño que no me deja actuar según derecho y razón.

—¿De qué mal se trata...? —inquirió la voz, zalamera.

—Del mal del siglo —dijo Lamo, con absoluto convencimiento.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. En el barrio de la Tercena, en el número catorce de la calle Espineda, hay una bola de cristal que se parece mucho al ojo del universo.

Una bola de cristal donde un convaleciente del mal del siglo pueda vislumbrar las predicciones de lo que en Occidente comienza a pesar como la cáscara de un huevo podrido, pensó Lamo Beraza cuando salió a la calle Arbolio, después de decir a sus subordinados que no se movieran de sus puestos, que quedaba prohibido ir el retrete, hacer calceta o tomar una aspirina por mucho que les doliera la cabeza.

El ojo del universo que mira y ve lo que el pensamiento ya no dilucida, en estos tiempos en los que el racionalismo agrario ha dado paso a la improvisación y no hay línea recta que mantenga las mínimas convicciones, pensó Lamo Beraza cuando, al cruzar la calle Arbolio un coche estuvo a punto de llevárselo por delante sin que él, como siempre hacía cuando el mal no le aquejaba, fuese capaz de anotar la matrícula.

—Bola de cristal, ojo del universo —comentó, considerando que en la ciudad de Oceda eran muchos los vehículos que circulaban sin conductor, unos coches fantasmales que acumulaban los choques y los atropellos con la banalidad delictiva con que las autoridades acumulaban los cohechos y las malversaciones—. Este mal no percibe otro alivio que el de la adivinación que lo atempere, aunque en las condiciones mentales en que me encuentro, todavía abrumado por la pesadilla y con el estómago vacío, acaso debiera recurrir antes al padre Utilio, para que me eche un remiendo.

La mañana estaba limpia y Oceda vacía.

El flujo primaveral refrescó la respiración del juez, que sabía de sobra que en las condiciones en que se encontraba no sería adecuado dictar un auto, transunto de cualquier atropello, ni atender una comparecencia, alternativa de un agravio, ni determinar la imputación que pusiera en solfa la cualidad de un inocente, cuya responsabilidad más previsible partía de tener las uñas sucias y los dedos manchados de tinta.

Fue por Capitán Aprisco y por la Entelequia hasta la capilla de Basurto y, antes de entrar en ella, el propio padre Utilio lo cogió por las solapas y lo empujó al interior.

—Te esperaba —dijo el padre, que tenía el hábito puesto del revés, con la capucha bajo la barbilla—, llevo toda la noche con el runrún de tu conciencia, sabiendo que el mal es la pezuña de esa loba que vino a devorarte, cuando el bien lo tienes más confuso que una providencia. No me has dejado dormir y he roto el ayuno y la abstinencia media docena de veces. Ahora el prior me zurrará la badana, y el padre ecónomo me hará pagar las viandas.

—De eso no se preocupe —dijo Lamo, congratulado porque el padre lo zarandeara— que yo corro con el gasto. El mal me tienta y me descompone, necesito

absolución y penitencia. La calderilla de la limosna es lo de menos.

El padre Utilio lo metió a empellones en la capilla y lo llevó a la pila de agua bendita, cogiéndolo por el cuello.

—Mira a Basurto, Beraza, contempla la imagen del tribuno, martirizado por las hordas cartaginesas. Ya ves que tiene mangas y no manos, sandalias sin pies y el rostro privado de la nariz y las orejas. El suplicio en aras de la santificación.

—Lo veo, padre. Mi mal es una monserga al lado de su tormento. Yo soy un detrito del pensamiento débil y la banalidad contemporánea. Un mal del siglo que se mira el ombligo. Una mierdecilla posmoderna.

El padre Utilio le metió la cabeza en el agua bendita de la pila y Lamo la sacó con un ahogo. El padre repitió otra vez la operación y Lamo fue a sentarse a un banco cercano salpicando y buscando el pañuelo para secarse.

—Bueno, Beraza, vamos al grano —dijo el padre, sentándose a su lado—. El saco lo traes lleno.

—Para que usted lo sopesa —pudo decir Lamo, todavía un poco atragantado— y me ponga a cuenta los veniales, si puedo sufragar los mortales, y llegamos a un acuerdo.

—Vamos a por ellos.

Lamo Beraza pasó el pañuelo por la pelusilla de la cabeza y las yemas de los dedos húmedos del sueño le incitaron a administrar con tiento la perversión.

Le costaba trabajo repasar la retahíla de infracciones mortales, que el padre Utilio se sabía de memoria, y ya estaba arrepentido de haberlo buscado una vez más, sabiendo como bien sabía, por su profesión, que la confesión del reo era el acto más penoso del procedimiento penal, lo que un ser desvalido, por muy culpable que sea, asume sin otras reservas exculpatorias que las que provienen del vano intento de engañarse a sí mismo.

—No hay arreglo —dijo el padre Utilio, cuando Lamo Beraza culminó el repaso de sus actos, y en vez de mostrar el arrepentimiento exigible, se encogió de hombros y no evitó el escalofrío que le provocaba el agua bendita.

—No sé si una mala noche se alivia con la penitencia de una mañana aciaga.

—No me gusta un pelo ese lío que te traes con lo del mal. Eres un pervertido, Beraza. Ahora lo único que quieres es que te dé dos hostias, la absolución te la trae floja.

—Será el modo de aliviarle la conciencia y reforzarle la fe a un cristiano que no levanta cabeza. Yo no soy Basurto, padre Utilio, yo no tengo el arrojo del tribuno, la cualificación del magistrado que puede vetar las resoluciones del Senado y proponer plebiscitos. Yo hago instrucciones y me rasco la entrepierna, prevarico y me quedo tan pancho.

El padre Utilio se puso de pie y le indicó a Lamo que lo imitara. Lamo se incorporó, mojado y cabizbajo.

—Alza la gaita —le ordenó el padre Utilio.

Lamo Beraza le obedeció. El padre Utilio se arremangó, tomó fuerza y le asestó dos bofetadas.

—Éstas por el capricho del *connus linguae*, y éstas otras —repitió, con tanta contundencia que Lamo perdió el equilibrio—, por la depravación del coito anal.

No se fue satisfecho de la capilla.

La imagen del tribuno Basurto le escocía con el celo profesional de la magistratura, y las bofetadas del padre Utilio tenían un afán punitivo más penal que penitencial. Se juró a sí mismo no volver a confesarse y, todavía con la cabeza mojada y las mejillas enrojecidas, se dirigió a una parada de taxis.

—Adivina adivinanza —musitó, al entrar en el vehículo y ordenarle al conductor que lo llevase al número catorce de la calle Espineda, en el barrio de la Tercena.

—Un barrio al que vino una vez Cristo disfrazado de pordiosero —dijo el taxista, con el retintín de quien recita un catecismo apócrifo— y no hubo ni un alma que le abriera la puerta y le diera limosna.

—Será porque no se identificó —aventuró Lamo.

—No me va a hacer creer usted que el hijo de Dios necesita carnet de identidad...

—Una cédula no le viene mal a nadie, y todas son baratas.

—Me parece que usted y yo no tenemos otra cosa en común que la de vivir en esta ciudad, donde el tanto por ciento más elevado lo ostenta un agnosticismo galopante.

Lamo no contestó. Oceda se deslizaba a través de la ventanilla como una urbe que sucumbe en el menosprecio de sus habitantes, ajena a los intereses de quienes en ella viven como fatuos fantasmas o seres que en el ensimismamiento encuentran el devaneo de sus mentes olvidadizas.

—Ciudad sin pena ni gloria —aseveró el taxista, mientras Lamo le ordenaba que, por favor, acelerara, que tenía prisa.

El taxista le obedeció.

—Dios nos conmina, no le quepa la menor duda. Ese Cristo pordiosero se la tiene jurada a quienes no quisieron darle el óbolo. Y no me tome usted el número cambiado, yo no practico, no soy un meapilas, y si tengo en el mundo algún enemigo, ése es el socio número uno de la Deportiva y un cuñado que, además de montañero, es testigo de Jehová.

El coche aparcó en el portal del catorce de la calle Espineda y Lamo le abonó la carrera.

—¿A que no sabe usted lo que voy a hacer ahora mismo, rogándole que aguante un momento para que pueda atestiguarlo...?

—No tengo ni idea —dijo Lamo sin ningún interés.

—Voy a estrellarme en la primera farola —aseguró el taxista, asomando la cabeza por la ventanilla— y de ese modo sube el índice de accidentes urbanos y yo cobro lo que me corresponda del seguro. Este vehículo está pasado de rosca, y hoy es uno de esos días en que no tengo ganas de trabajar.

Lamo Beraza se quedó quieto en la acera.

El coche dobló la primera esquina y en seguida se escuchó el estruendo de un choque, sin que en el vecindario nadie asomara a la ventana. El taxista apareció al cabo de un momento, alzaba ufano los brazos y mostraba en las manos el volante del coche estrellado.

—Atestado policial —contabilizó Beraza—, comparencias, diligencias previas. Los del seguro no se van a creer la patraña de un descuido, por mucho que el Ayuntamiento tenga repartidas las farolas en esta ciudad a su libre albedrío, sin orden ni concierto. No hay un ojo, ni siquiera de cristal, que pueda ver lo que el corazón humano esconde bajo la chaqueta.

Jamás en su vida reconocería Lamo Beraza haber sufrido un atentado, ni siquiera una agresión, en el piso de Ariana Mercado Nistal, donde las adivinaciones no se resolvieron con la bola de cristal que embrujaba sus ojos y le hacía parpadear como si fuera a quedarse ciego, ni con los naipes de un tarot deslucido que repetían hasta la saciedad la misma carta, mientras ella las barajaba una y otra vez y las iba poniendo sobre la mesa, mientras Lamo perdía la noción de las cosas y se quedaba con la mente en blanco.

Lo que Lamo Beraza se reconoció a sí mismo, y a nadie más, es que de las pociones que ella le hubiera administrado, mientras sacaba del armario el muestrario de lencería que depositaba, prenda a prenda, sobre la colcha de la cama matrimonial, quedaba un sabor adictivo que remarcaba en el gusto la predisposición del deseo, aunque luego, tras muchas tazas, el deseo se diluía y el gusto enlazaba con el sueño, donde de nuevo el juez retomaba la pesadilla nocturna de la loba en el bosque.

Lamo recordaba muy bien los labios del carmín morado, el azabache de la melena que levantaba el viento, los pezones de los que se escurrían dos gotas de leche que él se resistía a sorber y un aroma de hierbas secas, que lo mismo podía provenir de la piel de la pitonisa, tan visible como solapada según el tiempo se desleía en las sucesivas ensoñaciones, como del humo que aspiraba del pebetero donde las flores se consumían con una llama diminuta.

—Las que más me gustan —había dicho Lamo, cuando ella esparcía las prendas en la colcha, después del rápido gesto de indicar la ubicación en su cuerpo, cubierto en aquellos momentos por una bata floreada— son las de pistacho.

—Todas están compradas en Fajas Copelia.

—De niño me volvía loco el fruto del alfóndigo, la almendrita verdosa y oleaginosa que me envició con igual fijación que las bolas de anís.

—Su señoría tiene gustos enrevesados —dijo ella con sorna—, el color del pistacho no abunda en la ropa íntima, estas prendas son del muestrario.

—Ya no distingo entre el sabor y el tacto, la evidencia y el antojo, el acertijo y la conjetura. Lo que tenía cuando llegué, toqué el timbre y me abriste la puerta, era una notable confusión de pereza y ganas, de cobijo y desilusión.

—No te quiebres la cabeza —dijo Ariana Mercado Nistal, sacando sábanas limpias del armario ropero, y poniéndose a hacer la cama, donde Lamo tuvo la sensación de que dispondría de un sueño reparador, aunque la loba de la pesadilla nocturna le alcanzara los genitales— que la avidez no es buena y en la administración del placer hay que rebajar los anhelos. Cuando descanses, y estés complacido, haremos un vaticinio para que brujulees con seguridad y calma. Sus señorías no

pueden andar todo el santo día con la cabeza a pájaros, arrastrando sin tino la balanza y con el filo de la espada de la justicia mellado.

—Hace mucho tiempo que renuncié a la magistratura —reconoció Lamo Beraza pesaroso, aspirando el aroma de las flores que enturbiaba su mente, sin que el gusto seco del humo borrara la humedad de unos labios carnosos, también pintados con el carmín morado pero mucho más secretos y frutales—, ni la toga ni el arbitrio, apenas la consecuencia de una sentencia trasnochada. Renuncié a las puñetas y entendí que en el imperio del mundo tiene más predicado la injusticia que la justicia. Pistachos y bolas de anís, querida amiga. El sabor de la inocencia y el expediente de la indolencia y el desamparo.

—Duerma usted, señoría. El tarot no engaña, la misma carta tantas veces repetida es como el precipicio donde uno se tira de cabeza. Juzgue sin presunción y no renuncie a las golosinas.

Atardecía cuando asomó desde el portal del número catorce de la calle Espineda. El barrio de la Tercena le amedrentó, como si en el dédalo de sus rúas hubiese un animal dormido que encogía las patas al estremecerse en los sueños que lo quebrantaban.

Caminó por la acera. No era capaz de contabilizar las horas que hubieran transcurrido desde que el taxi lo dejó en el portal en la media mañana, ni tampoco recordaba con exactitud lo que el taxista quería cuando, poco después, le hizo señas a la vuelta de la primera esquina, enarbolando el volante del vehículo con ambas manos.

—Venga, no se separe —le dijo alguien, adelantándole desde el quicio de una puerta —, el que lo sigue no tiene buenas intenciones.

Era un hombre que vestía una gabardina y un sombrero de cazador y que movía el cuerpo escorado, como si la pierna izquierda tuviera una longitud distinta y el esfuerzo de moverse creara un inevitable desequilibrio.

Jamás Lamo Beraza reconocería el atentado sufrido en el piso de la adivina; le resultaría tan improcedente como penoso, ni siquiera lo que podría considerarse una mera agresión, de la que la propia pitonisa se había condolido, al buscar angustiada el agua oxigenada y proceder a curarle la herida con unas gasas y esparadrapo.

—El daño se escuda en la causa —dijo, cuando volvió en sí del golpe y, en las precarias condiciones en que se encontraba, sin calzoncillos ni camiseta, su mente consideró que el dolo se contradecía con la inconsecuencia de un afán vengativo.

—Estaba escondido en el armario —reconoció la pitonisa, tan alarmada como culpable— y ni siquiera me fijé cuando saqué las sábanas para cambiar la cama. A

este hombre ya no lo tengo por marido, y el compromiso morganático lo pone en entredicho, no fue un matrimonio cabal.

—¿Era él...? —quiso saber Lamo.

—Tres años para consumir el vínculo conyugal, tres años de desilusión e impotencia, los mismos que sobrellevamos tirándonos los trastos.

—No hay dolo —afirmó Lamo, llevándose la mano a la herida de la nuca— y el trance de habernos pillado rematando la coyunda por tercera vez, rebaja el peso de la culpabilidad en proporción a los tres años de su intento denodado de consumación. Es una buena coartada, lo justifica y lo exime, al menos moralmente.

—Yo le di la misma medicina, recuérdalo, tuve que romperle la cabeza —dijo Ariana, desolada—. Violencia de género, si se considerara su carácter pusilánime y la encarnadura escuchimizada.

—¿Usó conmigo el mismo arma...? —quiso saber Lamo, que tenía la cabeza como un bombo, pero no perdía la pericia judicial.

—Es lo que hubiera querido, el ladrillo de mis predicciones, pero se tuvo que conformar con un adoquín.

—Desconoceremos la prueba, vamos a actuar en consecuencia, un golpe por otro. Y échame una mano, me parece que todavía estoy tieso y el glande se aburre. Todos debiéramos cuidar más la espalda, y andar más advertidos con los armarios, sobre todo cuando como éste tuyo tienen rayada la luna. Luego, si eres tan amable, baja a comprarme una bolsa de pistachos.

El hombre de la gabardina y el sombrero de cazador fue al lado de Lamo, y el juez tuvo la sensación de que lo escoltaba, igual que un guardián o un agente de seguridad.

—Es alguien que viene a cobrarse algo —dijo el hombre, receloso— y usted es el cliente. No se separe, venga a mi ritmo, y disculpe el vaivén, tengo la pierna derecha ortopédica y, aunque me la hicieron a medida, quedó unos centímetros más larga que la otra.

Lamo dio unos pasos, el hombre casi le hizo tropezar.

—Mire, si es verdad que me siguen —dijo Lamo decidido—, prefiero dar la cara. El que más sospechoso comienza a parecerme es usted precisamente.

El hombre derivó a un lado y salió desequilibrado de la acera. La gabardina estaba abierta y Lamo percibió el desnudo escuálido, los pelos enrevesados.

—Está usted en pelota picada —dijo Lamo indignado— ¿no será un exhibicionista, no será el Sátiro de la Colina...?

El hombre reculaba, avergonzado y nervioso, abrochando la gabardina e intentando ocultar el pene, que era igual que un gusano retorcido entre el musgo.

—No me lo tenga en cuenta, por favor —suplicó el hombre—, quería echarle una mano. El que lo sigue tiene poco tamaño pero una pinta nada recomendable. Viene armado, trae un adoquín en la mano, y podría jurar que hay sangre en el adoquín. Quiere atacarlo por la espalda.

Lamo Beraza se volvió. El marido de Ariana venía por la acera en las condiciones en que el hombre de la gabardina había indicado, con un adoquín en la mano.

—No vengo a intimidarlo, hágame caso —suplicó—. Estoy arrepentido del ataque. Lo único que quiero es que usted comprenda el límite de lo que un hombre, por pequeño que sea, puede soportar. Dentro del armario echaba las cuentas de mis gatillazos y proliferaciones, mientras usted se pasaba de listo. Le agradecí que tirara el ladrillo, pero todavía no me sentía resarcido. Ella con el ladrillo tuvo mejor puntería y usted dispara sin avisar.

La cabeza de Lamo todavía daba vueltas, aunque su mente ya no estaba en blanco.

En el atardecer de Oceda las mentes se ajustaban a una realidad menos inconsciente y cobraban el atisbo de una lucidez no muy merecida, ya que la ciudad en absoluto se cuidaba de sus habitantes. Si algún día, se fueran todos los habitantes de Oceda, ésta ni siquiera se daría cuenta.

Lamo buscó en la coronilla el apósito, pero sin la mínima intención de recordar la agresión.

—Soy Palmero, ya me conoce, Palmerín para las amistades, un antiguo operario del Opus al que los numerarios aborrecieron.

—¿Y qué quiere...? —inquirió Lamo, desabrido.

El hombre de la gabardina no se separaba de ellos, parecía intrigado por el reconocimiento y la actitud del perseguidor.

—Quiero ir con usted al puente de Urales, y que haga de su propia mano lo que hizo con la anterior prueba, cuando mi señora se cebó conmigo. Ésta que le enseño es el arma homicida, con ella me resarcí de aquel ataque sin que, a Dios gracias, las cosas hayan llegado a mayores.

—Seré más consecuente, ya que se reconoce como presunto homicida —dijo Lamo—, pero en absoluto quiero acordarme del atentado. A un juez no se le sube a la

barba el exoperario de un instituto secular, le hayan o no le hayan aborrecido sus superiores.

Caminaron hacia el puente de Urales.

Lamo Beraza daba los pasos rápidos de quien ha tomado una decisión, acostumbrado a las resoluciones judiciales de los autos que más le petaban.

Lo seguía Palmero, con el traje arrugado, acaso a consecuencia de haber permanecido en el armario de la alcoba matrimonial más tiempo del previsto, y tras él, a una distancia más propia del curioso que del concernido, el hombre de la gabardina y el sombrero de cazador, dándole a la pierna ortopédica la soltura de quien baila en una pista de parálíticos.

El juez Lamo Bereza asomó a la balaustrada del puente. Las aguas del Margo se movían con un brillo primaveral. Habían perdido su condición de espejo sucio de una ciudad que en el invierno acumulaba los desperdicios de las vidas de sus habitantes, y en el cristal de su deslizamiento ofrecían un efecto hipnótico que reconducía cualquier mirada al límite del horizonte, donde el río se confundía con la masa vegetal de las choperas.

—Deme el arma —solicitó a Palmero, que estaba a su lado y le dio el adoquín—. La oirá usted chapotear cuando el río la esconda. Así se soslayan muchos delitos, con el agua ahogando las conciencias, lo que no quiere decir que se ahoguen los remordimientos.

Lamo sujetó el adoquín y en seguida lo lanzó con una gran esfuerzo, sin percatarse de que Palmero acababa de subirse a la balaustrada y, desde ella, alzaba las manos y gritaba sin que se le entendiera muy bien.

Cuando Beraza se dio cuenta de que en Palmero había una intención probablemente suicida, aunque esas presunciones eran con frecuencia avales de un instinto judicial que justificaba con notable rendimiento muchas de sus prevaricaciones, lo conminó a bajarse de la balaustrada, momento que el agresor aprovechó para lanzarse al río.

—Yo lo saco —oyó entonces el juez, y comprobó que el hombre de la gabardina y el sombrero de cazador también se había subido a la balaustrada y, con veloz habilidad, se despojaba de la gabardina, desataba la pierna ortopédica, solicitando a Lamo que la cogiese, se sacaba un ojo de cristal del cuenco correspondiente y se disponía a lanzarse, desnudo y demediado, con la piel amarillenta del cuerpo de un nadador tuberculoso, y los pelos más ateridos que arrugados, sin que el gusano de la entrepierna pudiese hacer otra cosa que cerrar los ojos.

Fueron dos zambullidas parecidas. Las aguas volvieron a la mansedumbre del brillo primaveral, y el juez Lamo Beraza apenas aguardó unos minutos hasta distinguir en la no muy lejana orilla a los dos hombres debatiéndose cerca de ella: uno decidido a alcanzarla y el otro esforzándose para que no lo lograran.

—El Margo siempre se cobra lo que se debe —dijo Lamo, con el cinismo de quien se ve compelido a aceptar las razones del destino humano, como si la fuerza de los hechos redundara siempre a favor de la fatalidad, y entre un marido impotente y un exhibicionista esquelético no pudiera haber acuerdo posible para sobrevivir.

—Lamo, Lamo, por Dios bendito, no veíamos la hora de que llamaras —dijo Fruela Corada, cuando sonó el teléfono y la voz del juez carraspeó desatenta, como si fuera su madre quien le obligara a llamar a las hermanas.

—¿Qué pasa, es que todavía no apareció ese gandul...? —quiso saber Lamo, que había llegado a casa en condiciones poco honorables, sucio y desastrado, con el apósito en la cabeza y arrastrando la pierna ortopédica como el resto de una intervención forense.

—Es algo mucho más grave, necesitamos verte inmediatamente. Por Dios, Lamo, por lo que más quieras. Mila está en la cama, sangrando como una novicia, y yo estoy atragantada de tranquilizantes, tienes que sacarnos del atolladero.

Doña Emina, la madre de Lamo Beraza iba tras él en la silla de ruedas, como la oveja que no atiende las órdenes del pastor y no se resigna a volver al redil, encantada de que su hijo regresase sano y salvo de aquel trabajo, que ella no sabía cuál era pero que, en cualquier caso, tenía que ver con malhechores y autoridades de países extranjeros.

—Ay, qué guapo volviste —decía, muy satisfecha, yendo tras él—, qué retrechero y elegante, con ese aire de galán y la frente tan alta. Un hijo que es un pilar y un monolito, yo no sé si el Gobierno sabe o no sabe sacarte punta, no sé a qué esperan para darte otro cargazo.

—Anda, mamá, déjame un momento, que voy a darme una ducha y a cambiarme —pedía Lamo, exhausto—. Voy a ver si espabilo.

—Tantas embajadas, tantas recepciones, tantas requisas y pesquisas —enumeraba doña Emina, complacida y enojada— con reyes malos y príncipes pedigüeños. Se te desescama la rabadilla de tanto doblarte. Tienes que prometerme que no vuelves a darle la mano al que no se quite el guante, menuda falta de respeto.

Lamo se duchó y se cambió. Doña Emina hacía guardia a la puerta de su habitación, y no había dejado de hablar.

—Ahora me dices si esa pata es de cordero o de cualquier mandatario de un país incipiente —le preguntó doña Emina, señalando la pierna ortopédica que Lamo había dejado en el recibidor.

—Es de cordero. Le dices a Bergamina que la ase, me la regalaron en las Bermudas. La guardo en la nevera, no te preocupes.

—Siempre fuiste un niño robusto —decía doña Emina, embelesada, mientras Lamo volvía a besarla—. Guapo, grande, con los brazos de un *sportman* y las piernas

de modelo. ¿Te acuerdas de cuando posaste para Garabito haciendo el discóbolo? Ay, qué prestancia y qué prosopopeya, y qué pena la calvorota. Yo no sé si los masajes con el aceite de ricino no eran buenos, hijo, no sé si la linaza no te hubiera venido mejor. Es el único disgusto.

—Fue la mili, mamá. Sudé la gorra al servicio de la patria y allí perdí el poco pelo que me quedaba. La patria es la salvaguarda de los bien nacidos, como decía papá antes de que lo empujaran, y yo me rasco la cabeza con la conciencia del deber cumplido. Llevo en la cabeza el honor del padre desplumado, y la calvicie no es ningún desdoro, por mucho que estéticamente deje bastante que desear. Mucho pelo tampoco quita el hipo.

Doña Emina fue tras él hasta la puerta, desde donde Lamo se volvería para enviarle el último beso antes de irse.

—Un dechado de virtudes —susurraba ella, conteniendo la euforia que había aliviado su viudedad, cuando el recuerdo del padre de su hijo se extinguió y en su cabeza ya sólo hubo sitio para el vástago que todos los días tomaba un avión, les leía la cartilla a los rufianes y alternaba con las altas esferas del extranjero, sin que le importara que fuesen monárquicas o republicanas—, un chico con la alcurnia del perito y el mérito del alabardero. Las luminarias de una mentalidad redonda. Qué responsabilidades, Dios mío, cuánto empeño y reverencia, y todo el santo día en los aviones y los paraninfos. Es que no paras, es que no te dejan ni respirar, estás para comerte.

—Lo matan, Lamo —dijo Fruela, lanzándose a los brazos del juez nada más abrir la puerta, llorosa y aturdida—. Lo tienen metido en una jaula y le van arrancando los perdigones hasta dejarlo en carne viva. Ya le rompieron una pata y le cortaron el pico. Es un pichón, Lamo, quieren guisarlo.

A Lamo Bereza la desolación de Fruela, fundida en el liviano vestido que detallaba sus carnes con una trémula palpitación, le hizo suspirar, y cuando se dio cuenta la estaba estrechando contra sí, como si entre la angustia y el desconsuelo fluyera una intimidad placentera y medrosa, la que hace descubrir tantas sensaciones insospechadas que difícilmente tienen otro cobijo.

—Vamos, vamos, no te pongas histérica, ahora me lo cuentas... —propuso Lamo, sin dejar de estrecharla, llevándola hacia el salón, donde se sentaron muy juntos.

—Lo secuestraron —dijo Fruela, ya más entera y menos llorosa—. Ayer llamaron para decirnos que estaba preso y que el rescate era de trescientas mil. Nos dieron hasta hoy a las doce para hacernos con el dinero. A las doce volvían a llamarnos para darnos instrucciones de cómo entregarlo. No parecía que hubiese muchas garantías de

que lo iban a soltar, pero ése era el plan y, ya te lo puedes suponer, con la amenaza de que si se lo decíamos a alguien o hacíamos una denuncia, lo mataban.

Mila Corada asomó en el salón. Venía desaliñada, con la bata encima del camisón y los ojos entumecidos. Se emocionó al ver a Lamo y comenzó a llorar, antes de sentarse con ellos.

—Ya lo mataron, Lamo —dijo, convulsa—, ya nos hemos quedado otra vez huerfanitas, y ahora con el pesar de sabernos culpables. Cano no se merecía unas hermanas tan poco consecuentes como nosotras, no se merecía que no nos hubiéramos matado vivas por él. Tan malito, tan blando.

—Ante todo, un poco de calma —propuso Lamo Beraza, haciéndose con la situación—. Nadie mata a nadie a la primera amenaza, y menos en un secuestro tan estúpido. Alguien llamó para daros el encargo, y esa misma voz volvió a hacerlo para ratificar que teníais el dinero y ordenaros cómo entregarlo ¿no es así...?

Fruela no pudo contener el llanto, se deshizo en los brazos de Lamo, que la acogió un poco asustado, mientras Mila estiraba las piernas con la sensación de que la sangre del menstruo que se derramaba por ellas era la misma que vertía el cuerpo de su hermano asesinado.

—En la sucursal del Torrado, donde tenemos las cuentas y los valores, no pudieron atenderme, no pude lograr el dinero necesario, no estaba don Damián, el director, que me hubiera hecho caso de otra manera.

—No lo entiendo.

—Es que no había dinero, Lamo, ni en las cuentas ni en las cartillas, y hasta algunos valores estaban vendidos sin que quedara efectivo. Esto es lo que más me costó creer, lo que más nos amargó. Cano ha sacado en los últimos tiempos prácticamente todo lo que teníamos. Mila y yo somos demasiado despreocupadas, ya lo sabemos, nunca supimos hacer otra cosa que fiarnos de él, sentirnos seguras en sus manos, como unas bobas o como unas inconsecuentes, eso ya da lo mismo. Cano es el hombre de la casa, así lo respetamos siempre, aunque de los disgustos sea mejor no hablar. Un hombre sin coraje, ésa es la pena.

Lamo Beraza pensó en su amigo Cano Corada y no pudo menos que sonreír moviendo la cabeza, sabiendo lo que el hombre de la casa guardaba entre sus méritos, lo que las cosas suponían en sus manos, lo que su cabeza tramaba con la alteración de quien vive prevalecido, entre las admiraciones y los compadecimientos de quienes lo rodean.

—Total —dijo Lamo, pesaroso— que no pudisteis cumplir con lo que os demandaban. No lograsteis el dinero y, todavía en ese punto, cuando estabais más angustiadas, fuisteis incapaces de venir corriendo a que os echase una mano, a prestároslo. Éste es el amigo que no vale para otra cosa que para felicitarlo el día de su santo o regalarle una corbata el de su cumpleaños.

Mila se incorporó y salió corriendo del salón, sujetando la compresa en la entrepierna.

—Tiene el mes —informó Fruela, que aceptaba el pañuelo que le ofrecía Lamo e intentaba encender un cigarrillo—. Está más deshecha que yo, se ha desquiciado. Las pequeñas son siempre impolutas.

—No os entiendo, la verdad es que todo me parece un desvarío, pero a Cano no lo mataron, no es tan fácil tomar esa decisión, cuando todavía hay tiempo para cobrar lo que se proponga quien lo secuestró.

—Es que lo peor todavía no te le hemos contado —dijo Fruela Corada, agachando la cabeza, con el gesto de quien pone el cuello para que el verdugo se lo rebane, antes de tener que confesar lo que no queda más remedio—. Conseguí el dinero, lo tuve metido en un sobre y, cuando llamaron y me dieron las instrucciones, tuve que hacer lo que no te imaginas: meterlo en una pierna ortopédica, que había traído Fruela la otra tarde, y llevar la pierna a la cafetería Composta.

A Lamo le vino inmediatamente a la cabeza la pierna ortopédica que le había entregado el hombre de la gabardina y el sombrero de cazador en el puente de Urales y, a la vez, aspiró el tufo de un asado que llegaba a quemarse en la cocina de su casa, donde la ortopédica se había convertido en una pierna de recental, olvidada en el horno.

—¿Hiciste la entrega...? —inquirió Lamo, desconcertado.

—Vino un hombre, que confesó ser el intermediario. Era cojo. Yo aguardé a que comprobara el dinero y se cambiara la pierna, él tenía otra ortopédica y, al parecer, de ese modo se llevaba el rescate, con el disimulo de quien va a lo suyo. Una pierna por otra, y el dinero guardado en la articulación.

Lamo Beraza suspiró. El desconcierto se estaba convirtiendo en confusión. Fruela lo miraba por el rabillo del ojo, y chupaba el cigarrillo con ansiedad.

—Todo según lo apalabrado, y el cojo con la pierna del rescate, tan campante. Cano aparecerá en cualquier momento, no iban a soltarlo a la primera de cambio —opinó

Lamo—. Tendrán que guardarse las espaldas, darse un tiempo, hay que tener calma.

Fruela volvió a derrumbarse con un llanto más convulso. Mila regresaba, con un gesto dolorido y receloso y se sentó en un sillón cercano.

—No era dinero —dijo, irritada—. El sobre que llevó Fruela en la pierna era falso. No era dinero, era un fajo de papeles de periódico, igual que los del timo.

—¿Eso se os ocurrió —quiso saber Lamo, poniéndose de pie, escandalizado— esa barbaridad, intentar dar gato por liebre de una forma tan simplona...?

—El sobre con el dinero me lo dio un amigo —confesó Fruela, avergonzada— pero, por Dios, eso no soy capaz de explicártelo, y te ruego encarecidamente que no me preguntes.

Lamo dio unos pasos por el salón. A Fruela le temblaban las manos y a Mila las piernas.

—Está bien, está bien —decidió Lamo, intentando recuperar la cordura y tranquilizar a las hermanas—. Vamos a tomar medidas, lo dejáis todo en mis manos. Cualquier llamada que se produzca, me avisáis inmediatamente. Sean quienes sean, no van a conformarse con quedar con las manos vacías. Os están metiendo todo el miedo que pueden en el cuerpo y, además, se habrán cabreado hasta extremos impensables con lo que hicisteis, pero el dinero auténtico es lo que de veras les interesa, y no van a resignarse.

—Yo sé que lo mataron —dijo Mila, torciendo el gesto y la cabeza—. Al cojo lo conocí ayer, me abordó en la propia cafetería Composta, me estuvo engatusando y engañando, hasta me hizo pagarle una ortopédica nueva, con el cuento de la reparación. Se llama Toño Viñales y tiene un ojo de cristal.

A Lamo le volvió el tufo de la pierna asada y, por un instante, sintió que se le cruzaban los cables. Le resultaba premioso seguir el relato de las hermanas.

—¿Un exhibicionista, un pájaro que anda en cueros, con un sombrero de cazador y una gabardina tiñosa...? —quiso saber.

—No —afirmó Mila—, a ése también lo conozco, pero no es Toño. Ése es un hombre que no tiene porvenir, está incapacitado para la cópula, y se las ve y se las desea para darle al cuerpo demediado un capricho. Me advirtió de que Toño Viñales no es trigo limpio, y me dijo que no nos deshiciéramos de la ortopédica ya que, como así resultó, iba a servir para algo. Viñales me dejó la pierna recambiada, se fue con la repuesta y me dejó la suya con la factura.

—Vivimos en una ciudad que tiene una tasa muy alta de mutilaciones e impedimentos —consideró Lamo, con cierta afectación— y eso debe ser razón suficiente para mantenernos en guardia. Las urbes diezmadas se agotan en su ensimismamiento, lamiéndose la herida y el muñón. Ésa es una de las causas de que el poder judicial ande a la deriva, administramos como podemos una justicia de cojos, tuertos y enanos, pero no hay más remedio que mantenerse firmes. Si no judicializamos la vida se nos escapa el espíritu convaleciente y el bien común se va a la porra. Hay que atar cabos y ajustar los asados a las recetas adecuadas, yo no soy vegetariano, ni siquiera me la meneo haciendo garabitas. Cuando prevarico no me paro en mientes.

Lamo Beraza recibió agradecido las miradas apesadumbradas de las hermanas Corada, y sintió que ambas tenían igual atractivo en la penosa vicisitud que las enfermaba, como si el mal del siglo destilara en ellas un reflejo de contaminación voluptuosa.

Se rascó la entrepierna con disimulo dispuesto a irse, e hizo un precipitado intento de besarlas.

—¿Eso es todo...? —quiso saber, como si en la pregunta pretendiera resumir a la baja la preocupación y la curiosidad.

—Sólo nos queda por decirte —aseguró Fruela Corada, cerrando los ojos— que Cano tiene mujer, una hija que se llama Evedia y, al menos, tres abortos en su conciencia.

—Mejor le hubiera ido de novicio en los galopinos, joder —dijo Lamo dando una bofetada en el aire—. ¿No lo querían tonsurado vuestros padres, con la muceta y el bonete...? De todas formas serán hijos de madera, piezas de ebanistería, no hay que subirse a la parra. Si Cano fue sietemesino ¿qué puede esperarse de su aportación a la degollación de los inocentes...? No me jodáis.

IV

PESQUISAS Y COMPONENTAS

El comisario Ucieta le dijo al inspector Dopico que cuando a una mosca le brillan los sobacos es señal de que el díptero metió la trompa para chupar lo que no debía.

Los sobacos de las moscas no exudan lo que la humanidad tan penosamente soporta, ese hedor que rezuma con un desagrado fisiológico al que llamamos sobaquina, remarcó el comisario, y, sin embargo, el brillo habitualmente verdoso tampoco resulta agradable, antes al contrario, el aleteo de la mosca denota la viscosidad de lo que pudo chupar, la materia acaso fecal en que el díptero metió la trompa. Un brillo de características ferostáticas.

—Si usted tomara apuntes, amigo Dopico —indicó el comisario, con cierto resabio pedagógico no exento de pedantería—, no iba a dar por bueno el indicio de cualquier insecto vulgar. Hay que afinar un poco más. En el reino de los artrópodos son fundamentales las metamorfosis, y no puede usted venirme con el cuento de una sospecha basada en el vuelo pegajoso de la mosca cojonera. Joder, Dopico, compruebe al menos los dos sobacos, haga un careo con la mosca y el detenido.

El inspector Dopico acababa de entregarle el informe de una detención al comisario, y se sentía incapaz de añadir nada al desmañado relato que contenía tantas erratas como imprecisiones y en el que, como resultaba habitual en el inspector, estaba trabucada la fecha de los hechos, ya que Dopico siempre vivía con la cabeza puesta en el día anterior, y lo que sucedía en el presente lo consignaba en el pasado, de tal modo que en su existencia no había actualidad.

—No es un jueves, joder, es un viernes —decía el comisario devolviéndole el informe, y con la convicción de que los sobacos de su subordinado no brillaban como los del díptero, agobiados en la exudación nerviosa y en la higiene trasnochada de quien siempre llevaba la misma chaqueta, fuera invierno o verano y, según el cálculo policial, se mudaba una vez al mes.

Todavía intentaba el comisario Ucieta cazar la mosca que pudiera dar algún sentido al informe que acababa de leer, mientras el inspector Dopico hacía un apresurado repaso mental de las fechas y los hechos, cuando sonó el teléfono y el comisario lo cogió, alzando el trasero en el sillón y rascándose con el habitual comedimiento.

Rascarse el culo era algo más que un tic en el comisario, era una práctica rutinaria muy ligada al resorte de sus elucubraciones policiales, como si entre el trasero y el cerebro existiese una vía de inducción y deducción generalmente provechosa.

—Beraza —constató Ucieta en el auricular—, me tienes abandonado, ya no me acuerdo de si sigues calvo o curaste las ladillas. El tiempo pasa como un soborno.

El inspector Dopico mostró la intención de irse, pero el comisario lo retuvo con un gesto.

—Me curo de espantos, Ucieta —dijo Lamo Beraza, que llamaba desde el bar Constelaciones, no lejos de la Comisaría y más cerca de la casa de las hermanas Corada, que acababa de dejar—, pero tengo la sífilis aparcada y me la pelo a pulso. Hay que aguantar la rebaba.

—Qué jodido eres, y quién tuviera tu mano y tu puntería, yo sigo sin ser capaz de sacarle punta al lapicero.

—Hay que hacer por la vida, Ucieta —aconsejó Lamo Beraza—, y tener altura de miras, de otro modo se te judicializa la existencia o acabas de guindilla. No le puedes dar a la fuerza pública más de lo que merece. En la Constitución hay demasiados sobrentendidos.

—Qué razón tienes, Beraza. Me rasco el culo y ya se me conectan las meninges, ya empieza a maquinar la cabeza, ya hay un culpable en lontananza en cualquiera de los casos abiertos. Seremos unos cachondos, Lamo, pero ante todo somos profesionales. Nunca jodimos la marrana.

—En lo que somos más distintos es en la forma de rascarnos.

—Jodido, Beraza, qué sería de esta puta ciudad si nosotros dejáramos de rascarnos. Mira, voy a decirte una cosa, ahora que no nos oye nadie: el peor delito es el que cometen los ilusos, los bobos, los tontos de remate. Los malos de verdad, los que tienen la vocación de hacer fechorías tienen más encarnadura y, cuando se pasan de la raya, dan menos grima. Cuando le echo la zarpa al peor de todos, me dan ganas de cambiarme por él. Un cabrón con pintas, amigo mío, es quien mejor representa a la especie humana. Hay corruptos y asesinos que merecen una estatua. A los robaperas hay que extinguirlos.

—Así se expresan los policías cabales, Ucieta. Cuando un día cualquiera me sale la veta prevaricadora y me pongo por montera los autos y las instrucciones, es cuando mejor me rasco.

El inspector Dopico hizo de nuevo la intención de irse, pero el Comisario le indicó que no se moviera.

—Oye, Lamo, cambiando de tema —bajó la voz— ¿qué pasó con las hermanas, cayó alguna, ya sabes que a mí la pequeña me hace más tilín que la mayor...?

—De ellas tengo que hablarte, y por eso te llamo. Están metidas en un lío y tenemos que echarles una mano. ¿Puedes acercarte al Constelaciones o tienes algún compromiso...?

—Lo que tarde en poner en su sitio a tres alubias que están en el calabozo.

—Te espero.

El comisario Ucieta colgó el teléfono, se puso de pie e hizo el falso gesto de rascarse, sin que el inspector Dopico se diera por enterado.

—¿A quiénes tenemos abajo...? —quiso saber.

—A Lastra, a Merodio el carterista y a Fasgar, el que tenía que haberse comido la mosca.

—Sí, señor, muy bien dicho —asintió el comisario— y con la identificación de la fecha, sabiendo que un viernes no es un jueves, y que marzo no es febrero. Tú, Dopico, cuando por la mañana sales a la calle, ¿no te haces a la idea de que si hace calor es verano y si hace frío hay muchas posibilidades de que sea invierno...?

—Yo, comisario, es que nunca me quito la chaqueta.

—Anda, anda, sube a Merodio, que tengo ganas de darle una camada de hostias a un carterista.

En el bar Constelaciones había cuatro mesas y una barra que hacía la ese de la inicial del nombre de su dueño, que se llamaba Sesma.

Los parroquianos solían entrar de uno en uno, temerosos de que el dueño, que era el único que atendía, estuviera de mal humor, ya que tenía muy malas pulgas, y era habitual que si se juntaban cuatro clientes en la barra y otros en las mesas, se le cruzaran los cables y echase a todo el mundo con cajas destempladas.

Lamo Beraza esperaba en la barra al comisario.

Estaba solo y había pedido una copa de coñac. En la cabeza sentía cierto escozor, pero no se atrevía a acariciar la herida que, entre la pelusilla de la nuca, fraguaba como la costra de una tonsura.

—Era de coñac —advirtió a Sesma, que se la había puesto de anís.

—La toma o la deja —dijo Sesma, con el tono agrio de quien menosprecia a la clientela.

—La tomo pero no la pago —aseguró Lamo, circunspecto, dando un sorbo—. No tengo costumbre de abonar lo que no pido.

—Llevo media vida en el establecimiento —refunfuñó Sesma— y nunca entendí que una copa no fuera igual que otra. El capricho de los que entran es la veleidad de los que salen, unos y otros con el antojo de imponer su santa voluntad. Yo atiendo en fila india y según mi parecer. Es lo que me enseñaron en la mili.

—No te pongas pesado —indicó Lamo Beraza— y pon otra de lo mismo al comisario Ucieta, que a lo mejor viene de mala uva y te da un sopapo. La mili no es la mejor coartada, los que nos quedamos calvos lo sabemos mejor que los guripas torticeros, aunque el servicio a la patria fuese el mismo.

El comisario llegaba jocoso, saludando al juez.

Sesma mezcló en una copa coñac y anís, se la acercó y se fue al otro extremo de la barra.

—Un manchado —dijo, despreciativo—. Lo que me sale del alma cuando en el establecimiento dieron las nueve y media y se me alborota la úlcera.

Lamo y el comisario se sentaron a una mesa. Al otro lado de la cristalera, no lejos de la puerta, estaba el inspector Dopico con la actitud de quien hace guardia.

—Mira la palma —dijo el comisario, mostrando la mano derecha abierta— y ven a verla tú también —le gritó a Sesma, que se encogió de hombros y desapareció—. La tengo que me arde, Lamo, no te puedes figurar la camada de hostias que he repartido. Empecé por Merodio, el carterista, pero estaba tan sembrado que tuvieron que subirme a las otras dos alubias del calabozo. Todos quedaron planchados, como malvas, para que hagan bueno al malo de la película que les echó el guante.

—Eres un baluarte, Ucieta —reconoció Beraza, palmeándole la espalda—, tienes la mano derecha más larga que la izquierda, y eso se nota en la situación y el estado de la legalidad. Nos debemos a la causa, debíamos militar en la legión extranjera. Somos de otra raza.

Bebieron.

—Soy todo oídos —dijo el comisario.

—Se trata de Cano, de Cano Corada, el hermano del medio —dijo Lamo—, lo conoces de sobra.

—Otra clase de alubia, pero igual legumbre.

—Está secuestrado. Llevaba unos días sin dar señales de vida y ayer llamaron a las pobres hermanas para pedirles un rescate. Al parecer, la amenaza era grave, iban a matarlo como a un pichón enjaulado, y ellas se amilanaron. La exigencia era de trescientas mil en dinero contante y sonante, y que no se les ocurriera abrir la boca.

El comisario Ucieta puso cara de asombro, que en seguida cambió por el gesto del reptil que barre el suelo con el vientre y, al instante, alzó el trasero de la silla para rascarlo.

—Pagaron.

—Con dinero falso —dijo Lamo, sin poder contener un suspiro desganado—. Una ocurrencia desvariada, y no sé de dónde lo sacaron ni han querido decirme cómo lo consiguieron, un amigo, al parecer, un listillo tan pánfilo como ellas.

—No se entiende —opinó el comisario—. No es raro que se acojonaran, pero el dinero falso no hay quien lo conciba. ¿Es que las hermanitas no tienen ahorros...?

—Todo lo había levantado el propio Cano. En la sucursal del Torrado, donde tienen las cartillas y las cuentas, no quedaba ni raspa. Cano les estaba económicamente metiendo mano, aunque suene incestuoso. Les levantaba el capital, sin que ellas lo olieran. Están muy buenas pero son pazguatas.

—Joder, Beraza, lo que es el vicio. La alubia está pillada, no lo dudes. Se jugaba las pestañas, era lo suyo, no hay garito donde no lo conozcan, una legumbre podrida, con las deudas más peligrosas.

Lamo asentía.

Lo que Cano Corada llevaba bajo el mechón de la frente era una mente discordante y vacua, con el mecanismo de su agitación a punto de reventar en los días más inclementes, cuando la ansiedad desataba la inclinación del ludópata y a su alrededor se derramaba un genio amargo, una destemplanza insoportable, de la que Lamo era testigo.

—Los vicios se administran como las malas compañías —dijo, rehuyendo el recuerdo de las noches menos agradecidas que habían pasado juntos, cuando lo último que podía rescatarse de la amistad y el alboroto era un túnel en el que se habían producido todos los posibles descarrilamientos.

—Hay que estar averiado —reconoció Ucieta, más pensativo que curioso—, hay que saber que con el freno estropeado no se puede seguir pisando el acelerador. A Cano Corada, aunque nunca te lo haya dicho, y es un secreto que siempre me guardarás con las hermanas, también le he untado alguna vez el morro. Los garitos de Oceda los conocemos bien, Beraza, cada cuál según su saber y entender pero, joder, no te pueden pillar desprevenido, ni al juez, ni al policía, que tenemos más mano, ni al mequetrefe que se tira por la ventanilla cuando el revisor le pide el billete. Valiente gilipollas.

Lamo llamó a Sesma para que les llenara las copas, alzando la suya vacía, pero desde la lejanía de la barra apenas se escuchó una voz contrariada que dijo que la mercancía se había acabado.

—No bebe el que pide —remató la voz, ahora desabrida de Sesma— y no lo merece, y mucho menos el que no paga lo que le sirvieron. Aquí está reservado el derecho de admisión, y el que se lo salta a la torera lleva las de perder.

—Déjalo —pidió Ucieta, acariciando la palma derecha de la mano— que luego le doy un repaso. Esas hermanas no saben lo que tienen en casa, pero vamos a ayudarlas, vamos a poner las cosas en su sitio.

—Con discreción —solicitó Lamo—, sin que el asunto trascienda, de modo que todo se arregle y no tengan que pasarlo todavía peor de lo que lo están pasando. Hay que tratarlas como oro en paño.

—¿A quién le dieron el dinero falso, quién vino a por él, dónde lo entregaron...? —quiso saber el comisario, rascándose vivamente el trasero.

—A un cojo que había estado detrás de Mila, la pequeña, por la mañana. Se llama, al parecer, Toño Viñales. La engañó con la pierna ortopédica, le hizo pagar una de recambio, y en la pierna, según les ordenaron por teléfono, llevó Fruela el sobre con el dinero falso a la cafetería Composta. En la propia cafetería era donde el cojo había abordado a Mila.

—Joder, joder, Beraza, vaya un caso de mierda, casi me da vergüenza tomar cartas en el asunto, a no ser por ti y por esas chicas que deben tener menos cabeza que su hermano. La pata de un mutilado y, no lo dudes, el ojo de cristal del típico tuerto que no acierta a meneársela.

—¿No te parece que van a volver a llamarlas, que los que tengan a Cano intentarán cobrar como es debido...? Ellas se sienten culpables, más huérfanas de lo que eran, con el muerto como un peso en la conciencia.

—Vamos a ello —decidió el comisario, que disimulaba con dificultad la comezón—. Esto no hay por dónde cogerlo, lo que quiere decir que no vamos a desplegar efectivos, lo haremos con la discreción que pides, entre otras cosas porque son contados los tuertos y pocos los que olvidan la pierna en el taller de reparaciones. ¿Cuántas ortopédicas hay en Oceda, amigo Beraza...?

Lamo llevó la mano a la coronilla.

—Yo tengo una en casa —confesó con cierta sorna—. Después de un día agitado, tuve que hacerme cargo de ella, y tengo que pensar en el medio de devolvérsela a su dueño. No sé si en Comisaría tenéis constancia de otro mutilado que anda desnudo, con gabardina y sombrero de cazador, y que, al parecer, está incapacitado para la cópula y se las ve y se las desea para darle un capricho al cuerpo demediado.

—Un hijo espiritual del Sátiro de la Colina —confirmó Ucieta—, hay media docena de denuncias. Lo mejor que puedes hacer con la pierna es tirarla a la basura, sin ese apoyo vamos a pillarlo antes aunque, si te soy sincero, es un asunto que me la

trae floja, si es la única alegría que puede darse, allá él. Tú sabes mejor que yo cuál es la tasa de mutilaciones e impedimentos de esta puta ciudad, y el alto grado de insatisfacción sexual de sus habitantes. Oceda tiene casi tantos accidentes circulatorios como gatillazos.

—Me llamas —propuso Lamo, cuando Ucieta volvió a repetir que el caso le parecía de medio pelo y que a un pájaro como Cano Corada la jaula podía servirle de escarmiento.

—Si no mata del disgusto a las hermanas, antes de que lo maten a él.

»Dame veinticuatro horas —solicitó Ucieta— ni una más, ni una menos, y tranquiliza a las hermanas, diles que me encargo personalmente del asunto, y cuéntale a la pequeña para lo que sirve el olfato de un sabueso.

En el bar Constelaciones no había entrado ningún cliente. El inspector Dopico estaba en la puerta, ligeramente apoyado en el ventanal.

—Sesma —llamó el Comisario, y repitió con un grito el nombre del dueño, mientras Lamo Beraza salía— ¿quieres ponerme otra copa o prefieres que te hinche los morros...?

Era media noche cuando el inspector Dopico fue a cruzar la calle Calamera, en cuya esquina había quedado con uno de sus confidentes, y el coche que estuvo a punto de atropellarlo hizo un viraje final para irse ladeado contra el escaparate de una tienda de ultramarinos, estrellándose bajo la nube de cristales, legumbres y chacinas.

Del escaparate estallado salió el vapor de una olla exprés y en seguida, mientras el inspector se recomponía la chaqueta y pensaba que el mayor riesgo de la civilización era la velocidad y los pesticidas, vio al conductor que aparecía dando vueltas sobre sí mismo y enarbolando el volante en las manos.

El confidente no estaba en la esquina.

La farola cercana daba una luz de velatorio, y en la acera copulaban dos gatos, que no se dieron por enterados hasta que Dopico los espantó.

—Quiero indicios esta misma noche —le había dicho el comisario Ucieta que, nada más salir del bar Constelaciones donde Sesma, el propietario, sangraba como un chivo por la boca, se había llevado a Dopico cogido del brazo y le había puesto al tanto del asunto de las hermanas Corada—. Digo indicios, atisbos, pálpitos, lo que se percibe a primera vista cuando se husmea. Y esta noche no es la de ayer, no te líes ni te trabes, hazme caso de una puta vez y ordena la cabeza, que el tiempo no es otra cosa que la duración de las cosas sujetas a mudanza, joder.

El reloj de Dopico atrasaba.

Su vida también era un retraso y una alteración en la mudanza de los acontecimientos, lo que hacía que en el desorden de su cabeza las cosas se trastocaran y la duración supusiera un efecto de la subsistencia que producía variedad de resultados.

Aguardó media hora.

La noche no tenía agarraderas en aquel barrio del norte de Oceda, donde el día estaba siempre soliviantado, y el atardecer y los oscureceres se iban por el mismo vertedero, que finalmente esparcía la noche sin otra sujeción que la del último vecino que cerraba los ojos.

—Dátil no puede venir —dijo la mujer que dobló la esquina, y se acercó a Dopico con la presunción y el garbo de quien no tiene varices, aunque la calle sea su vida—. Hago las veces del que sabe más que el que pregunta. A Dátil le salió un sarpullido en la enredadera.

Dopico asintió, contrariado.

—¿Eres la Arista o la Esquiva...? —inquirió, encendiéndole el cigarrillo que ella solicitaba.

—La prima —dijo la mujer—. La que tiene el pelo teñido de distinto color en la axila y en el pubis. Ya me conoces de un chivatazo y una embolisma, no te hagas el estrecho.

—Le dices a Dátil que hay un pichón enjaulado, probablemente a consecuencia de una timba, que lo desplumaron y no tiene alpiste. Si eres la Esquiva vas a enterarte mejor que si eres la Arista pero, en cualquier caso, es Dátil quien tiene que ponerse en contacto conmigo inmediatamente. El pichón está amenazado de muerte.

—Soy la prima, no te equivoques, y puedo decirte que no hay pichones en lontananza, ni timba que haya quedado a oscuras, al menos por estos barrios. La Esquiva se jubiló hace medio año y la Arista profesó en las Esclavas cuando le pronosticaron un soplo en el corazón.

—El pichón se llama Cano —informó el inspector, que acababa de sacar una libreta y un lapicero—. Tiene un mechón en la frente, catarro, infecciones, ardor de estómago y dolencia suprarrenal. Juega con la izquierda, aunque las cartas las sujeta con la derecha. Cano Corada. El que le haya echado el guante ha hecho un envite y un farol que no aguantan una partida completa, hay jugadas que claman al cielo.

La mujer se encogió de hombros.

—Que Dátil se aplique al cuento —dijo, con indiferencia—, yo no me pongo las pilas para que me dé corriente, me las pongo por hacer un favor. A ese pichón lo tendrán bien escondido pero ya te digo que, en estos barrios, no se oyó nada ni de descartes ni de jaulas.

A Dopico le quedaban otros dos confidentes, uno al otro lado del río y otro en el sur de Oceda, donde el dedo gordo del pie derecho de la ciudad tenía una inflamación que no provocaba la gota, sino la patada que la urbe había dado cuando los romanos la conquistaron en el siglo IV antes de Cristo. Una patada casi fundacional, que influyó mucho en el campamento de las legiones, sobre todo porque causó el fallecimiento del sobrino del César Augusto que, por aquellas calendas, comandaba dichas legiones. Había muerto de un susto, atragantado por las declinaciones.

—A Dátil lo quiero patas arriba esta misma noche, y tú tampoco te duermas —ordenó Dopico, guardando el lapicero y la libreta—. Por cierto, me dejaste estupefacto, no sabía que Arista tuviera corazón. ¿Un soplo en las Esclavas? Lleváis una vida perra, así os salen las cuentas.

—Yo no me inmuto —dijo la mujer, con descaro—. La noche que no hay nadie que me arranque un pelo, me cambio de faja y voy a la última sesión del

Clarividencia, donde ponen siempre una película que resume todas las que proyectaron en la semana. Butaca de patio con cacahuets y regaliz. El acomodador me sirve de parapeto.

El tiempo del inspector Dopico tampoco era ajeno al espacio de sus pesquisas.

En el desorden mental el pasado, el presente y el futuro, convertidos a lo largo de sus jornadas en un batiburrillo, que le hacía trastocar las fechas y constatar, en sus informes, el propio retraso vital de su existencia, se compaginaban con el alocado tránsito de lugares, parajes y emplazamientos.

Calles, plazas, esquinas, avenidas y correderas, se fusionaban en el desmedido deambular sin que, al fin, ninguna vía urbana estuviera en su sitio, manteniendo la cabeza del inspector un regusto de rúas empedradas y cierta animadversión a los adoquinados.

—En cualquier caso —solía decirle el comisario Ucieta, en el límite de la desesperación— o estamos en Cobalto, y hemos subido por Capitán Alaejos, hasta el mismo barrio de la Condonación, o fuimos por Caléndula, bajamos por Comandante Melo, hasta las casas de Condominas, barrio de la Petaca. O lo uno o lo otro, en cualquier caso.

La mente del inspector intentaba hacer el viaje de la geografía urbana, al dictado de la desesperación del jefe, y en el plano de Oceda una tiza hacía las rayas entrecruzadas que en la infancia escolar de Dopico llenaban los encerados.

—Que salga Dopico a la pizarra —ordenaba el maestro de turno— y que nos explique las coordenadas y las abscisas.

—¿Mando el contingente arriba o lo mando abajo...? —requería el comisario Ucieta, desarmado—. ¿Están o no están los moros en la costa? Joder, Dopico, que hay que calcular la latitud y saber a ciencia cierta dónde y a quién echamos el guante y la cantidad de munición que conviene llevar...

Al pie de las brasas de una hoguera muy pálida, estaba Dago, uniformado con el terno que podía haberle robado a un sargento de la reserva, y que el inspector Dopico siempre le afeaba, ya que le parecía la indumentaria menos pertinente para quien trabaja en la intendencia policial de los sospechosos y tiene que guardar las formas.

—Es todo lo contrario —sostenía Dago, que por algunos ambientes en vez del nombre usaba la graduación, ufanándose de una condición militar que lo enorgullecía—. Voy disfrazado y apenas se recelan los que tienen algo que ocultar. El terno es la coartada.

Tampoco Dago tenía mucho que decir del asunto de Cano Corada, a quien conocía de las farras de los tugurios más que de las timbas de los garitos, aunque sabía de sobra que estos establecimientos se comunicaban con las líneas de demarcación que Dopico jamás pudo detallar en la libreta.

—¿Y de cojos cómo andamos...? —inquirió el inspector, sin que Dago se percatara de la intención real de la pregunta.

—De cojos todos mancos —contestó Dago, precipitándose—. No conozco a nadie que ande cojo y derecho llevando una vela.

Dopico se enfadó.

—Digo si hay cojos a la vista, si hay alguna novedad en las mutilaciones. Toño Viñales, por ejemplo.

—Desaparecido en combate. Era un hombre pendenciero, muy liberal y muy estreñido, pero hace mucho tiempo que no asoma la gaita.

—Estuvo ayer mismo en la cafetería Composta, cobrando el rescate de Corada. Una pierna por otra, ya que el dinero se lo entregaban en una ortopédica.

—No sería Toño.

—No me hagas resbalar, Dago, no se te ocurra andar con improvisaciones para ganarte la masita. Cojo de la izquierda y con el ojo de cristal del otro lado.

—Los engañaron. Ese cojo no es Viñales. Ése es un cojo falso que se hizo pasar por Toño. A Viñales no se lo ve por Oceda desde hace año y medio por lo menos, y puedo decirle algo más, se fue con la pierna al hombro, como el recluta que hace la instrucción con el máuser.

—No te entiendo.

—El muñón le picaba demasiado, no cortaron con el serrucho bien afilado, lo hizo un cirujano manazas. Se agenció la muleta y desfiló con la pierna al hombro. Si se trata de un cojo, hay que pensar en otro y, la verdad, ahora mismo no conozco ninguno. Ciegos de remate, sí, y herniados de la inguinal también.

—Pues te pones en guardia —ordenó el inspector, que había sacado la libreta y el lapicero y volvía a guardarlos—. ¿Dónde pueden retener a un pichón sin que nadie se huelga algo...? Repasa el territorio, pones firme a la tropa, necesito alguna pista antes de que llegue mañana.

—O sea ayer —dijo Dago, con sorna.

—Mañana que no es pasado ni antesdeayer, no me cuadres las fechas, que ya tengo yo bastante castigo para hacerlo.

—La verdad es que cualquier cuartucho vale de jaula. En mi terreno, descartando las pensiones, hay doscientos cuchitriles. Una pensión también sirve, y es muy agradecida para pasar desapercibido, con tal de que tenga un buen armario.

—De aquí a primera hora de mañana —repitió Dopico— ya sabes dónde encontrarme.

—No se vaya tan rápido —requirió Dago, pisando con las botas militares las brasas de la hoguera— que todavía no le conté la última desgracia, o la penúltima ya que llevo medio día sin volver a casa, y siempre hay novedades.

—¿Qué desgracia...?

—A mi primo Alterio, el que usted conoce por el labio que le partió el comisario en la redada de los jabones, lo atropelló ayer un coche, en plena calle, nada más salir de casa. Ahora sigue entubado y no hay manera de quitarle el volante del vehículo de la cabeza.

—¿Pillaron al conductor...?

—Incrustado entre el cigüeñal y el tubo de escape.

A la Comba, que era un tugurio donde los sospechosos andaban a su aire, sin que las velas iluminaran la cara de nadie, apenas los aspavientos y las maldiciones de quienes chocaban con una columna o se daban un coscorrón, casi siempre con dos o tres copas de más, entró el inspector Dopico sabiendo que en la noche antepasada tenía la habitual cita con el Momio, que habría bebido las copas retrasadas en la larga espera que suponía la inclemencia de un tiempo alterado.

—Y ahora la resaca es el inicio de la cogorza, y lo que tenía que contarle ya lo olvidé.

—Apaga la vela y ponte los cascos —le ordenó el inspector, sentándose con él en una esquina—. Tardaste más de lo debido en coger el teléfono, y lo que escuché no me gustó un pelo.

—Vivo en un gallinero, usted lo sabe mejor que nadie. Ellas en seguida se alborotan, sobre todo cuando suena el teléfono y están en los ponederos. Se ponen celosas, cuando me ven hablar con alguien ajeno a la avicultura. Mantengo relaciones sexuales con todas, aunque la favorita del harén sea la guineana. Tiene la buena mujer unos carúnculos rojizos en las mejillas que ya los quisieran para sí las artistas de variedades. De todas formas, el gallinero tiene su gallo y los huevos no son míos.

—Momio —dijo el inspector, muy circunspecto, mientras entre las velas de la Comba resonaban las imprecaciones y el grito de alguien que acababa de romperse la cabeza—, no es tu vida conyugal lo que me interesa. Comienza a despachar, que tengo prisa.

—No hay orden en los acontecimientos —dijo Momio—. Luego saca usted la libreta y hace las cuentas y el suma y sigue. Nadie sabe nada de un pichón en la jaula; más le digo, son muchos los que piensan que el pichón no existe y la jaula es una entelequia. Es verdad que entre las últimas timbas, a este lado del río, hubo una en la que esquilmaron a un pardal que traía el dinero en la bragueta, mucho dinero y la petrina muy por encima de lo que pudiera abultar el inquilino. ¿Era ese tal Cano Corada...? Pues, mire usted, dependería del tamaño del instrumento y si, como usted

mismo me dijo por teléfono, tiene, entre otros males, purgaciones, no parece que el numerario se compadezca con la enfermedad.

Dopico torció el gesto, la cabeza se le enquistó y, durante unos segundos, sintió que el pasado no era una vicisitud temporal sino el arpegio de una campanilla rota.

—¿Podrías jurar que no hay indicios ni componendas en todas las estribaciones del Margo, que el río se llama andana y no hay poluciones ni contumacias...?

Momio se revolvió en la banqueta en que estaba sentado y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Es imposible llegar a tanto, pero de un pichón enjaulado yo sabría algo, otra cosa es que la polución sea o no sea una efusión controlada. En cuestiones venéreas, soy muy parco.

—¿Conoces a algún cojo, te suena el nombre de Toño Viñales...?

Momio se recompuso.

—De eso quería hablarle, de un asunto muy raro que pasó esta tarde en el puente de Urales. Un cojo sacó del agua, y con mucho esfuerzo, ya que al parecer se trataba de un suicida, a un hombre que hizo todo lo posible para que ambos se ahogaran. Es un exhibicionista, ya que por la gabardina y el sombrero de cazador se le reconocieron las maneras. La ortopédica no apareció, y el ojo de cristal, ya que también es tuerto, está ahora en mi poder, había rodado puente abajo y yo fui nada más enterarme, con esa suerte de hallarlo, y con la idea de informar a usted, por si se trata de un asunto policial que convenga dar de alta.

—Yo te pregunto por Viñales, por Toño Viñales. Ese ojo ni se te ocurra enseñármelo, que me dan dentera.

—Pues mire, lo tenía en la mano, si no apagamos la vela se lo hubiera mostrado. Un ojo de estas características es un talismán y los talismanes, por si usted no lo sabe, son amuletos mesopotámicos, correspondientes a los signos celestes, y con virtudes portentosas. Yo lo primero que he hecho al encontrarlo es ir y comprar lotería.

—¿Y Toño...?

—Ya nadie lo recuerda en Oceda. Era manso y estreñado, vendía boletos, repartía pasquines. Dicen que falleció hace ya más de dos años mientras bailaba la sardana, con una sola pierna, en el Pirineo catalán, al parecer antes sobrevivió en la Vasconia con el chistu y la chapela. Siempre le fliparon los nacionalismos charnegos y maquetos.

Dopico se incorporó, con la cabeza trastocada y el ruido de la campanilla rodando por el suelo.

—No saco nada en limpio —dijo, malhumorado—. Te pones las pilas ahora mismo, Momio, quiero resultados. Cano Corada está en manos de unos desalmados, probablemente no muy profesionales, y quieren que el pichón valga más de lo que pesa, aunque igual se asustaron y acabaron guisándolo.

—No me pega —dijo Momio—. Por este lado del río, ya le dije, nadie sabe nada. Habría que buscarlo más lejos, salir de Oceda, echar millas.

—Échalas.

—Tengo la moto sin gasolina.

—Llena el depósito —ordenó Dopico, sacando unos billetes y dándoselos— pero en la gasolinera, no aquí en la Comba. Y me llamas, estoy en el despacho desde primera hora de la mañana.

Cuando el inspector Dopico perdía la cabeza, ya sin que el tiempo tuviera ajustada la medida con el espacio o, dicho de otro modo, sin que su existencia albergara una medida y un paisaje que hiciese mella en la memoria, lo que a fin de cuentas hace posible, como le advertía el comisario Ucieta, que los seres humanos seamos capaces de contar a nuestros nietos lo que fue de nuestra vida y, de esa manera, exista continuidad en el devenir de las familias, tenía la impresión exacta de que tal pérdida suponía que se la rebanaban de un tajo y el cuerpo se quedaba sin ella.

La cabeza del inspector Dopico había aparecido, horas o días después, en más de una ocasión, en la papelera de su despacho, en las letrinas del bar Cadera, el más cercano a la Comisaría, o en alguno de los calabozos que se habían quedado sin inquilino. Además, hubo una vez, muy comentada en todo el Cuerpo, en que la dichosa cabeza rebanada llegó a la oficina municipal de objetos perdidos, y allí el funcionario de turno la catalogó entre los enseres sin identificación posible.

—No se entiende —opinó el comisario Ucieta en aquella ocasión, cuando ayudó a su subordinado a rescatarla, haciendo una llamada a un amigo que era teniente de alcalde y militaba en el independentismo agropecuario— que la testuz de un ser humano no obtenga clasificación. No puede comprenderse que, entre los objetos perdidos, obtenga mayor predicamento un paraguas que una inteligencia.

Dopico deambulaba por la noche de Oceda con graves aprensiones; ninguno de los confidentes llamados al orden le ofrecían especial garantía, y en el esfuerzo de su elucubración, sabiendo como sabía que el tal Cano Corada era un cantamañanas, comenzaban a cruzársele los cables.

—La noche niega el mal —musitó, cabizbajo y enfilando la acera que lo acercaba a la plaza de Trieste, donde en seguida comenzó a escuchar una sirena entrecortada— y el alma de los ácaros no tiene la placenta en el cefalotórax. Un arácnido jamás podrá ser un postulante. La noche niega aquello de lo que más padece. Hay que hacerse a ella prosperando en la inquietud y el ensalmo. Los centinelas no se aperciben de la tostada, menuda recua.

Había un coche de bomberos delante de la fachada del Teatro Versal, y cierto movimiento a su alrededor, lo que hizo reaccionar al inspector y sacarle de sus infructuosas elucubraciones.

—Un policía es un esqueleto humano —musitó todavía— que ante todo debe evitar bailar al son que le tocan. La calavera es el vaso de la vida y del pensamiento, quién pudiese llenarla como una caña de cerveza, qué gusto el hueso y la espuma.

No había incendio, aunque habían desalojado a los contados espectadores que asistían a la función del Versal, donde inmediatamente el jefe de la dotación de bomberos informó al inspector del motivo de la incidencia.

—Actuaba un ilusionista, un tal Octavio Gamilla que, al parecer hace magias, malabares y desapariciones —dijo el jefe de bomberos que, con el resto de la dotación ya estaban recogiendo el material—. Fue en el número puntero, casi al final del espectáculo. El sujeto se encerraba en un biombo, el teatro quedaba a oscuras y, al volver la luz, el sujeto ya no estaba. El público tenía que percatarse de que donde de verdad estaba era precisamente en la lámpara del teatro, colgado de ella en el techo, entre risas y gazmoñerías. Vuelve a apagarse la luz y el cómico aparece de nuevo tras el biombo, en el escenario. Ése era el numerito, inspector, y yo con la dotación diezmada por la gripe aviar, aguardando en la cochera, con el alma en vilo por el aviso de un fuego.

A Dopico se le encendió una cerilla en la cabeza. Vislumbró el alma del ácaro achicharrada. Observó que el conductor del coche de bomberos tenía el volante debajo del brazo.

—¿Han sufrido ustedes un accidente al acudir a la emergencia...? —inquirió.

—Nada de particular, atropellamos un astado que pacía en el asfalto, probablemente uno de los novillos que huyeron de la corrida del beneficio, ya sabe usted que a uno de los diestros se le fue la espada.

—No me había enterado.

—Una pena, perdió la espada y los papeles y las reses se escabulleron, ya que las cuadrillas estaban en huelga. Ahora la fiesta nacional hay que seguirla en la calle, y el caso es que nosotros no somos aficionados, aunque tampoco nos pete el animalismo urbano.

Dopico asintió, cariacontecido. Su padre, sin embargo, había sido un banderillero famoso y su madre guisaba rabo de toro todos los domingos. La fiesta nacional tenía en los oídos del niño raquíptico un toque de clarines que se compadecía muy bien con el toque de retreta del cuartel cercano a su casa, donde Dopico se metía en la garita cuando jugaba al escondite con los otros niños del barrio.

—Lo siento por esos bichos —dijo melancólico.

—No se apure —indicó contemplativo el jefe de bomberos—. Los novillos en Oceda son como las vacas sagradas de los hindúes, a nadie va a ocurrírsele denunciarlos y, mucho menos, tocarles un pelo.

La banderilla que acabó con la vida de su padre, la guardaba su madre como una reliquia. Nadie pudo entender que un rehiletero de tal alcurnia se la hubiera espetado en el pecho, cuando la pañolada de las gradas hacía prever otro par inolvidable. El suceso traumatizó a los hermanos gemelos de Dopico, que jamás lograron pasar de novilleros.

—Decidle a mis hijos —suspiró en el quirófano, donde para sacarle la banderilla tuvieron que destrozarle el esternón— que no miren a los toros con repugnancia y que no les tomen querencia, aunque tampoco aversión, que se conformen con el guiso de su madre.

—¿Y el ilusionista...? —quiso saber el inspector, sacudiendo la cabeza y viendo en la sombra del astado que pacía pacíficamente en el asfalto, la propia sombra paterna que algunas noches ramoneaba por la pared de su dormitorio, como el alma en pena de un escarabajo ensartado. Lo más doloroso del recuerdo de su padre era percibirlo con la figuración fantasmal de las astas en las sienes. De los gemelos apenas recordaba las viseras y los capotazos.

El jefe de bomberos bufaba y se limpiaba la frente con el pañuelo.

—No le salió el numero —dijo—, se quedó colgado de la lámpara. Volvió la luz y no había regresado al biombo, estaba agarrado allí arriba, hecho un cuadro, y con el grave riesgo de que se desprendiese la lámpara y cayeran al patio de butacas, donde los espectadores lo miraban asustados.

—¿Lo intentó más de una vez...?

—Siete, todas infructuosas. El truco no se entiende, pero ese hombre necesita más entrenamiento. No se crea que no nos costó rescatarlo. Había que bajarlo por la escalerilla, y se había quedado tieso, como si el miedo lo agarrotara.

—¿Dónde está...? —inquirió el inspector.

—Reponiéndose en el camerino. La función se suspendió, y tengo entendido que el empresario le ha rescindido el contrato. No era una función de empaque, ya me entiende, cuatro juegos de manos y una subasta.

Octavio Gamilla ordenaba sus cosas en el camerino.

El baúl con la ropa y los instrumentos de trabajo los pasaría a recoger por la mañana y lo que cerraba con mayor cuidado era el maletín de mano, que fue lo que más llamó la atención del inspector Dopico cuando le echó el ojo encima.

—Esto se le acaba de caer —le dijo Dopico, que se había identificado nada más entrar, con el empresario echando pestes y unos tramoyistas que hacían cábalas sobre el riesgo de la lámpara y los estucos desprendidos del techo del teatro, cuya bóveda decorada era lo más antiguo y valioso del Versal— y no creo que tenga ganas de perderlo.

Era un fajo de billetes, perfectamente empaquetados con celofán.

—Gracias, y perdone —se excusó Octavio Gamilla, que tenía el chaqué arrugado, la pechera descolocada, la corbata deshecha y el sombrero de copa lleno de motas de yeso—. He sufrido un incidente, una metapsicosis que me ha perjudicado la transmigración. En estos ejercicios si se pierde la concentración se pierde el tino y peligra la vida del artista.

—Además de los números, hace subastas.

—Una alegría para los espectadores. Una suerte de bingo en el entreacto. Una lotería de tres al cuarto.

—Abra el maletín y retírese a un lado —le ordenó el inspector, con el gesto adusto e imperativo que en sus detenciones restablecía una voluntad tan férrea como decidida, donde poco antes la mente languidecía—. Vamos a poner las cartas en el tapete y a evitar que la lámpara de un emporio de las artes escénicas como el Versal le rompa la cabeza al respetable.

El maletín estaba lleno de los mismos fajos y el inspector los removió.

—Queda usted detenido por engañifa —dijo el inspector, sin que su gesto se abatiera y la voluntad cediese un milímetro— y abono fraudulento de rescate. Estamos en presencia del alijo de un falsificador. No se le ocurra moverse. Ahora mismo me pongo en contacto con la Comisaría y, en menos que canta un gallo, vienen dos números y lo metemos en la trena.

—Por Dios, por lo que más quiera —suplicó Octavio Gamilla, derrumbándose y sintiendo que en el vuelo de la lámpara le hubiese sido posible no ya una desaparición, pero sí al menos una huida, por muy perjudicada que quedase su fama y el patio de butacas—, es dinero ilusorio.

—Tal vez la causa de que hayan degollado a un hombre sin recursos. La magia tiene mucho que ver con la pendencia, se trastoca la realidad y el sentido común de las cosas, se pone patas arriba la razón de los hechos. A usted sólo hay que verlo para saber que ni tiene altura de miras ni la talla reglamentaria de quienes en su momento cumplimos con el servicio militar obligatorio.

—Los billetes son el reclamo lúdico del espectáculo, nadie los toma por verdaderos —explicó Octavio Gamilla, que acababa de recibir la amonestación del empresario, y la nota en que evaluaba los desperfectos de la lámpara.

—La estafa será otro cargo, no lo dude —dijo el inspector Dopico, que estaba a punto de perder la calma, y emular a su jefe, que cuando la tensión de la culpabilidad quería paliarse con cualquier burda coartada, repartía leña sin desdoro.

—Está usted implicado en un delito de privación, joder. Haga examen de conciencia y piense que en los juegos de manos el mero hecho de encender una cerilla es a veces motivo suficiente para incendiar un coliseo.

La farmacia de Vilo Cuevas en la plaza del Atrio estaba de guardia y hasta ella llegó el inspector Dopico con la cabeza rodando por la acera, tras dejar a buen recaudo al ilusionista que todavía, cuando los policías le pusieron las esposas, tuvo un repente profesional y se liberó de ellas con un vertiginoso juego de muñecas, lo que motivó que Dopico, ya muy imbuido por la emulación del jefe ante la coartada de los sospechosos, le asestara dos sonoras bofetadas y le hiciese la pertinente consideración de que la destreza era también un primor y propiedad de los criminales.

Vilo Cuevas era amigo del inspector; le suministraba los fármacos que la cabeza disociada necesitaba para recomponerse, ya que el inspector jamás consideró que en su existencia hubiera un problema terapéutico, apenas farmacéutico, y las pastillas y potingues de su amigo paliaban la ordenación cerebral descentrada, al menos cuando la gravedad de la misma no llegaba tan lejos como cuando en la cabeza de Dopico se producía un retraso histórico que acumulaba siglos de escombros y, lo que era peor, ruinas fósiles y conmociones arqueológicas.

—No salgas de casa —le aconsejaba Vilo, en aquellas circunstancias—, olvida el caso que te traes entre manos, soslaya las burocracias policiales, y evita que recelen en jefatura. La cabeza, Dopico, rueda por el espacio y por el tiempo como un obús sideral, pero tus problemas no son endémicos ni gerontológicos, tú tienes el encéfalo traslúcido, los hemisferios prístinos, buenas membranas y, en otro orden de cosas, unos genitales preciosos.

—Ya lo sé, Vilo, no te creas que tengo la autoestima tan baja, las apariencias engañan. Lo que pasa es que en esta profesión el empleo del tiempo es crucial para la organización de los hechos y la delimitación de las sospechas, ya que de actos delictivos estamos tratando. Rueda la cabeza y hay una amalgama de sucesos decisivos, desenganchados del tiempo y los espacios, un voy y vengo que, en muchas ocasiones, hace que el escenario del crimen sea un desierto africano, o el presunto se las vea con un jefe de la mafia malaya en Penang. No sé, y ya te lo he confesado en otras ocasiones, si la banderilla que mató a mi padre no fue la flecha del apache que me hirió en la frente cuando veía de niño una película de vaqueros en el cine Calamidades.

—En cualquier caso, Dopico, las recetas las tienes a mano y no evites tampoco la sospecha de que el comisario Ucieta te tiene ojeriza, porque le pisas el terreno, le haces sombra. ¿No ves que continuamente se está rascando el culo...? Es un detalle de inseguridad e impericia. ¿Cuántos casos resolvió en los últimos tiempos, sin que tú avanzaras los indicios, las suspicacias, las preservaciones...?

—Pocos y de poco vuelo. Cuatro raterías y algunos desfalcos que luego, con el juez Beraza, amañó para que quedaran en agua de borrajas. Es un hombre de acción que apenas sale del despacho, ya que es en él donde se sacia. A los detenidos, sean o no sean presuntos, los pone firmes y les castiga el higadillo. Yo soy un segundo de a bordo carcomido por el menosprecio o la indiferencia, qué le vamos a hacer.

—Hay que reponerse, Dopico —alentaba Vilo, enardecido por el entusiasmo que él mismo deseaba restablecer en su propia existencia, tan llena de precariedades farmacológicas—, tenemos que ponernos en nuestro sitio; los cines no pueden menoscabar nuestras conciencias, las películas, sean de romanos o de vaqueros, no tienen solvencia, son irreales, por mucho que las salas oscuras hayan contribuido a la oscuridad de nuestros malos pensamientos. ¿Dónde mejor se la podía pelar un uno que en el Calamidades o en el Astoria...?

El inspector Dopico se quedó estupefacto al entrar en la farmacia y ver a su amigo con el brazo derecho en cabestrillo, la sutura en la ceja izquierda y el ojo derecho semicerrado.

—¿Te estrellaste...? —inquirió, improvisando, sabiendo que con el utilitario del farmacéutico había compartido un accidente en el que su cabeza había corrido por la calzada al unísono de la suya para, al fin, ambas juntarse en la cuneta y quedarse una frente a la otra sacándose la lengua.

—Me dieron estopa —dijo Vilo Cuevas, disminuido y melancólico—, y todo por ir donde a ti te hubiera correspondido, y hacerlo por complacer a las hermanas Corada, a Fruela sobre todo, que no logro quitármela de encima.

Vilo tenía un camastro en la rebotica que, además, estaba decorada como la sala de visitas de un hogar anticuado. Se sentaron a la mesa camilla y sirvió dos copas de un licor farmacéutico que curaba el dolor de barriga.

—¿Y Batista...? —quiso saber Dopico, que sorbía licor haciendo ascos al empalago digestivo, pero sabiendo que cualquier purga medicinal era mucho mejor que el alcohol de quemar que tanto le gustaba.

—La femoral magullada, desgarros en las orejas y un ojo a la virulé —enumeró Vilo, lloroso—. Tiene para una semana de baja y eso no es lo peor, Dopico. Lo peor es que quisieron sodomizarlo, espatarrado entre cuatro energúmenos, mientras a mi me sujetaban con una baraja en la boca.

El inspector Dopico golpeó la mesa con la mano, retuvo el suspiro que inflamaba la indignación y, sin lograr contenerse, cogió a su amigo por las solapas de la bata impoluta, como lo hubiera hecho su jefe con algún testigo que tartamudeara.

—¿Dónde fuisteis, que hacíais...?

A Vilo se le saltaron las lágrimas, cuando Dopico relajó el brío impulsivo y le dio un cariñoso cachete.

—Buscar a Cano Corada, obedecer a Fruela. A ese chisgarabís lo secuestraron, y la amenaza es que lo iban a matar.

—Un licenciado y un mancebo suplantando a la ley —consideró Dopico enfadado—. Pero ¿en qué mundo vivimos, cómo demonios voy a tener la cabeza en su sitio, si ni siquiera hay cordura en las profesiones liberales...? Oceda tiene las fuerzas vivas conchabadas con la corrupción y el libertinaje, y la mesocracia se salta a la torera la responsabilidad y la competencia. Yo mismo, para que te enteres, llevo más de mes y medio sin hacerme una pera.

Vilo se limpió los mocos.

—Batista y yo no acabamos de ser una pareja de hecho —dijo, consternado—. Esto puedo confesárselo a un amigo como tú, pero el pobre recela, ya no se atreve a comprar unas ligas nuevas y en la botica no da pie con bola. Hace unos días expendió un diurético a una embarazada, confundiendo la receta, y anegó al feto. Yo tengo un dilema sexológico, Dopico, un lío mental mucho peor que el de tu cabeza trocada.

—¿Ibais a buscar a Cano como el que busca una aguja en un pajar...? A ese caballere te lo tienen pillado, metido en una jaula. Pidieron un rescate y las hermanas quisieron pagar con dinero falso. Al falsificador acabo de detenerlo hace un rato, en el Teatro Versal, colgado de la lámpara.

—No era la primera vez —confesó Vilo, abrumado—. Fruela me ha usado en otras ocasiones para ir a buscarlo. Por los garitos de la Cerilla y el Borneo, también por los antros de la Pera y el Cascajal. Esa otra Oceda que conozco no fue por mi gusto aunque, en alguna ocasión, pude poner a prueba la hombría y el desgarro. Los problemas sexológicos me vienen de lejos. Siempre acabé encontrando a Cano, y no hubo ocasión en que no volviéramos con algo roto.

El inspector Dopico repitió la copa, aunque el empalago le hizo toser. Dueño de su cabeza, prevalecido del cargo desempeñado, trató al amigo como un compareciente en la Comisaría, sometido al interrogatorio.

—Vamos a sacar algo en limpio. ¿Dónde os sacudieron...?

—En la Cerilla, en un garito de la calle Raspa. Echamos unos tutes subastados y, tras pelarnos, se cebaron con nosotros.

—Preguntasteis por Cano.

—A Batista se le fue la lengua. Nos pareció que lo habían desplumado y que lo tenían prisionero, preparado para matarlo. Cano debía haber perdido hasta la camisa. Un secuestro y alguna mutilación.

—Pero ¿sacasteis algo en limpio...?

Vilo Cuevas movió la cabeza con gesto dubitativo.

—Nada en concreto. La zurra y un cierto cachondeo que no acababa de entenderse. Corada, Coradito, Coloradito, decía uno de ellos, que guardaba las bazas de espadas y se las tragaba como el tragasables del circo Porteño. Cano anda en malos pasos, siempre tuvo esos caprichos perniciosos, mató a sus padres a disgustos y se está cargando a las hermanas con igual vara. Los que nos dieron para el gasto son de la mafia del cloroformo, habrás oído hablar de ella. Usan el carbono y el hidrógeno con igual destreza y aspaviento que los pesticidas, de eso sí que nos enteramos.

El inspector Dopico no pudo contener la risa. Fueron unas carcajadas resabiadas y secas, que no podían soslayar la burla.

—Todo una tomadura de pelo, Vilo, una patraña. La mafia del cloroformo para tomarle el pelo a un boticario que se lo hace en los pantalones, y a un mancebo que lleva en los bolsillos el enema que facilita la sodomización. Joder, Vilo, sois un par de lechuguinos.

—¿Cómo sabes que me lo hice? Yo no tenía tanto miedo, fue Batista el que se confundió con el piramidón y me dio el laxante...

—En cualquier caso, ni Cano ni nada. Si estuviese tan a mano, en la Cerilla o el Borneo o al otro lado del río, entre tahúres de medio pelo, quincalleros y rufianes ¿crees que ya no lo habríamos pillado...?

—Lo llevo pensando todo el día, aunque a las hermanas les dije que lo mataban, que podía haber un cadáver en cualquier alcantarilla, pagando o sin pagar.

—Aplicáte al cuento, Vilo, y olvida a esas mujeres. Hace tiempo que ya no eres el novio flamante de Fruela Corada, con las amonestaciones a tiro de piedra y un pisito con la alcoba de tafetanes y la bacinilla de cristal murano.

—Es un dilema, querido amigo. La identidad sexual la tengo tan trastocada como tu cabeza. Estoy con Batista y todo lo que hago lo hago pensando en ella, y estoy con ella y tengo a mis espaldas a Batista, desnudo y somnoliento.

El inspector Dopico dio un trago directamente de la botella y en el estómago rebulleron algunas ranas que, acostumbradas a estar conservadas en alcohol, sufrieron el espasmo anfibio de un dolor de barriga, tan inesperado como empalagoso.

—Cuida el cabestrillo —aconsejó Dopico a su amigo, cuando ya se iba— y no dejes que en la escayola te anoten las recetas los jubilados. Hay que sacar pecho y poner a cada cual donde le corresponde en el mostrador. La farmacia enseña a conocer los cuerpos naturales y su combinación para el remedio y la salud, no hay que rebajar la estima, por mucho que uno dude si es exactamente carne o pescado.

V
LA JAULA DE ORO

El juez Lamo Beraza recibió en su despacho, a primera hora de la mañana, dos llamadas telefónicas consecutivas y, entre la complacencia y el desagrado, dejó de dibujar a Príapo en el inicio del expediente que el secretario Verino le había dejado sobre la mesa para que repasara algunas diligencias y tomara las urgentes resoluciones mediatizadas por los plazos de algunos procedimientos.

De Príapo dibujaba la cabeza, y lo hacía como un falo con ojos que tocaba la flauta en el jardín de sus padres, Dionisio y Afrodita.

En la coronilla sentía todavía el juez la mordedura del adoquín con que lo había agredido el suicida Palmero y, con cierta aprensión llevaba a ella la yema del dedo índice de la mano izquierda, mientras con la derecha se rascaba la entrepierna.

Eso estaba haciendo, rascarse y reconsiderar que el glande que retrataba al dios quedaba desproporcionado, cuando escuchó en el auricular la voz que alentaba una lejanía de ensueño y carmín silvestre.

—Estreno medias y ladrillo —dijo el susurro meloso e inguinal de Ariana Mercado—. Una seda que brilla como el cristal de la viuda arácnida, y el ladrillo recién cocido de la adivinación y la conjetura, todavía caliente al salir del horno de la tejera.

—Pensaba que con la bola de cristal estaba mejor pertrechada la pitonisa. No me gustó un pelo la quiromancia, pero la araña picaba con las uñas venenosas y me ponía los palpos a cien por hora —dijo Lamo, con la pelusilla de la cabeza erizada.

—Ya te dije que trabajo con el barro cocido —ilustró Ariana muy pedagógica— posando las manos en el ladrillo. La mente se concentra en el tacto y fluyen los presentimientos y, si la concentración es buena, los pronósticos. Es el barro cocido quien me incita a la clarividencia, no podemos olvidar que fue del barro de lo que Dios hizo a nuestros progenitores. Otra cosa es que un marido morganático se ponga a tiro después de amargarte la vida. La bola de cristal no me hubiese servido para darle su merecido.

—En las aguas del Margo encuentran su destino quienes no valen para otra cosa que para mojarse la ropa —dijo el juez, reflexivo—. Ni te imaginas la de cadáveres que he visto levantar de las aguas, algunos con piedras o adoquines en los bolsos.

—Eres un cielo, Lamo —susurró zalamera la pitonisa—, y te llamo para decirte que cumplí el encargo que me hiciste el otro día.

—No me acuerdo —aseguró Lamo, que respiraba el carmín y el perfume ajado de la pitonisa, como si el auricular transmitiese el aroma corporal de los órganos reproductores.

—El amigo desaparecido —dijo Ariana— ¿o es que ya no te interesa saber la suerte que corrió...?

Lamo Beraza tachó al dios Príapo.

En la última llamada de la noche a las hermanas Corada, antes de acostarse, las había encontrado hundidas en la miseria, aunque les había repetido que la promesa del comisario Ucieta, de llevar él mismo el asunto con discreción y eficacia, era lo mejor que podía disponerse para resolverlo.

—Ese chico vuelve —había dicho Ucieta con el convencimiento de quienes saben más que nadie del percal, ya que llevan toda la vida rascándose el trasero y poniendo patas arriba la trama que resuelve la improvisación del olfato—. Vuelve sano y salvo, cogido de las orejas o en una camilla que empuja una enfermera rubia.

—Dime, Ariana, por Dios —suplicó Lamo, cayendo en la cuenta de que ella le había prometido tomar cartas en el asunto, aunque la bola estaba oscura y el ladrillo ensangrentado.

—Tengo un palpito —aseguró la voz, que transformaba el susurro en un suspiro, y que en los oídos del juez Beraza mantuvo parecida tensión a la de los testigos que, al fin, se decidían a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad—. Ese joven está en una jaula, pero hay algo que destella en la adivinación, algo raro que se corresponde mal con la previsión del prisionero.

—¿De qué se trata...? —inquirió Lamo, con el auricular transmitiendo la oquedad de una concha marina.

—Juraría —dijo la pitonisa— de que se trata de una jaula de oro.

Inmediatamente, nada más colgar, la llamada le traía la voz histérica de Fruela Corada, y en el propio auricular resonaba, en la distancia inmediata, el llanto de Mila, a la que la hemorragia menstrual se le había cortado, sin que los nervios paliaran el hormigueo de un organismo evacuatorio.

—No podemos más, Lamo —dijo Fruela, temblorosa—, la noche ha sido una pesadilla. Tres almas conturbadas y el sueño común de la muerte de Cano, con la esquila insistente y un responso en el que el cura, fíjate qué dislate, se comía el hisopo como si fuese un polo.

—¿Tres almas...? —inquirió Lamo, desconcertado.

—Está con nosotras Vedi, la hija natural de Cano. La chica estaba destrozada, su madre se muere en Ordial, con la vana ilusión de que Cano contraiga matrimonio, aunque sea *in articulo mortis*, y es una chica tan dispuesta y cariñosa que no te la puedes figurar. Ahora nos hace compañía, friega los cacharros y le ha dado un repaso a la casa, ni te la imaginas con la mopa y el plumero.

—¿Cano la tiene reconocida...? —quiso saber Lamo, extrañado.

—Con la correspondiente certificación registral. Se llama Evedia, como la abuela, fíjate qué detalle por parte de ese pobre hombre, y se apellida Corada Bacelo. Es feuchilla y algo zarabeta, pero tiene el iris de Cano y estudia en las Tolontinas de Ordial, con una beca de la Caja de Ahorros. Da pena verla tan esmirriada y huérfana.

—No llores, Fruela —ordenó Lamo, que intentaba reproducir vanamente el glande de Príapo—, y déjate de pamplinas. Hay que sacar fuerzas de flaqueza, a ese perillán lo sacamos de la jaula y lo traemos a casa cogido por las orejas. Ese matrimonio mortuorio ya es otra cosa, con esa chica es mejor que seáis consideradas pero discretas, no vayamos a pasarnos de la raya.

—La queremos, Lamo —exclamó la voz alterada de Mila, que pugnaba por hacerse con el auricular—. Será la razón de nuestras vidas cuando el fallecimiento de Cano se confirme. Se lo debemos a él, y a nosotras mismas por el grado tan alto de culpabilidad. La muerte de Cano nos convierte en unas hermanas asesinas, y Vedi se quedará a vivir con nosotras para el consuelo y la expiación.

—Sosiego, sosiego —requirió Beraza, volviendo a tachar el glande del expediente de apropiación indebida de fondos públicos—. Ucieta está en ello, no ceja y, aunque todavía no tenemos novedades de relieve, sí puedo adelantaros que hay pistas. Cano vive, que no os quepa la menor duda. Lo único raro es que no se hayan vuelto a poner en contacto con vosotras para buscar otro conducto de hacerse con el rescate, igual quieren aumentar vuestra angustia, daros más tiempo para haceros con el dinero. Lo de ese puñetero mago con el dinero falso no hay quien lo entienda.

—Dinero tenemos —aseguró Fruela—. De la sucursal del Torrado nos llamó el propio director, don Damián, y el buen hombre nos concedió un crédito en efectivo, no todo lo que pidieron para el rescate, pero bastante. El pobre hombre no sale de su asombro con el vaciado de las cuentas, de que Cano lo haya sacado todo, un lapsus por su parte, según dijo, ya que debiera habernos alertado. También hemos juntado los alhajas, y otros objetos de valor, y lo hemos preparado en una caja de zapatos. Sólo esperamos que nos llamen.

—Tranquilas y quietas —ordenó Lamo— y con cualquier novedad me llamáis a mí o al comisario, ya no se admiten más errores.

Mila se había hecho con el teléfono.

—No queremos una misa ordinaria —dijo, casi convulsa—, la queremos de pontifical, con el propio obispo y tres o cuatro curas, y el coro de la Comandita Ferroviaria cantando el réquiem de Mozart. Crespones, gualdrapas negras, una esquela en el *Vespertino* como la de cuando murió el dueño de Antracitas Caviedo, y nosotras acompañadas en el luto por la Hermandad de la Veneración. Vamos a dejar el nombre de Cano en los anales.

—Dile a la sobrina que os habéis agenciado —recomendó Lamo no sin sorna— que haga otro puchero de tila. Por favor, no matemos al pichón de este modo,

organizando ya las pompas fúnebres. Está vivo, Mila y, si seguís con este comportamiento, seréis vosotras las que necesitéis el catafalco.

El secretario Verino asomó a la puerta del despacho del juez al cabo de un rato.

Lamo Beraza se rascaba con mayor insistencia, las hermanas Corada habían llegado a ponerlo nervioso.

—No sé si exhumarlos al fin —dijo el secretario Verino, con la voz de la ardilla que reordena los expedientes colgándolos de los árboles del parque—. Tenía anotado que a las doce y treinta y cinco en la basílica del Boato abríamos el sarcófago del prelado Colidio.

—Déjame en paz, Verino —dijo el juez Beraza, poniéndose de pie y tirando al cesto de los papeles un legajo corroído—. A ese prelado le robaron la tiara y el anillo, pero no consta en ningún documento, al margen de la tradición popular, más pagana que presbiteriana, que le segaran la pierna de un arcabuzazo. No exhumo momias.

El secretario Verino hizo el intento de entrar en el despacho, pero retrocedió al comprobar que el juez Beraza desabrochaba el cinturón y parecía dispuesto a bajarse los pantalones.

—Fueron los sarracenos —dijo, cohibido—, como bien sabe su señoría. Al-Musán y el bereber Visán Visagra, que era su lugarteniente. La exhumación pondría en evidencia que el arcabuzazo fue moro, y el cabildo quiere salir al paso de que fuese el prelado Ceballos quien disparó por enemistades parecidas a las de la Conferencia Episcopal. Esta exhumación, si usted me lo permite, es crucial para poner orden en el fratricidio religioso, y ser consecuentes con la memoria histórica.

—No te lo permito, Verino, joder —exclamó el juez Beraza, que lograba llegar con dificultades a la entrepierna, donde el picor había restablecido una insoportable correspondencia con el escozor de la coronilla, la huella agresiva del adoquín que justificaba la acción traicionera de un marido morganático de vocación suicida.

—Comparecieron —dijo todavía Verino, extrañado de que los calzoncillos de su superior fueran de lunares— el prior de la santa Ínfula y un arabista muy esmerado, según puede leerse en los folios impares del legajo, y las deposiciones de ambos son contradictorias. La mecha del arcabuz no era igual para uno y otro, ni siquiera la pierna afectada. Si levantamos el catafalco y ojeamos la mitra, podría restablecerse el orden religioso en la basílica y en la feligresía. ¿Ceballos atacando a Colidio, prelado contra prelado, mientras al pie de la muralla musulmana comían un cordero con miel el propio Al-Musán con Visagra...?

El juez Beraza logró cierta satisfacción con el frotamiento y volvió a sentarse a la mesa, alargando sobre ella el expediente de apropiación indebida de fondos públicos, en cuyo encabezamiento estaba el glande tachado.

—Éste lo archivas —le dijo a Verino—. Ni me oprimen los plazos ni me apremian las diligencias ni las resoluciones, estoy hasta el gorro de las judicializaciones y los desacatos, de lo único que tengo ganas es de un café con leche y media docena de porras.

—El ujier se lo sube en un pis pas.

—Deja a Décimo que se la pele a gusto, que es su hora, pero, por favor dile que siempre que lo haga tire de la cadena y que renueve las revistas pornográficas, que ya está uno cansado de las mismas posturas ¿o es que no pagamos la suscripción con dinero público...?

—El ujier, señoría, tiene siempre la misma fijación.

—Pues que vaya cambiando el gusto, en un juzgado no se puede permitir tanta desgana.

—¿Va a salir usted...?

—A desayunar y a ver al comisario Ucieta.

—¿Y la exhumación...?

—No podemos ponernos la mitra por montera, Verino, a ver si te enteras de una vez. Imagínate que se prueba que fue Ceballos y que los musulmanes ni siquiera habían probado el cordero. ¿Cómo podemos dejar en paños menores a la mismísima Conferencia Episcopal...?

Cuando el comisario Ucieta salió del retrete de la Comisaría se dio de bruces con el inspector Dopico, que llevaba bajo el brazo la cabeza, cuyos ojos estaban semicerrados por la tirantez de las legañas.

—Te alivias antes de informar —le reprochó el comisario, todavía buscando el ojal correspondiente del cinturón—. Dile a los guardias que hoy no hay rancho mañanero para los detenidos, que se chupen los dedos y dejen de pintar guarrerías en las paredes de los calabozos. ¿Hay algo que puedas anticiparme o te pasaste la noche de rositas, con la chola en la estratosfera...?

—Subía ahora mismo a su despacho, jefe —se excusó el inspector Dopico—, hay algunas pistas y tengo a Momio por las comarcales.

—Tienes cinco minutos para mover el vientre —concedió el Comisario—. Beraza viene a verme, y hay que poner sobre la mesa algo concreto; un juez, por amigo que sea, no es una hermanita de la caridad. La justicia es taxativa.

El inspector Dopico se encerró en el retrete. Se bajó los pantalones, se sentó en la taza y sujetó la cabeza sobre las rodillas, cogida con ambas manos.

El inspector era un estreñido crónico, tenía el colon melancólico, lo que suponía una suerte de inercia aflictiva entre el final del ciego y el comienzo del recto, imbuidos casi de forma permanente por una pena intestinal que conformaba su carácter.

Esa mañana venía con el gesto constreñido que auspiciaba la dolencia del estreñimiento y, sin embargo, con el resquicio de alguna expectativa, ya que en el sueño apurado que apenas le habían permitido sus preocupaciones, y que las legañas indicaban, hubo un momento de expansión por un firmamento estrellado, el ruido de la maquinaria que hacía presumir el rebote de los astros y la constelación anhelada.

Esas previsiones visionarias, esas expectativas fisiológicas, solían resultar propicias cuando el cosmos se confabulaba en la mente dormida del inspector, como si, al fin, la preciada deposición no fuese otra cosa que la armonía del universo, tan costosa e inalcanzable.

—Gripo como un ser de otro planeta —le confesaba a veces a su amigo Vilo Cuevas — cuando en esos viajes espaciales alzo la tapa de la taza de la nave y el organismo se limpia por el escotillón, como si el excremento cediera un vacío alegórico.

—El estreñimiento —concedía el farmacéutico— tiene un componente cerebral, no orgánico. Tienes que acostumbrarte a un pensamiento mediador, a una entidad recóndita, a la propia idea de que las heces no justifican el afán compulsivo. Y no me

pidas más laxantes, por favor, no vas a encontrar en la farmacopea la alternativa a un problema metafísico.

—Ya puede usted evacuar su informe —dijo el comisario Ucieta, con exagerada sorna, al tiempo que arrastraba el trasero por el sillón—. ¿Tenemos o no tenemos alguna pista sobre ese alipende...?

—Nada en los antros ni en los garitos. Todo está planchado, tanto al norte como al sur como al otro lado del río. Pudo haber alguna timba descontrolada pero, en ningún caso, con cantidades exorbitantes. El pichón, si se me permite seguir con la metáfora, no está atrapado por la deuda del juego, al menos no lo deslomaron en los últimos tiempos. Las timbas andan a la baja, y hasta en el casino y en el recreativo los más viciosos juegan con cartones.

—Al grano, Dopico, no me venga con moralidades. Hechos, obras, sucesos, joder.

La cabeza del inspector dio un giro desequilibrante.

Era raro que en el despacho del jefe hubiera ya alguna mosca primaveral pero en aquel momento, como no mucho después corroboraría en el oculista, tuvo el primer aviso de un desprendimiento de córnea, otra afección que se sumaría al estreñimiento, intensificando el carácter taciturno del policía.

—El cojo... —musitó Dopico, con la vanidad edulcorada de quien sólo aprecia los sabores amargos.

—¿Qué cojo, joder...?

—El de la transacción, el que fue a cambiar la pierna en la cafetería Composta, donde la hermana mayor de las señoritas Corada llevó, en la otra ortopédica, el dinero falso del rescate.

—¿Un falso cojo...?

—Un cojo que no era el que decía ser, aunque padeciera igual mutilación. No era Toño Viñales, por el que se había hecho pasar.

—¿Y a este Toño Viñales lo tenemos fichado...?

—Lo tuvimos, y hace año y medio por lo menos que jamás volvió a Oceda. No es él. Es un cojo falsificado.

—Como el dinero del rescate.

—Igual. Un dinero que le proporcionó a la señorita Corada, a la mayor, un ilusionista que debutó anoche en el teatro Versal, y al que tuvieron que rescatar de la lámpara los bomberos. Con el dinero falso organizaba una rifa y un bingo. Se llama Octavio Gamilla, y está abajo en el calabozo.

—Que no desayune —ordenó furioso el Comisario—, que esté a pan y agua las setenta y cuatro horas.

La mosca rebulló en el ojo izquierdo de Dopico. La cabeza volvió a desequilibrarse.

—No entiendo cómo ese dinero llegó a manos de las hermanas Corada —indicó el comisario— y mucho menos que lo usaran para el rescate, sabiendo que era falso.

—Parece un asunto particular, jefe, no sé qué decirle. En cualquier caso, al ilusionista, más allá de esta eventualidad, no hay mucho que achacarle. Nada sospechoso en su equipaje, si descartamos el maletín con los fajos del dinero que, por cierto, es de ínfima calidad. Los fajos tienen dos billetes visibles, muy malos, y el resto papel de periódico.

El comisario Ucieta se puso de pie, y el inspector Dopico tuvo la impresión de que iba a coger su cabeza y a removerla como si fuera una hucha, como había hecho en otras ocasiones, cuando el informe de un caso en vez de complacerlo lo enojaba.

—Poco —valoró—, casi menos que nada.

—El tiempo no dio más de sí. Ahora vamos abriendo la red. Tengo a Momio en la comarcal de Borela, y en las aledañas. Momio huele algo, siempre que carga el depósito de la motocicleta es porque sabe que hay una dirección adecuada, aunque no le gusta hablar antes de tiempo.

—Momio y Dátil y Dago —citó el comisario Ucieta, agobiado, espantando a Dopico—, la flor y nata de una comisaría que gasta en papel higiénico lo que otras en fotocopiadora.

—No es el juego —repitió Dopico, a la defensiva—. El pichón no tiene que saldar una de esas deudas a vida o muerte, podemos estar seguros.

—Entonces ¿qué le pasa a ese barbián, quién le quita los perdigones, si él mismo hizo el desfalco familiar, vaciando las cuentas de sus hermanas, cómo arriesga la vida de ese modo?

—En ello estamos. Quien lo tenga sabe las razones, aunque el trato no se hace con una familia de muchos posibles, que sería lo lógico. Pero, aunque sea un secuestro raro, y más teniendo en cuenta que los secuestradores están dando la callada por respuesta, después del primer y vano intento, conviene pensar que el asunto es fácil, unas pobres señoritas y un golfete, perdone usted que lo denomine de este modo, que a lo mejor hasta es gafe.

—Son muchas suposiciones, Dopico —dijo el comisario, alcanzando abruptamente el trasero—, y ninguna vale lo que valen los hechos, las obras, los sucesos. ¿Se le ha pasado por la cabeza, planteado así, entre nosotros, ahora que nadie nos oye, que le hayan dado chicharrón...?

—No, la verdad es que no lo considero —dijo el inspector, pasando la mano por la frente de la cabeza, que mantenía bajo el brazo izquierdo—. El tiro al pichón,

recuérdelo usted, señor comisario, se celebra en la Venatoria con muy pocas escopetas, y en el tiro al plato no hay campeón provincial desde hace tres años, cuando don Egidio, el de la cementera, le voló la cabeza al chico que hacía funcionar la maquinaria para lanzar los platos.

Lamo Beraza desayunaba en la cafetería Alpina, poco antes de ir al despacho del comisario Ucieta, cuando vio cruzar, corriendo por la acera como una posesa, a Mila Corada, de la que podría jurar que iba en paños menores o, al menos, como así comprobó en seguida, con el camión, una bata y en zapatillas.

Dejó el churro que sujetaba en la mano y salió tras ella, cuando acababa de chocar con un viandante, que procedía a atenderla solícito.

—Iba al Juzgado, Lamo, a verte —dijo Mila, en un fuerte grado de excitación, que al juez le costó rebajar—. Fruela también salió desesperada, no sé si es el mismo infarto o la angina de pecho que mató a mamá.

Cuando Lamo llevaba a Mila hacia la cafetería, donde pudo acomodarla a la mesa más próxima a la puerta y pedir una tila, que inmediatamente le sirvieron, un coche se subió a la acera, apenas cien metros más allá, y se estrelló contra la farola que habían repuesto, tras igual accidente, una semana atrás, lo que ya estaba motivando una ampliación inesperada en el presupuesto municipal de iluminación y mobiliario urbano.

El hecho de que el conductor accidentado saliese del vehículo con el volante en la mano y, ante la estupefacción de los cuatro gatos que le miraban tras el ventanal de la Alpina, huyese haciéndolo rodar como el aro de un niño, no fue motivo de ningún comentario.

En Oceda los percances tenían la compensación urbana de la desidia con que el vecindario aceptaba una realidad incongruente, ya que en la propia historia de la ciudad todo parecía inoportuno e inerte.

—Nos salió rana, Lamo —dijo Mila, que no era capaz de sujetar la taza de la tila en las manos—. Nos la dio con queso. Fregar fregaba muy bien los cacharros y pasaba los azulejos de la cocina como un primor, pero no era trigo limpio.

—Cálmate Mila, que no sé de lo que me hablas.

—De Vedi, de nuestra sobrina, de la hija de Cano. Ya ves, el nombre de la abuela, Evedia, y un carácter modoso, gazmoño, casi pedigüeño, como si por todo tuviera que dar las gracias, siendo como era carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Una hija natural con el mismo iris del padre.

—Pero ¿qué ha hecho, acabo de hablar con vosotras hace un rato...?

Mila Corada hizo un mohín y sostuvo un suspiro.

—Todavía no nos habíamos dado cuenta, creíamos que estaba durmiendo en su habitación, después de la noche que pasamos, la peor de nuestra vida, con la angustia de que nadie llamase y el cadáver de Cano estuviera en cualquier alcantarilla. Porque los matan así, Lamo, tú lo sabes mejor que nadie, como profesional que eres. Los van cortando en rodajitas y los restos acaban en el albañal.

Lamo Beraza pidió un coñac y pensó en Fruela, en lo que ahora se había convertido en un asunto que volvía histéricas a las hermanas, entre el infarto y la angina de pecho, como si nada frenara lo que Cano Corada había desatado, sin que el propio Lamo se hubiera preocupado más de la cuenta hasta ese momento.

—Se fugó —dijo Lamo, tajante—. Se fue con viento fresco. Vino a doraros la píldora y desapareció como el cojo de la ortopédica.

—Con el dinero y las alhajas —confesó Mila, más acobardada que indignada.

—No lo puedo creer, sois dos pardillas, ya os advertí.

—Don Damián nos concedió un crédito, nos mandó la cantidad que pudo en efectivo, se portó como un caballero. Y a Fruela se le ocurrió meter todas las alhajas en una caja de zapatos, todo lo que había en casa, incluidas las de la abuela Evedia y la abuela Cloro, los relojes, los anillos, los collares, todo. Lo teníamos preparado para cuando llamaran los raptos, era lo que podíamos ofrecerles por la vida de Cano, si es que Cano todavía vivía.

—Te llevo a casa y voy a ver al comisario Ucieta, me está esperando. A esa chica no será difícil echarle el guante.

—Todo lo metió en una maleta pequeña.

—Menuda tomadura de pelo.

—Se llama Evedia Corada Bacelo, tiene catorce años y estudia en las Tolontinas de Ordial. Nos dijo que su madre se estaba muriendo en el hospital de Cruces, y que venía para convencer a su padre de que fuese con ella, a casarse, aunque fuera en las últimas, cuando expirara. Una chica que con la mopa y el plumero no he visto cosa igual, Lamo, y el iris del padre, y ese desaliño que tenemos las huérfanas, que parece que andamos por la vida como desacopladas.

—No sé cómo andáis por la vida, Mila —dijo el juez Beraza, evitando rascarse y moviendo la cabeza con la incertidumbre con que la movía, cuando un imputado se derrumbaba y él pensaba que Dios podía ser congruo pero no condigno.

Dejó a Mila en casa y apuró el paso hacia la comisaría, donde Ucieta pidió que les subieran unos cafés.

—No me cuentes nada que no sepa, Beraza. La mayor de las Corada acaba de irse, vino a informarme de los últimos acontecimientos, y me dijo que la pequeña te había ido a ver a ti. Podían haber cambiado la misión, es la pequeña la que me tiene en suerte, y les resultaría muy fácil intercambiar el infarto por la angina de pecho, tampoco hay tanta diferencia entre uno y otro.

Lamo Beraza se sentó frente al comisario e hizo un gesto de preocupación e impotencia.

—Son dos pardillas en manos de un inconsecuente —dijo, encogiéndose de hombros—. Cuantas veces anduve por ahí con Cano, entre copas y algarabías, siempre tuve la impresión de un inepto cantamañanas, no sabes cómo me arrepiento de haberlo llevado conmigo. Es medio lelo y más pagado de sí mismo que un actor secundario. Cualquier lío es posible, lo más impensable, la trampa más estúpida.

El comisario Ucieta sorbía el café que les acababan de servir.

—No te fíes —dijo, alzando la pestaña del ojo izquierdo—. Los bobos se las apañan a veces mejor que los listos, y la malicia no hace distinciones entre unos y otros. Me parece que aquella vez que lo trajeron a comisaría fue por un empeño fraudulento derivado de una deuda de juego, ya te dije que lo solventé con unos sopapos. Es ludópata, y anda a la que salta, de eso no cabe duda.

—Ni de que tiene a las hermanas tan engañadas como martirizadas. Ahora la teórica sobrina se llevó lo que serviría para el rescate, lo que resta del ahorro. No sé, Ucieta, no sé a lo que me huele todo esto.

—Joder, Beraza, nada de lo que está mal hecho huele bien. Al pichón de todas formas no van a ajusticiarlo, nadie mata a la gallina de los huevos de oro.

—Siempre resultan mejor los delincuentes profesionales, mientras más profesionales más rentables. Se te cuela un aficionado y hay mayor riesgo, más posibilidades de que todo acabe como el rosario de la aurora.

El comisario Ucieta puso un papel encima de la mesa, tras rascarse el trasero.

—Te informo —dijo, con cierta desgana, que acentuó presuntuosamente al observar el gesto preocupado del juez—. Tengo a Dopico con sus efectivos en danza, me refiero a los confidentes, a los que saben de la tostada y peinan lo que se necesita, aunque ya sabes que Oceda es una ciudad calva. A la sobrina la estamos buscando desde que la tía me contó el desaguizado. Una adolescente con una maleta, tampoco parece el laberinto de las sirenas. Y he llamado a Ordial, al hospital de Cruces, donde

nadie se está muriendo con el nombre de la pareja de Cano, la mamá de la niña. No está la enferma expirando, la finada en expectativa que requiere al cónyuge para sacramentarse. Esa señora no está en la últimas, sencillamente no está.

—La chica les enseñó el certificado de nacimiento, donde Cano la reconoce.

—Vete a saber lo que les enseñó o lo que vieron. Las Corada están ciegas, Beraza, joder, beben los vientos por el hermano calavera y no se resigan a que el muerto sea un vivo, a ponerle en la corona funeraria: tus hermanas que tanto te quieren no te olvidan.

Lamo Beraza se puso de pie.

Sintió que el destartado despacho del comisario Ucieta se parecía demasiado a un almacén de objetos perdidos, y tuvo la penosa sensación de que cualquiera que visitara el suyo podía obtener igual impresión, lo que le deprimió.

—La justicia le ensucia a uno las manos —musitó sin venir a cuento.

—Todas las erecciones apuntan al firmamento —dijo Ucieta, sin que la opinión tuviese tampoco ningún sentido— ya que ninguna revela lo que sucede a ras de tierra.

—La vida del policía que no alcanza los trienios precisos para una jubilación holgada, y la del juez que siempre se queda corta. No sé si somos testigos o testafellos de la decadencia de Occidente pero, en cualquier caso, siempre andamos a verlas venir.

Guardaron silencio.

El comisario Ucieta se rascó el trasero y el juez Beraza la entrepierna.

—A primera hora —dijo el Comisario— le di un repaso al ilusionista, a Octavio Gamilla, el que le proporcionó el dinero falso del rescate a Fruela Corada. Un dinero que no tiene ni siquiera la simulación del timo de la estampita, pura filfa.

—Ella estaba trastornada, no había modo de lograr lo que pedían los secuestradores. Del ilusionista no quiere hablar, me dijo que era un asunto particular, supongo que también le avergüenza el engaño.

—Y las artes de un dandi que apenas mide medio metro, pero que eleva la figura con el chaqué y el sombrero de copa. Esa mujer tiene, en el fondo del alma, la fascinación del escenario, Beraza, yo con ella me andaría con pies de plomo. La magia permite que un chiquilicuatre haga el doble salto mortal en una pensión cualquiera, desde lo más alto de un armario.

—En las artes escénicas la vida tiene otra prosapia —reconoció Lamo, resignado.

—De todas formas, quédate tranquilo, lo molí a hostias. El ilusionismo me pone de los nervios, lo único que me sacia es la realidad, y la realidad es la existencia real y efectiva de las cosas.

Cuando el inspector Dopico se entrevistó con Momio, el confidente que, al otro lado del río, controlaba los antros fluviales y tenía acciones en un garito donde, además de las timbas, había peleas de gallos, era más de medianoche.

—La chica dejó la maleta en consigna, en la estación del tren de Ordial —le había informado aquella misma tarde al comisario Ucieta—. Llegó a mediodía, y teníamos un dispositivo, tanto en la estación del tren como en la los coches de línea, llamé a la comisaría de Ordial para que se encargaran y hay dos guardias vigilando. La maleta está controlada, y parece claro que ella le dará la llave de consigna a alguien que vendrá a recogerla.

—Así me gusta, Dopico —aseguró el comisario—, celeridad y eficacia. El que venga a por la maleta nos interesa más que la propia interfecta, me gusta verlo a usted con la cabeza en su sitio.

El inspector Dopico se mantenía casi firme ante la mesa del despacho de su superior; la cabeza sujeta sobre los hombros y la inusitada concentración que no le permitía trastocar los horarios, convencido en aquel momento de que un ascenso o una gratificación no eran un augurio, sino la constatación de un pasado con el que soñaba cuando el futuro estaba oscuro.

—En cualquier caso —dijo, sintiendo que la cabeza no se movía y recreándose en la suerte— los compañeros de Ordial nos avisarán a la primera de cambio. Esa chica no podía despintársele a nadie.

—Estamos que lo vertemos, Dopico —reiteró complacido el comisario, tan proclive a la amonestación, y que jamás ocultaba lo nervioso que llegaba a ponerle el inspector trastocando el tiempo y echando a perder la expectativa.

—También Momio está orientado —informó Dopico, retomando la compostura, y alzando la frente—. Hay una pista y espero su llamada.

—Me gusta el Cuerpo, Dopico, me ponen a cien los policías que tienen la cabeza en su sitio. Si Momio reactivó el carburante de la motocicleta, y la condujo con la intuición de quien hizo la mili en caballería tenemos resuelto el caso.

Eso fue lo primero que Momio le dijo al inspector cuando, a medianoche, se sentaron a la mesa en la esquina más lóbrega del Caldeo, un tugurio que en la otra orilla del Margo, donde la ciudad se negaba a reconocerse a sí misma, mantenía las esencias de las viejas artes fluviales furtivas, aquellas que acabaron con la flora y la fauna del río, en el comentario de las gestas que hacían quienes barrieron las especies piscícolas con dinamita y trasmallos.

—Llené el depósito de la motocicleta —dijo Momio, tan orgulloso como convencido — y antes de arrancar oriné en la mezcla, de modo que la máquina percibiera la función de la vejiga y así se acomodase a la intuición corporal, ya se sabe que a las máquinas hay que darles el mismo tratamiento que al organismo, si lo que queremos es que nos lleven a donde de veras necesitamos ir.

—¿Y dónde te llevaba, Momio, qué previsión tenías en la vejiga...? —quiso saber el inspector Dopico.

—Hacia Borela, comarcal del Beduino, por los pedregales y con el tubo de escape escupiendo lo que secretean los riñones. Con dos incidencias que ayudaban a la pesquisa. De una ya le hablé, del ojo de cristal que rodaba por el puente de Urales y que a usted le dio grima. Es un talismán, tal como le dije, una suerte de amuleto mesopotámico que tiene virtudes portentosas. Lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta y, por supuesto, todavía lo guardo porque juego dos décimos a la lotería. El manillar de la motocicleta brillaba con la imantación de este signo celeste, la ruta era la buena. Poco antes de arrancar, dando un garbeo y tomando una copa, encontré en un contenedor de la basura una pierna ortopédica de la que alguien se había deshecho. La pierna del exhibicionista que sacó del Margo al suicida, no le quepa duda, y que luego sujeté en el transportín de la motocicleta para llevármela. Otro indicio, otra prueba u otra contraseña, si las incidencias avalan lo que el ser humano entiende por el designio que, como cualquier chico de primaria sabe, no es otra cosa que el pensamiento o el propósito del entendimiento, aceptado por la voluntad. Una pierna que necesita otra, buena o artificial, para sostener el cuerpo, sea o no sea el del delito.

—La ortopedia tampoco me gusta un pelo —hizo constar el inspector Dopico— y las razones que me diste de que el presunto Toño Viñales, también con su pierna y su ojo de cristal, no era el verdadero, que lo estaban suplantando, me revuelve todavía la cabeza. El verdadero murió, y al falso hay que encontrarlo, pero se me hace muy rara esa condición fatalista del auténtico como un hombre embelesado por el nacionalismo maqueto y charnego.

La cabeza de Dopico dio un vuelco y estuvo a punto de caérsele sobre la mesa.

—Sujétela —le pidió Momio, que la observaba— y no me haga adelantar acontecimientos. Déjeme usted ir a ochenta por hora, cuando ya circunvalé Borela, lejos de la comarcal del Beduino, por la provincial de la Gomarra que, por cierto, acaban de parchear y parece una pista de aterrizaje. Imagínese usted al motorista ensimismado en la conducción, las gafas bien ajustadas, los brazos tensos sobre el manillar imantado y de pronto, en la recta más enfilada y limpia, sin un árbol, sin otra cosa que la línea que imprime el horizonte, un tropiezo descomunal, igual que si se cruza un perro y lo atropellas. Frenar, sujetar la máquina, ir para uno y otro lado, caracoleando, el susto padre y la inmediata encomienda al Salvador, ya que son cinco

los accidentes que numeran las cicatrices, en un cuerpo como el mío, muy bregado, con la vesícula operada y muy serosa.

—Dios, Momio —dijo asustado Dopico, que había vuelto a ponerse la cabeza en su sitio—, vas que vuelas, ¿no tendrás algún elemento radioactivo en la orina o no consumirás estupefacientes...?

Momio hizo un gesto envanecido.

—La pierna del culpable —dijo—, la del que se hizo pasar por Toño Viñales, allí dejada en medio de la carretera, tirada por el que huye o desprendida para disimular lo que puede tomarse por una prueba concluyente, no sé, ya que eso es labor del forense o propiamente policial. La pierna está atada con la otra en el transportín de la motocicleta, primas hermanas de la presunción y el azar, y yo, a Dios gracias, salí ileso, aunque del susto todavía no me repongo.

—Un cojo en ese brete no pudo ir muy lejos —decidió el inspector Dopico, cuya cabeza ataba cabos pero descomponía las circunstancias y comenzaba a dolerle.

—He visto a seres impedidos —dijo Momio muy solemne al cabo de un rato, acariciando el ojo de cristal en el bolso de la chaqueta— atravesar el fuego con su voluntad incombustible y escupir en las llamas para calentar la conciencia. Los he visto bailar con el júbilo de una tenacidad inusitada, y hacer piruetas en el alambre. Seres impedidos, espíritus concisos.

Dopico vio cómo, al fin, Momio ponía la mano sobre la mesa, la abría y mostraba el ojo de cristal con su reflejo mesopotámico.

—No me lo enseñes, por favor —suplicó asqueado.

—La pierna no sufrió daño, logré evitarla con el consiguiente riesgo de acabar en la cuneta. El frenazo quemó las cubiertas, la máquina respondió, uno no orina en vano, la combustión es limpia y jamás se me perlaron las bujías. Pero algún daño mental tuve que sufrir porque, ya desde el primer momento, cuando todavía el susto no se me había pasado, observé que la pierna se accionaba, que con el costo que también le supusiera el sobresalto, iba enderezándose y caminaba no sin inquietud, con el paso rastroso de lo que se pudiera considerar una extremidad manirrota.

El inspector Dopico hizo un esfuerzo por visualizar lo que Momio contaba, ahora con la voz más retraída y vergonzosa, como si el cuento le produjera en su inverosimilitud cierta aprensión. La cabeza le dio vueltas.

—Pude ver a un cojo en el límite de la carretera, una de esas figuras que contravienen la velocidad, cuando las máquinas cabales, como la mía, avisan con la bocina y el estrépito del motor bien engrasado y, sin embargo, no logran ahuyentarlas o hacer que se retiren para que no haya que cambiar de marcha o frenar de sopetón. Un cojo que requería la pierna o, vaya usted a saber, una pierna que estaba hasta el gorro del cojo. También he visto seres impedidos irresolutos y pelmas, incapaces de asimilar el vacío de sus carencias o la desgracia de sus imposibilidades.

—No me hago a la idea —vaticinó Dopico, en cuya cabeza se fraguaba un atardecer roñoso y polvoriento, lleno de baches y espinos, con un árbol quemado por el sol y una higuera con los frutos reventados.

—Amenacé al cojo con la pierna. Huyó despavorido. No será difícil detenerlo, en la provincial de la Gomarra no hay escondites ni asideros, y el talismán lo tiene enfilado. Las dos piernas, y así acabo el informe, las tengo atadas como le dije en el transportín de la motocicleta, dos pruebas o dos justificaciones, según se quiera ver. La del exhibicionista como coartada de su buena acción, al salvar al suicida, igual que el ojo mesopotámico, la otra para ajustarle las cuentas a quien se hizo pasar por Toño Viñales, año y medio después de su muerte, cuando bailaba la sardana en el Pirineo. Esta pierna no es de fiar, hay que vigilarla, está maliciada. Hizo todo lo posible por desatarse y, cuando estábamos llegando a Oceda, casi lo había conseguido y me dio una patada en el culo.

—Da gusto trabajar contigo, Momio —aseguró el inspector—, se lo diré al Comisario, seguiremos haciendo la vista gorda con las peleas de gallos, aunque conviene que las anunciéis con más discreción, y que controléis mejor las apuestas.

—Pues ahora, si a usted le parece bien, sólo nos queda echar las cuentas y abonar los gastos.

El comisario Ucieta llamó al juez Beraza a primera hora de la mañana, y el juez le dijo que pasaba inmediatamente por su despacho.

—Todo resuelto, Lamo. El pichón no estaba en la jaula, es un pájaro de cuenta y ya lo tenemos a buen recaudo.

—¿Llamamos a las hermanas...? —inquirió Lamo, sobresaltado— aunque sólo sea para decirles que Cano está a salvo, que no sigan angustiadas.

—Joder, Beraza, vamos a poner antes las cosas en su sitio. El pájaro es un delincuente, no estaba secuestrado, estaba escondido. Llegaremos a un acuerdo, no te preocupes, pero deja todavía a las hermanas, hay que aclarar algunas cosas. Te espero.

Doña Emina, la madre del juez hacía rodar la silla por el pasillo para esperar a su hijo en el vestíbulo y despedirlo una vez más.

—Ay, hijo, qué postín, qué ganancia. Esbelto y altanero, como cuadra a tu rango. La pena de que el pelo no te acompañe, aunque la calvicie también da prestancia y la pelusilla es graciosa. Cuánta prosopopeya.

—Tengo mucha prisa, mamá, muchísima.

—¿En qué percal estarás comprometido...? ¿En qué visos y componendas, cuando no hay autoridad que no te reclame y te espurgue...? ¿Dónde va la hombría de bien tan a primera hora de la mañana...? Ay, hijo, cuánta templanza se necesita, y qué arrojo y voluntad.

Lamo le dio dos besos, dispuesto ya a abrir la puerta e irse, pero doña Emina no se resignaba. Las despedidas de todas las mañanas tenían el desvelo de algún largo viaje, la emoción de quien va muy lejos y tardará en volver.

—¿Dormiste bien —quiso saber la señora—, soñaste con el beneficio y la coronación? Yo me quedo con la soflama y el guirigay, me quedo aturdida, hay mucha maldad por las calles y tú sostienes la vara muy alta. Ay, que Dios me perdone, pero me gustaría que estuvieses menos expuesto.

—Estoy bien, mamá, y no creas que tengo tanto trabajo.

—Globos y aviones, trenes y trasatlánticos. Ay, Señor, Señor, el mundo completo, la rendición de los mares y las autopistas del globo terráqueo, cuántas vicisitudes para el cumplimiento del deber, y qué gasto de suelas, por Dios.

Doña Emina decía adiós al juez, agitando el pañuelo que acababa de sacar de la manga del vestido. Lamo salió, le tiró un último beso y cerró la puerta.

—Una madre no se resigna a que el hijo no le duela —dijo ella llorosa— y más con los hijos que llevan al hombro la administración mundial. Duele lo que a la vez enorgullece y salpica, y no es peor el reuma pero es muy mala la ciática.

—El pichón no estaba en la jaula, Lamo —dijo el comisario Ucieta, cuando el juez se sentó frente a él en su despacho, y en la satisfacción había una sonrisa sardónica, la complacencia maliciosa de lo que pudo adivinarse—. Estaba escondido, en una pensión de Ordial, la pensión Cárpatos, como un transeúnte ordinario. Secuestro simulado para sacar el higadillo a las hermanitas, después de haberlas escurrido y darles el susto que podía haber hecho verdad la angina y el infarto. Un golfo, joder.

Lamo Beraza suspiró indignado.

De lo que Cano pudiera hacer no tenía una idea clara, la sombra de Cano Corada pendía siempre del redil de sus hermanas, y nada en su vida tenía otra explicación que el lazo que ataba y desataba con ellas, siempre con la actitud quejosa y desabrida de esa desgracia que es tan propia de los desagradecidos, pero lo que Ucieta contaba estaba fuera de toda previsión.

—¿Dónde está...? —quiso saber Lamo.

—En la comisaría de Ordial, pero lo tenemos aquí en menos que canta un gallo. Desembuchó sin que hubiera que presionarle. Todo con discreción, el asunto no tiene otra transcendencia que la que queramos darle. Tú y yo lo apalabramos.

—La idea es que ellas no sepan la verdad, Ucieta —dijo Lamo, compungido—. Esas pobres desgraciadas pueden morir, no les entraría en la cabeza. Nunca pude imaginármelo, aun sabiendo lo que Cano es, tan inconsecuente y estúpido. La mala vida siempre la administró con cajas templadas, aunque no era difícil verle las cartas marcadas. No sabes lo que me arrepiento de haber andado con él perdiendo el tiempo.

—Las chicas lo merecen —dijo Ucieta, guiñando el ojo con sorna, y alzando el cuerpo del sillón para rascarse—. Se lo merecen en todos los sentidos de la palabra, y vamos a echarles una mano, aunque al pájaro hay que leerle la cartilla bien leída.

—Prefiero que lo hagas tú.

—Lo haremos mano a mano. Yo me encargo de darle el repaso, pero vendrás conmigo para llevarlo a casa y, por supuesto, vas a llamarlas para darles la noticia.

Lamo pensó en Fruela, y lo hizo con la intensidad con que su imagen interfería sus sueños. Una mujer que venía de lejos y que mantenía la distancia de un ser carnal y

amistoso que resultaba inalcanzable. Era un sueño reiterado y la imagen de Fruela variaba con matices muy sutiles, mientras Lamo se aferraba codicioso a la visión, frustrado al despertarse.

—La sobrina, esa chica que se llama Evedia —informó el comisario, que tenía un papel en las manos—, se fue con la maleta del dinero y las joyas en el tren de Ordial. Dopico anduvo listo, tuvimos en seguida efectivos en las estaciones de ferrocarril y autobuses. La chica bajó del tren y dejó la maleta en consigna. La siguieron hasta la pensión Cárpatos, ya ves lo fácil que estaba vigilarla, hubo otros guardias que se quedaron vigilando la consigna por si alguien venía a llevarse la maleta. La chica volvió a salir de la pensión y se fue al colegio de las Tolontinas donde es verdad que estudia. Y no mucho después apareció el pájaro, con ese aire taimado del que está escondido y sale escondido. Cano fue a la estación de ferrocarril, tenía la llave que le había dado la chica y sacó la maleta. Fue en ese mismo momento cuando le echaron el guante.

—¿La sobrina es su hija, la habéis detenido...?

—Les he dicho a los amigos de la comisaría de Ordial que no lo hagan, pero que las tengan vigiladas, a ella y a su madre, con la que vive. Cano es su padre y ha contado el lío que urdió simulando el secuestro, el engaño de una madre que expiraba en el hospital y de la niña, que es su hija como te digo, que iba a sacar lo que pudiera a las tías. El dichoso cojo fue el intermediario, nadie más está implicado, y al cojo también lo tenemos enfilado.

Lamo Beraza alzó los brazos y la cabeza en un gesto más de desaliento y desánimo que de complacencia. Se movió en la silla, estaba inquieto.

—Además de las deudas y de las amenazas que tu amiguito tenía que saldar, mantiene otra razón y, según me informan de la comisaría de Ordial, esa razón es la causa de haber llegado tan lejos, implicando a la niña.

—¿Qué razón...?

—Va a casarse, precisamente dentro de quince días, y no lo hace por lo civil, va a ser un matrimonio como Dios manda, las proclamas están hechas en la parroquia del pueblo de la novia.

—¿Con la madre de la sobrina...?

—De la que nada sabían en el hospital de Cruces, donde teóricamente expiraba. Murias Bacelo Loma. Cano tiene reconocida a la hija y ahora va a contraer matrimonio con la madre. Es una mujer bastante mayor que él, sin oficio conocido, de Villalomba, un pueblo cerca de Ordial.

—A las Corada les puede dar un ataque —dijo Lamo, poniéndose de pie y conteniendo el impulso de rascarse la entrepierna—. Cano acaba con ellas.

—Joder, Beraza, ése es otro asunto, y es el pájaro quien tiene que correr con el gasto, a él le toca decirlo o no decirlo, es una cosa muy personal, muy familiar, donde no tenemos que meter baza. Si ésa fue parte de la razón por la que el hermano planeó este descalabro, allá él con sus cuentas. Mata a sus hermanas del disgusto, les esquilma el patrimonio.

—¿Es que qué van a pensar ellas de la trampa de la sobrina, cómo van a enfocararlo, qué explicación puede darles Cano...?

El comisario Ucieta se levantó y se rascó ostensiblemente el trasero.

—No vayamos más lejos —dijo, contundente—. Ni tú ni yo podemos entrar en ese juego, es el pájaro el que tiene que entenderse con ellas. Vamos a ocultar el autosequestro, todo se resolvió en un favorable rescate, la maleta la recuperamos, los teóricos culpables andan huidos pero ya los pillaremos, no hay que meter en danza más perros de los debidos. Las hermanas estarán encantadas de que vuelva el pichón vivito y coleando.

—Tienes razón... —accedió Lamo Beraza, y en seguida recordó el vaticinio de Ariana Mercado Nistal de que el pichón se encontraba en una jaula de oro.

—Ven a última hora de la tarde —indicó el comisario—, yo me encargo de preparar al pájaro. Vamos a llevarlo como se merece, recién salido de la jaula, donde los secuestradores lo tuvieron a pan y agua. La vida de este perillán requiere que haya huellas del penoso sufrimiento.

Lamo Beraza no regresó al despacho.

Deambuló por las calles de Oceda, comió en un restaurante, estuvo tentado de acercarse al piso de Ariana Mercado y hasta detuvo un taxi para hacerlo, pero desistió antes de dar la dirección.

La tarde de Oceda no aliviaba el vacío que desorientaba sus pasos, ni siquiera ambientaba lo que ese vacío necesitaba para entender los encontrados sentimientos que anegaban su ánimo.

De forma más intensa e inusitada la imagen de Fruela volvía del sueño, y se demoraba en la realidad del recuerdo, como si al pensar en ella estuviese aprehendiendo un sentido y una justificación, lo que desde hacía ya bastante tiempo era un reclamo que no se esforzaba en escuchar y que, sin embargo, tenía con el tiempo mayor solidez.

Se trataba del reconocimiento de lo que Fruela Corada podía significar, de lo que el gusto entreveraba entre el aprecio y el enamoramiento, aunque Lamo distaba mucho de cualquier mentalidad sensiblera y mantenía la soltería como un hallazgo que no contaminaba la soledad, antes al contrario, la fortalecía con el pensamiento libre de quien no acepta ataduras.

—Tú mantente firme, hijo mío —le suplicaba doña Emina que, en sus navegaciones con la silla de ruedas por los pasillos de la casa, siempre alimentaba la idea de que a Lamo se lo robasen, y ella ya no pudiera esperarlo—. El tesón y el empeño, la frente muy alta, los ojos advertidos. Eres demasiado apuesto para malgastarte. Tienes el don soberano, la cadena de oro de tu padre y una elegancia que no se marchita. Eres fiel a la encomienda de tu madre, que besa por donde pisas. No te vayas, no te pierdas nunca, jamás se te cayó un botón.

Alguna vez Lamo le dijo a su madre que alguna de sus enamoradas le tiraba los tejos, y que él no se sentía del todo insensible.

—Perdiciones y cábalas —decía doña Emina, alterada—. Esas mujeres ven el oro que reluce y quieren aprovecharse. Tú, hijo mío, no hagas caso. La vida de ellas no tiene altura de miras, eres el sol que reluce y las ciega. El mejor partido de Oceda no ofrece competencia. Vuelve de ultramar pero, por Dios, mándame algún que otro telegrama. Tu madre ya no avizora el horizonte marino, hay tantos peces y tempestades.

Llamó a las hermanas Corada para decirles que Cano estaba rescatado, que a última hora de la tarde estaría con ellas, y en las voces de Fruela y de Mila la alegría resonó con el impacto de la histeria y el agradecimiento.

—Se lo debemos al comisario Ucieta y a sus hombres —les había dicho—. La operación no era fácil, pero Cano está bien, contento de volver a casa, aunque no conviene que le preguntéis demasiado sobre lo sucedido. Es mejor no hablar del asunto, no rememorar las penalidades.

Las voces llorosas se contaminaban con igual pesar, contradiciendo la felicidad y el quebranto, como si en ellas subsistiera un sentimiento de culpabilidad, que sobre todo Mila expresaba apesadumbrada.

—Tiene amigos —decía—, os tiene a quienes sois capaces de sacarlo del hoyo, de velar por él. Nosotras no podemos, no sabemos, estamos sobrepasadas. A Cano hay que quererlo y hay que mimarlo, es la herencia primaria de la familia, el encargo que nos dejaron nuestros padres. No estamos a su altura, no lo merecemos.

Lamo escuchaba molesto.

La voz de Fruela le retrajo al recuerdo y al sueño, y en su llanto sintió otro grado de compasión y ternura.

—No me gusta oíros hablar así —dijo, conteniéndose—. Soy testigo de la dedicación a vuestro hermano y también, seamos sinceros, de lo que el tarambana recaba. En cualquier caso, ahora no conviene pasarse de la raya, en ningún sentido. Lo tenéis de nuevo, y no sería mala cosa que, además de mimarlo lo vigilarais y lo administraseis mejor.

—Cano es un enfermo —dijo Mila, resuelta—. No hay mal que no coja y, entre catarros y lumbalgias, los dolores de cabeza y la sinusitis, se le va el invierno. Además de las infecciones, que a veces son vergonzosas, y ni en la intimidad permite que las atendamos. Era un niño débil que vomitaba la leche materna y tuvo un aviso de polio.

—Está en vuestras manos —remató Lamo, que recogió el suspiro de las hermanas con más desánimo que agrado—. A última hora de la tarde os lo llevamos, lo traen de Ordial.

Todavía deambuló, por las calles que hacían de Oceda una madeja enmarañada, donde casi nunca los habitantes iban a ningún sitio, acaso convencidos de la inutilidad de ajustar la realidad urbana al pensamiento y la voluntad.

Oceda implicaba una pérdida de pasos y esquinas que forjaba ese tipo de mentalidad que lleva a los habitantes a no identificarse con el lugar en que viven, de modo que el vecino tiene una conciencia de forastero, liberada de cualquier lastre o apego.

En la barra de la cafetería Composta pidió una copa de coñac y fue a sentarse a una de las mesas que daban al ventanal donde, en seguida, se le acercó el inspector Dopico que también traía otra copa en la mano.

—Lo he visto, señor Juez —dijo el inspector, disculpándose—, y lo acompaño, si no molesto.

—Por favor, Dopico, estoy encantado de que lo haga, quiero expresarle mi agradecimiento por la solución del asunto de Cano Corada, ya sabe la amistad que me une a la familia.

—Todo en regla, señor Juez —dijo el inspector—, ya me ha puesto al tanto el señor comisario. La verdad es que ni hubo denuncia ni la cosa trascendió más allá de lo debido.

—Es un asunto penoso y hace falta discreción. Cano es un desastre, pero las hermanas lo tienen en palmitas, y hay que respetar esa lamentable situación. ¿Sabe usted quién es la mujer con la que va a casarse...?

—Tenemos información, aunque los compañeros de Ordial no han molestado más de lo debido, ni a ella ni a la hija. Es una mujer entrada en años, con la que Cano ha convivido ocasionalmente desde hace muchísimo tiempo. Una mujer de pueblo, que ha servido en algunas casas, de la que no hay antecedentes ni nada de relieve. La hija de Cano tiene catorce años y estudia con una beca en las Tolontinas de Ordial, no parece que sea una chica muy avispada, pero entre la madre y él la indujeron a desvalijar a las tías.

—¿La mujer estaba al tanto del secuestro simulado...?

—Lo niega, pero no cabe la menor duda de que lo estaba. Cano había reanudado una relación más estable en este último año, iba a Ordial con frecuencia. La mujer estaba convencida de que accedería al matrimonio. Cano traía dinero y cumplía con las mensualidades. Una relación estabilizada, ya le digo.

Lamo observó que la cabeza de Dopico se mantenía inmóvil sobre los hombros, apenas sus ojos estaban ligeramente nublados, acaso porque hubiera tomado algunas copas, aunque hablaba con seguridad.

—¿Y el cojo, la penosa historia de las piernas ortopédicas...?

—Un correveidile, al que Cano conocía de algunas timbas. No tiene antecedentes y parece que el juego de las piernas se le ocurrió a él, que también hizo las llamadas.

Lo tenemos controlado, uno de mis confidentes lo descubrió y, además, se quedó con la pierna, lo que ahora significa que el cojo está todavía más desarmado. Yo no sé, señor juez, lo que en un ser humano puede suponer una ortopédica y un ojo de cristal. ¿Media mirada, medio camino, un paso de menos, una ojeada de más...? A veces pienso que si tuviéramos recambio para la cabeza, el mundo sería menos hosco y la vida más llevadera. Hay tanto impedimento y tanta falsedad.

Lamo vació la copa. La cabeza de Dopico hizo un extraño, como si la accionara un resorte que podía soliviantarla, y el inspector cerró los ojos. Lamo lo miró compungido.

—¿A Cano lo tienen ya en comisaría...?

—En un calabozo, purgando lo que el comisario ha estimado conveniente.

—Bueno, vamos a llevarlo para casa dentro de un rato.

—Irás caliente, no lo dude. El escarmiento es lo que más puede ayudarle a curar las purgaciones. Es un hombre que tiene la hechura y el carácter de quien tuvo una infancia desnutrida, pero el comisario no repara en la flaqueza. Una somanta la tiene bien merecida.

—Esperemos que le sirva de algo —dijo Lamo Beraza, sin ninguna convicción—, y vamos a tomar otra copa, inspector, la policía y la judicatura tienen que mantener la cabeza alta, ya que no hay ortopedia que valga.

Cano Corada entró en el despacho del comisario Ucieta como el pájaro tembloroso que ya no tuvo más fuerzas para revolotear en la jaula, con el gesto alelado de la vergüenza y la disipación.

Llevaba una gabardina, que le quedaba corta, tenía el pelo revuelto, los ojos hundidos, y calzaba unos zapatos abultados y sin cordones.

—Aquí lo tienes —le indicó Ucieta a Lamo Beraza—, preparado para dar el pego, como si lo hubiéramos sacado de un pozo donde lo tenían amordazado. Ya le di un buen repaso y le he explicado que vamos a disimular, en atención a sus hermanas.

—¿Sabes el sufrimiento que les has causado...? —inquirió Lamo, que observaba con desánimo a Cano, casi arrepentido de verse envuelto en aquellas circunstancias, como si hasta la misma imagen de Fruela Corada tomara un color desteñido.

Cano estaba quieto, la cabeza baja, las manos metidas en los bolsos de la gabardina, no parecía dispuesto a decir nada.

—La gabardina es lo único que lleva encima —dijo el comisario, que dio dos pasos hacia él y le alzó la barbilla—. Al pichón lo tenían desnudo los raptores, a pan y agua, aunque el pájaro de cuenta vivía como un señorito en la pensión Cárpatos. Pensión completa, igual que el transeúnte que no se priva de los caprichos, la cuenta de la pensión detalla los extras, el muy gandul no se andaba por las ramas.

Lamo comenzó a sentir algo parecido a una vergüenza paralela, lo que la indignación destilaba en un pesar que producía cierta amargura casi melancólica.

Le costaba trabajo mirar a Cano, verlo tembloroso, embutido en la gabardina que dejaba al aire las piernas desnudas, adivinar el cuerpo esquilmado que mejor mostraría, en la palidez y en los huesos, el reflejo de los barrotes de la falsa jaula.

—Lo llevamos —decidió Lamo, con la resolución de quien ya no aguanta más—. Vamos a dejarlo en casa.

El comisario Ucieta dio dos palmadas en la cara de Cano, casi una caricia imperativa que remarcaba la huella de las bofetadas que anteriormente le había propinado.

—¿Es que no vas a leerle la cartilla...? —Inquirió Ucieta, desconcertado por las prisas del juez—. Joder, Beraza, hay que apretarle las clavijas, no se puede ir de rositas.

Lamo hizo un gesto de inutilidad y pesadumbre.

—¿Vas a casarte...? —preguntó sin ganas.

Cano asintió con la cabeza.

—¿Y no vas a decirles nada a tus hermanas...?

—No —musitó Cano.

—Las estás matando, y ahora vas a darles la puntilla —dijo Lamo— pero lo mejor es que desaparezcas de sus vidas, que también será otra forma de matarlas.

Cano no se inmutó.

El comisario le cogió del brazo y lo empujó hacia la puerta, donde un guardia se hizo cargo de él para bajarlo hasta el coche que les estaba esperando.

Era un corto viaje, cuatro o cinco calles en la Oceda que se iba haciendo invisible en el atardecer que se difuminaba en las primeras sombras, como si la ciudad lograra evitar el último pensamiento de su existencia, o los habitantes se recluyeran ensimismados, sin que siquiera necesitaran el sueño, apenas la inconsciencia de un remordimiento.

Llegaron a la casa de las hermanas.

Cano subió las escaleras con más reticencia que decisión, acentuado el temblor, agarrado al pasamanos.

El comisario tocó el timbre.

Las hermanas Corada aguardaban con la tensión que ya apenas facilitaba las lágrimas. Abrieron y se quedaron inmóviles, sobrecogidas también por la propia inmovilidad de Cano, al que veían como un ser que regresaba de un más allá en el que la culpa y el sufrimiento se mezclaban con los débitos familiares, como si los afectos no estuvieran correspondidos y la vida procurara el alimento de la mala conciencia.

El comisario empujó a Cano, a quien le costaba dar dos pasos para entrar y recibir el abrazo de sus hermanas.

—Aquí ya no pintamos nada —le dijo a Lamo Beraza.

Se dispusieron a irse, mientras escuchaban la voz emocionada y pesarosa de Fruela Corada:

—Ay, Cano querido, cuántas cosas te mereces y qué pocas hemos podido darte.

Ni el juez ni el comisario caminaron con la mínima certeza de ir a algún sitio, volver a sus asuntos, tomar algo o dejar que el oscurecer de Oceda borrara lo que el eco de las palabras de Fruela recibiendo al hermano rescatado suponían entre la conmoción y la desventura.

Lamo Beraza repetía el gesto de abatimiento sin pensar en nada, apenas sumido por el murmullo que la noche precipitaría en su conciencia solitaria, como si el estertor de algunas esquinas tuviera el presagio de una extinción y ya no le quedaran ganas de rascarse la entrepierna.

Al comisario Ucieta todavía le picaba el culo.

La noche no le iba a salpicar con cualquiera de sus pensamientos errados, los que le extraviaban sin posible defensa, ya que había cerrado un caso, por banal que fuese, y no se acostaría hasta muy tarde, cuando la campana del reloj de San Tildo diera una señal en su riñón de viudo.

—Hay pesares que ilustran mejor que las vanidades de la vida, sean éstas las que sean... —dijo el comisario sin mucha convicción, cuando Lamo Beraza parecía más hundido en sí mismo y se había olvidado de su compañía.

—Pesares y alteraciones... —musitó el juez, sabiendo que sus palabras no valían de nada y apenas significaban otra cosa que la futilidad de una previsión o un escarmiento—. Todo lo echamos a perder con el mínimo coste y la mayor carestía. El que vale menos puede valer tanto como cualquiera.

—Joder, Lamo, si alguien nos viese o nos escuchara podría pensar que estamos arruinados. No hay pena mayor que la del perro callejero, la vanidad del que alza la pata en la primera farola, con igual desfachatez que desperdicio.

—Oceda tiene muy poco que ver con el bien común y la salida a bolsa de las acciones morales, las que ponen a prueba los auténticos dividendos, no sé si tienes idea de las cantidades, yo las confundo con el tiempo, habitualmente perdido.

—Cuando hago cuentas no encuentro resultados... —afirmó el comisario— y eso nada tiene que ver con la carestía y el ánimo de lucro. La viudedad es una puta condición pero ninguna alternativa y las cuestiones bursátiles jamás me interesaron, es verdad. La moral la tengo por los suelos.

—Mal hecho —constató el juez— no es bueno olvidar los números y andar haciendo cábalas con lo que viene a cuento y no viene. No sé lo que sería mejor para que el ánimo no decayera, el mío está en horas bajas.

—Joder, es que me pica el culo, Lamo. No hay grano en peor sitio. Ahora casi me arrepiento de haberle dado un repaso a ese calavera. Da pena untarle el morro al que no vale para nada.

—Menos que para nada... —afirmó Lamo Beraza, al pie de una farola que tenía un fluido mustio y un círculo de mariposas cenicientas que semejaban los pensamientos crepusculares de Oceda, la ruindad de sus vecinos—. Ellas se lo tienen ganado y merecido, las cosas son suyas.

—Si yo pusiera por escrito todo lo que escuché y tuve que aguantar. Los pesares, las vanidades, las zorrerías, el secreto del último ratero, la alevosía de un mangante, el llanto de las piedras, el cerrojo y los candados. Si yo pasara a limpio la suciedad urbana, no habría camiones de la basura suficientes para llevarla al basurero... —dijo Ucieta con un guiño arrebatado.

—Sería la misma suerte, igual desgana... —musitó el juez, alejándose de la farola.

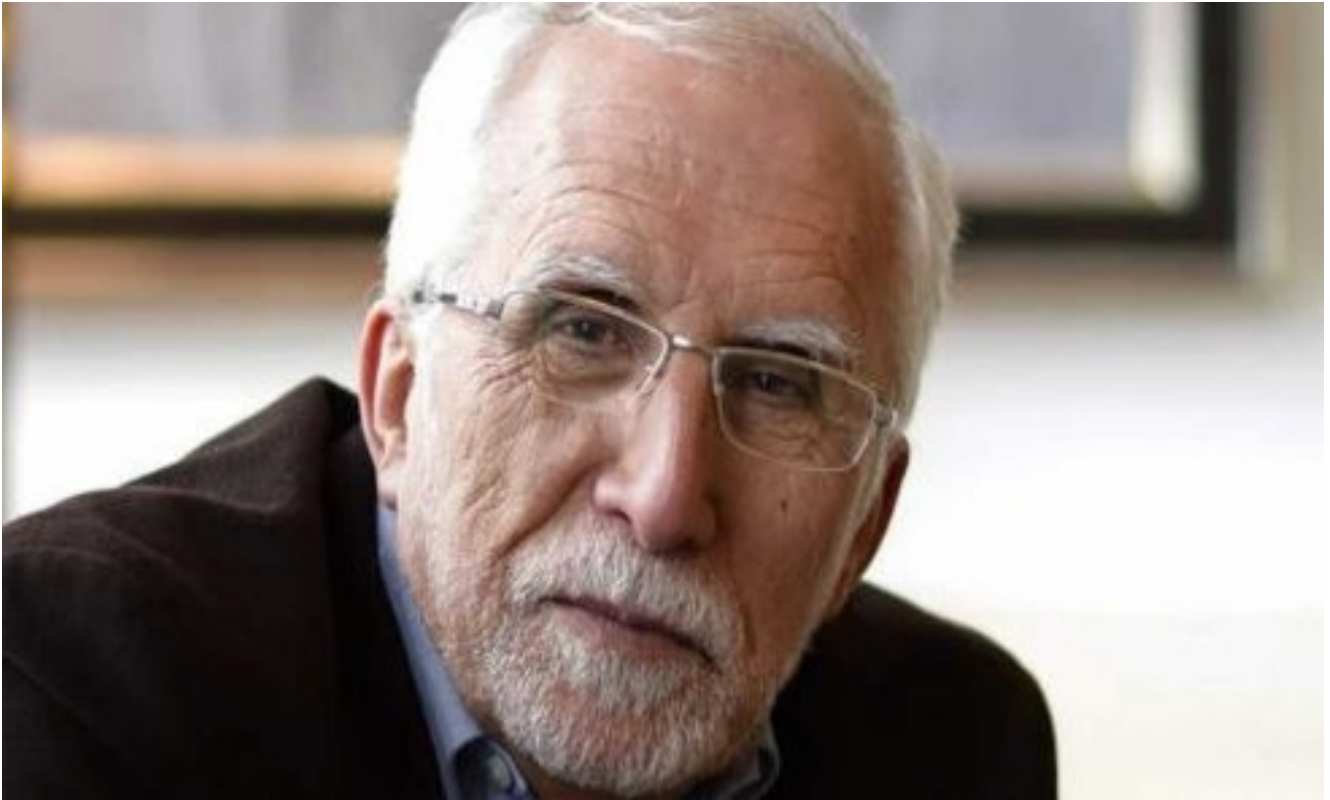
—Joder, joder...

El comisario parecía haber divisado algo, como si en el nocturno se moviese uno de sus más renuentes sospechosos o la rueda suelta de un automóvil que perdiera la dirección y estuviese a punto de chocar.

Corrió hacia un lado sin saber muy bien lo que hacía, como si temiese verse perseguido o presintiera la alerta de que algo inesperado podía suceder, de modo que sus tribulaciones adquirirían un resto del propio desasosiego con que la viudedad había atacado a su riñón y al mismísimo páncreas.

—Lamo, por Dios... —gritó casi desesperado, cuando ya el juez se había perdido en la noche que haría en Oceda una de las suyas, probablemente relacionada con los accidentes en que empezaba a comprobarse que no había conductores en los automóviles desmandados, apenas el desmantelamiento de las carrocerías y los volantes que desaparecían como objetos no identificados.

—Hay que recogerse... —gritó en la lejana oscuridad Lamo Beraza, que sentía un fallo en la pierna derecha y, con él, la aprensión de la parálisis y la ortopedia, cuyo mayor temor era que alcanzara a sus partes y las contagiara con el prurito de las peores causas judiciales, sin que ya doña Emina, su madre, pudiera enaltecer la catadura y valor de su amado hijo.



LUIS MATEO DÍEZ (Villablino, León, 1942) es uno de los más destacados narradores del panorama de las letras contemporáneas. En su fecunda producción cabe citar novelas como *La fuente de la edad* (1986) —con la que obtuvo el premio de la Crítica y el premio Nacional de Narrativa—, *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *Fantasmas del invierno* (2004), *La soledad de los perdidos* (2014) y *Vicisitudes* (2017). Con *La ruina del cielo* fue distinguido de nuevo en el año 2000 con el premio de la Crítica y el Nacional de Narrativa. *El reino de Celama* (2003) reúne sus tres novelas ambientadas en ese territorio imaginario, y en *El árbol de los cuentos* (2006) la aportación a un género narrativo que cultiva con asiduidad. El volumen *Fábulas del sentimiento* (2013) recoge las doce novelas cortas de ese ciclo narrativo.

Es miembro de la Real Academia Española, premio Castilla y León de las Letras y premio de Literatura de la Comunidad de Madrid. También ha obtenido los premios Ignacio Aldecoa de cuentos, Café Gijón de novela corta, Miguel Delibes, Observatorio D'Achtall de Literatura y Rivas Cherif por la adaptación teatral de *Celama*. En este mismo sello ha publicado *La piedra en el corazón* (2006), *El animal piadoso* (2009), *La cabeza en llamas* (2012), que fue distinguida con el premio Francisco Umbral al libro del año, y *Los desayunos del Café Borenes* (2015). Su obra se ha traducido a otras lenguas y ha sido llevada al cine y al teatro.